



El Sustituto (2005)

Serie: Tobias Winconsin 03

Título Original: Least Likey Wedding? (2005)

Editorial: Harlequín

Sello / Colección: Julia

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Kay Aaronson y Rob Dalton

Argumento:

La directora de cine neoyorquina Kay Aaronson ya se sentía lo bastante rara sólo con tener que estar en Tobias, Wisconsin. Pero cuando el actor que tenía que hacer el papel de novio se largó, se dio cuenta de que las cosas podían empeorar. Necesitaba un sustituto inmediatamente. Y apareció Rob DALton...

Y sin previo aviso, Kay y Rob se encontraron vesándose sin que ninguno de los dos supiera qué estaba pasando. Ahora todo el pueblo pensaba que el novio temporal de Kay debía convertirse en el definitivo... y daba igual lo que pensarán los implicados.

Necesitaba un novio sustituto...

¡y rápido!

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21 28001 Madrid

© 2005 Patricia McLaughlin. Todos los derechos reservados.
EL SUSTITUTO, N° 1550 - 20.7.05
Título original: Least Likely Wedding?
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción,
total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de
Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido
con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Julia son marcas registradas por
Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y
sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están
registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros
países.

I.S.B.N.: 84-671-2958-1
Depósito legal: B-23937-2005
Editor responsable: Luis Pugni
Fotomecánica: PREIMPRESIÓN 2000
C/. Algorta, 33 - 5°. 28019 Madrid
Impresión y encuademación: LITOGRAFÍA ROSES, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 18.6.06
Distribuidor exclusivo para España: LOCISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRÁN, S.A.C. Vélez
Sársfield 1950 Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires,
VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Capítulo 1

NECESITO un hombre urgentemente. Completamente consciente de las pocas probabilidades que tenía de conseguir lo que quería, Kay Aaronson se pasó la mano por su cortísimo pelo... otro gran error, habérselo cortado tanto el invierno anterior. Al principio había intentado dejarlo crecer, pero la impaciencia se había apoderado de ella y la había hecho volver a cortárselo; eso sí, con un poco más de estilo que la primera vez.

Aquella decisión impulsiva que su madre tanto había criticado había sido culpa de un hombre. Y también por un hombre, no tendría casa cuando llegara a Nueva York en un par de días. Hombres... no daban más que problemas.

Kay se cubrió el rostro con las manos mientras deseaba con todas sus fuerzas que el mundo desapareciera, o al menos el mundo masculino.

— ¿Qué clase de hombre le gustaría, querida?

Aquella voz culta y con un ligero acento de Wisconsin hizo que Kay se retirara las manos de la cara y abriera los ojos. Trudi Bliss la miraba con una ligera sonrisa que acentuaba las arrugas que daban cuenta de sus más de setenta años de edad. Parecía un camarero esperando pacientemente a que ella pidiera el tipo de hombre que deseaba.

Un homo sapiens masculino, por favor. Que sea medianamente atractivo, mentalmente estable, soltero y sin compromiso pero capaz de comprometerse, y servido en una deliciosa salsa de humor. Mejor para llevar, puesto que volvería a Nueva York en cuanto terminara la última etapa de rodaje.

Si conseguía terminar, que era su gran problema en ese momento y la verdadera razón por la que necesitaba un hombre.

Bueno, en realidad no necesitaba un hombre cualquiera, sino un actor.

— Uno que sustituya al estúpido que acaba de dejarnos en la estacada —le dijo a la señorita Trudi—. Eso es lo que necesito.

Como si las calles anchas y arboladas de Tobias estuvieran llenas de actores. En las cuarenta y ocho horas que llevaba en aquel pueblo, Kay había visto cosas extrañas, pero nada que se pareciera a un actor y que no fuera alguno de los que ella había llevado desde Nueva York.

Debería haberle hecho caso a la voccita que había oído dentro de su cabeza hacía dos días, cuando el minibús que había alquilado en el aeropuerto de Chicago había tomado rumbo al noroeste, adentrándose en la vegetación de Wisconsin. Mejor aún, lo primero que debería haber hecho era no haber hecho caso a Dora.

¿Por qué demonios había accedido a rodar aquello en el pueblo de su abuela? Kay había oído a Dora hablar de Tobias en su infancia y había imaginado el lago, el bosque, la casa en la que había crecido su abuela. Pero Dora nunca había llevado a su única nieta al pueblo antes de que el distanciamiento con su padre separaran a la niña de su abuela.

No había vuelto a hablar con Dora en dieciséis años, hasta hacía unos meses.

— Sí, supongo que necesitamos un sustituto —admitió la señorita Trudi—. Aunque he de decir que parece que su marcha no ha afectado a ningún otro miembro del equipo.

Seguramente porque no estaba en juego la carrera de ninguno de ellos, pensó Kay.

Quizá la palabra carrera fuera exagerada. Más bien ninguno de ellos se arriesgaba a no poder «intentar» abrir una puerta que «quizá algún día» le permitiera empezar con su carrera.

— Nadie echará de menos a Brice —convino Kay—, pero no podemos terminar sin él. Ya me puedo ver diciéndole a Serge: «Lo siento, pero no tienes la boda de 1899 con la que contabas para el vídeo musical de la diva del pop Donna Ravelle. Aunque confiaras en una desconocida como yo. Aunque ésta fuera la oportunidad de mi vida y el primer paso para llevar a cabo mis planes. Aunque te lo había prometido...»

—No digas tonterías Kay. No sirve de nada imaginar lo peor. Has dicho que necesitas un hombre, así que debes de tener un plan alternativo. ¿Qué cualidades esenciales debe reunir ese sustituto?

Como si aquella dulce anciana que había sido maestra de Arte de su abuela pudiera hacer algo para sustituir al cretino que los había abandonado a mitad de rodaje.

—Tiene que valerle el vestuario de Brice.

Aquel tipo había esperado hasta que todo estuviera ultimado con él como novio para marcharse, de manera que resultara imposible continuar sin él. Pero antes había tratado de conseguir más dinero. Debería haberse rendido, pensó ahora Kay. Debería haber olvidado cuánto odiaba el chantaje y la extorsión. Habría dicho que sí a sus exigencias aunque para ello hubiera tenido que pedir dinero prestado, aunque no se lo habría pedido a sus padres.

— ¿Algo más? —preguntó Trudi al tiempo que se ponía la bufanda con total tranquilidad. Qué demonios, no perdía nada por soñar.

— Tendría que ser más o menos de la envergadura de Brice y tener el mismo color de pelo, aunque siempre podríamos teñírselo. Sólo se le verá de espaldas, pero si supiera actuar al menos un poco, ya sería un avance con respecto a Brice.

—No sé nada de sus dotes como actor, querida. Pero tengo a alguien que encaja con los demás requisitos.

Kay parpadeó confundida. Parecía estar hablando en serio. Claro que también había sido ella la que los había llevado hasta Tobias, Wisconsin. No, no había sido sólo ella, la señorita Trudi había contado con el apoyo de Dora, que había insistido en que la Casa Bliss sería el escenario perfecto para el rodaje. Dora le había explicado a Kay que el edificio estaba siendo transformado en un mercado de artesanía con el que se pretendía conseguir que los turistas visitaran Tobias. Lo cierto era que la casa era el emplazamiento ideal para una boda de finales del siglo XIX; además aquel vídeo sería la publicidad perfecta para el pueblo y para el mercado de artesanía que abriría ese mismo otoño. Así que Kay había aceptado la propuesta de su abuela por miedo a poner en peligro la recién recuperada relación con ella.

Había sido toda una hazaña llevar a todo el equipo hasta Wisconsin, pero la casa era perfecta... siempre que no se vieran los andamios ni las máquinas.

Kay estaba segura de que en ese escenario podría rodar unas magníficas secuencias, sólo le faltaban un par de escenas en las que apareciera el novio de espaldas y tendría el trabajo que le abriría las puertas para poner en marcha su nueva carrera. Bien era cierto que ya había empezado otras carreras en el pasado, pero esa vez tenía un plan.

—Tráigame a ese hombre, señorita Trudi —dijo Kay—, y haré lo que me pida.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

Aquella encantadora mujer no podría pedirle nada complicado.

—Vamos, Rob, deberías hacerlo —recomendó Fran—. Te vendrá muy bien.

Rob Dalton miró a su hermana pequeña y después a la señorita Trudi.

—¿Qué bien puede hacerme participar en un vídeo musical?

Rob había tenido que dejar de cavar cuando su hermana Fran le había dicho que tenía visita, pero no sin un poco de rabia; y no porque no le agradara la señorita Trudi, sino porque le sentaba mal que lo interrumpieran cuando estaba haciendo algún trabajo en el jardín. El trabajo físico conseguía dejarle la mente en blanco y hacerle gastar energía en algo provechoso.

Pero las buenas maneras habían podido más.

Fran abrió la puerta del porche y le dio una toalla con la que se limpió el rostro y el cuello. A pesar de llevar varias semanas ayudando a Max Trevetti a reparar los destrozos que un tornado había ocasionado a la Casa Bliss, el sol de los últimos días le había quemado ligeramente la piel de la nuca. Si se encontrara en Chicago, habría tenido que soportar el dolor de ponerse camisa y corbata, pero allí no necesitaba nada de eso.

Fran se sentó frente a él con esa mirada de preocupación que llevaba todo el verano intentando ocultar. Afortunadamente, a Rob se le daba mejor fingir que a su hermana.

—Me refiero a que conocerías gente nueva y harías algo diferente... todo eso te vendría muy bien, Rob —se explicó Fran.

Él en un vídeo. Qué locura.

—Quiero terminar de cavar el jardín y...

—Rob, te agradezco mucho todo lo que estás trabajando en la casa —Fran se había trasladado a la casa familiar cuando su padre había caído enfermo y había permanecido allí después de su muerte hacía casi dos años—. Pero ya te lo he dicho, no es necesario. Deberías divertirte un poco. Se supone que para eso te tomaste el verano libre.

No exactamente.

—No sé si un vídeo musical supondrá mucha diversión —su voz átona arrancó una sonrisa del rostro de su hermana.

—En realidad por ahora no hay música —intervino la señorita Trudi, como si eso supusiera un inconveniente—. Así que nadie te pedirá que bailes.

¿Bailar? Rob cerró los ojos. Cada vez le resultaba más atrayente la idea de seguir cavando.

—La directora necesita a alguien que sustituya a un actor que se ha marchado por diferencias sobre el sueldo. Lo más importante es que aparezca la imagen del novio en los primeros planos de la joven que hace de novia.

— Señorita Trudi, seguro de que en el pueblo hay decenas de hombres que estarían encantados...

—Pero tienes que ser tú, Rob. Verás, necesitan a alguien que se parezca al actor que se ha marchado.

—Aun así, debe de haber algún tipo de reglas para estas cosas...

—Estoy segura de que Kay se encargará de todo. No he tenido oportunidad de hablar con ella detenidamente, pero puedo asegurarte que es una mujer increíble que ha organizado todo el proyecto a la perfección.

— Déjeme que lo piense.

—No tenemos tiempo, Rob. Me temo que si no pueden continuar inmediatamente con el rodaje, Kay se verá obligada a rodar en otro sitio. Y sabes que el dinero que nos van a pagar por utilizar la casa sería de gran ayuda en el presupuesto de la Casa Bliss, por no hablar de la publicidad que va a dar al pueblo.

El alquiler no era muy cuantioso, pero tampoco lo era el presupuesto de la Casa Bliss. La señorita Trudi tenía razón, necesitaban que el vídeo se grabase allí... Y si para ello era necesario que sustituyese a ese actor, ¿qué mal podría hacerle a él?

— Está bien.

— Estupendo. ¿Entonces puede llevarme a la casa?

— Claro. Voy a darme una ducha y nos vamos.

— Si quiere la llevo yo, señorita Trudi —se ofreció Fran ganándose la mirada de reprobación de su hermano.

—¿Vas a ir a la Casa Bliss?

—¿Bromeas? No me lo perdería por nada del mundo.

— ¡Perfecto! ¡Absolutamente perfecto!

Aquella mujer de pelo oscuro y ataviada completamente de negro daba vueltas a su alrededor, mirándolo como si fuera una res muerta y ella un carnicero intentando decidir dónde dar el primer corte. Afortunadamente, no había ningún cuchillo a la vista, pero Rob no dejaba de preguntarse cuánto daño podría hacerle con aquellas uñas pintadas.

—Kay, éste es Rob Dalton —dijo la señorita Trudi—. Es uno de los miembros del comité del proyecto de la Casa Bliss y ha accedido a sustituir al actor. Rob, ésta es Kay Aaronson, directora del vídeo.

—Encantado —respondió él tendiéndole la mano, pero ella seguía dando vueltas a su alrededor.

Rob miró por encima de su hombro y, en la puerta de la casa, vio a su hermana saludando a Steve y a Annette Corbett. La pareja había promovido la remodelación de la Casa Bliss y Steve era el alcalde de Tobias, por lo que no era extraño verlos por allí.

Sin embargo Rob tenía la extraña sensación de que estaban allí por otro motivo, y la malévola sonrisa de Steve no hizo más que acentuar su sospecha de que no era una coincidencia que hubieran llegado justo en el momento en el que Rob estaba a punto de hacer el ridículo. Deseó volver a estar cavando en el jardín. O mejor aún, deseó tener una libreta y un bolígrafo con el que apuntaría todos los pasos que debía dar para acabar con la carrera que tanto trabajo le había costado construir.

Claro que esa misma mañana ya había intentado ordenar sus pensamientos sobre el papel y no había servido de nada. De hecho, había acabado cavando el jardín.

— Date la vuelta —le ordenó Kay Aaronson — . Quiero verte la cabeza por detrás.

Rob hizo lo que le pedía, lo que le dio oportunidad de ver el caos que reinaba en el lugar. Estaba todo lleno de focos, cámaras y cables suficientes como para cubrir el camino hasta Minnesota.

— Mmmm. Bien... muy bien.

— Señorita Aaronson, creo que hay ciertas cosas que debemos arreglar antes de...

—Tienes razón. Vamos a tener que hacer algo con tu pelo —añadió ella peinándolo con la mano.

Su roce provocó un extraño calambre que hizo que Rob notara una oleada de calor. Pero debió de ser un calambre eléctrico, era la única explicación lógica.

Y ella también parecía haberlo sentido porque retiró la mano de golpe, pero sin dejar de hablar.

— No sé si habrá que teñirlo. Puede que sea un poco más claro que el de esa rata de Brice. El cuello necesita un poco de maquillaje para aclarar un poco el bronceado. ¡Jeff!

—¿Teñirme el pelo? —repitió Rob perplejo de un modo que provocó una carcajada a su espalda. Pero Kay ya no le prestaba atención.

— Señorita Trudi, ha hecho usted un milagro, me ha salvado la vida y no puedo decirle cuánto se lo agradezco. No pensé que pudiera conseguirlo, pero lo ha hecho. Es perfecto.

— Señorita Aaronson... —comenzó a decir el aludido.

—Llámame Kay.

—Muy bien. Kay, supongo que habrá algún tipo de normas para la sustitución de un actor.

—¿Normas? —repitió como si fuera la primera vez que oía tal palabra. Y enseguida le echó la mano a un hombre de unos treinta años que se acercaba a ella con un maletín de plástico—. Jeff, acuérdate del pelo de Brice... quiero que se lo dejes exactamente igual a Rob. Tú verás si hay que hacer algo con el color.

— Entendido, Kay. ¡Una silla! ¡Y luz!

En un abrir y cerrar de ojos, Rob se encontró con una silla plegable presionándole las piernas por detrás para que se sentara. El tal Jeff abrió el maletín, que se transformó en una mesita sobre la que colocó peine y tijeras; después le colocó una especie de babero de plástico y, antes de que pudiera decir nada, oyó el sonido de las tijeras en su pelo. El cabello volvería a crecerle, pero había sacrificios que no estaba dispuesto a hacer por la Casa Bliss.

— Señorita Aaronson... Kay. Nadie va a teñirme el pelo.

Ella volvió a colocarse frente a él y lo miró fijamente. Después dio otra vuelta a su alrededor.

—El color está bien, Kay —opinó Jeff sin dejar de cortar—. Sólo había que cortar un poco las puntas que se habían aclarado con el sol.

— Está más que bien —corrigió ella asintiendo con la cabeza—. Si el traje le queda bien, va a estar perfecto. Absolutamente perfecto.

En su rostro se dibujó una sonrisa que no sólo transformó la forma de su boca, una boca que estaba claro estaba hecha para sonreír; también cambió el brillo de sus ojos y le llenó de color las mejillas.

Rob no habría sabido decir cuánto tiempo estuvo mirándola hasta que se dio cuenta de que ella también lo miraba sin parpadear. No habría sabido decir de qué color tenía los ojos, sólo que eran tan profundos que podrían absorberlo y no dejarlo salir nunca más.

Entonces ella se dio media vuelta.

— ¡Vestuario! ¡Preparad el traje! ¡Empezamos en diez minutos! ¡Diez minutos!

Rob Dalton no sabía cuánto más sería capaz de soportar.

Kay Aaronson no dejaba de tocarlo. Le pasaba la mano por el pelo, le arreglaba las solapas de la chaqueta de época que le habían puesto, y cada vez que aquellas manos pequeñas y rápidas lo rozaban, Rob sentía una pequeña descarga eléctrica. ¿Alguna vez se quedaría quieta aquella mujer?

Dios. A lo mejor era el traje lo que le hacía sentirse rígido y muerto de calor. Quería acabar con todo aquello cuanto antes y volver a sus tareas de jardinero; pero primero tendría que ayudar a la Casa Bliss aguantando los picores que le provocaba ese traje.

Su comité de animación particular había aumentado con la llegada de Max Trevetti y Suz Grant, que eran los otros dos grandes artífices del proyecto Bliss. La empresa de construcción que ellos dos habían creado había finalizado ya los aposentos de la señorita Trudi y estaba restaurando la casa completa en un tiempo récord. Así que tenían todo el derecho del mundo a estar allí por mucho que Rob deseara lo contrario.

No le preocupaba que Annette o ellos dos fueran a reírse de él y sabía que Fran tampoco lo haría jamás. Pero Steve... Habían crecido juntos y a veces seguían comportándose como niños el uno con el otro. Así que si Steve se descontrolaba, iban a dar muy mala impresión a aquella neoyorquina. Lo cual no quería decir que a Rob le importara especialmente lo que aquella mujer pensara de él. En realidad sólo quería acabar con todo esa historia.

—Estamos rodando la boda de los tatarabuelos de Donna Ravelle —le dijo Kay—. Era una época en la que las bodas eran sencillas, la gente se casaba por amor y para siempre... al menos eso es lo que se quiere dar a entender en el vídeo musical. La canción habla de un matrimonio que se rompe después de una lujosa boda. Ella está mirando las fotos de su boda y encuentra otras de ésta, la de sus tatarabuelos. Y se da cuenta de lo diferentes que son. Ésta es una boda sencilla, pero el matrimonio durará y...

— Perdonas, pero ¿por qué me estás contando todo esto?

— Para que conozcas a tu personaje y te motives.

Rob notó cómo se le movían las comisuras de los labios. Aquello era muy extraño, y no porque normalmente no sonriera, sino porque últimamente le costaba un verdadero esfuerzo hacerlo.

—Kay, yo no soy actor.

— Lo sé, pero... todo el mundo sueña con que lo descubran entre la multitud y lo pongan delante de una cámara.

— Yo no. ¿Tú sí? —no tenía la menor idea de por qué le habría hecho esa pregunta.

—No —parecía horrorizada ante la perspectiva de encontrarse al otro lado de la cámara.

Dios. Tenía la piel como porcelana. No, no podía quedarse allí mirándola.

— No tengo diálogo, ¿verdad?

— No, son imágenes sin sonido.

— Y por lo que tengo entendido, soy básicamente relleno —continuó diciendo—. Sólo una figura que se ve por detrás... Así que dime dónde me coloco y hacia dónde tengo que mirar.

Kay inclinó la cabeza pensativa.

—¿Cómo has dicho que te ganas la vida?

—Era analista de inversiones. La experiencia me ha demostrado que el tiempo es oro.

Ella asintió.

— Bueno, Rob Dalton, ex analista de inversiones, tienes razón. Pero luego no digas que yo te negué la oportunidad de convertirte en estrella.

Otra vez se le movieron los labios en una incipiente sonrisa espontánea.

—No lo haré, Kay Aaronson.

—¿Ocurre algo, Rob? —le preguntó Kay cuando se disponían a rodar la última escena.

—Lo siento —se alejó de su marca moviendo los hombros—. Este traje pica.

Una vez que habían recuperado el tiempo perdido; Rob había insistido en que comprobaran las cuestiones legales relacionadas con la sustitución de un actor; todo había ido de maravilla. Él había aguantado horas allí de pie, sin inmutarse por la cantidad de espectadores que se habían reunido en la puerta.

Kay suponía que se trataba de amigos y parientes de Rob; había dos parejas y una mujer muy guapa sobre la que se había preguntado si sería la novia o esposa de Rob. Pero no había tardado mucho en resolver su duda pues la señorita Trudi le había explicado el árbol genealógico de todos ellos, incluyendo una descripción pormenorizada de la boda que se había celebrado ese mismo verano. El caso era que la mujer sola era hermana de Rob, que era soltero y sin compromiso. Lo cual era de la incumbencia de Kay únicamente porque la presencia de una novia habría podido alterar la concentración de su actor. Que por cierto había sido perfecta hasta ese momento.

Ya llevaba varios minutos inquieto. No había tenido que hacer nada para llamar la atención de Kay porque ella no había podido dejar de observarlo desde el principio. Pero sólo porque su presencia era vital para el rodaje y había sido una bendición que el traje le quedara tan bien. Sobre todo en los hombros y en el pecho... bueno, y en el trasero... y en el cuello. Parecía imposible que el mismo traje que había hecho desaparecer el cuello de Brice, resaltara de tal manera el de Rob.

¿Quién iba a haber pensado que un analista de inversiones podía estar tan bien hecho? Desde luego el asesor financiero de sus padres, con su doble papada, no se parecía en nada a aquél.

— Lana —espetó de pronto saliendo de su ensimismamiento y acordándose de que también Brice se había quejado del traje.

— ¿Eso es jerga de cine o alguna expresión neoyorquina? — preguntó él con seriedad.

— No, lo que quiero decir es que el traje es de lana — ¿tenía la menor idea de lo guapo que estaba con aquel traje tan antiguo?— ¿Eres alérgico a la lana?

— No, sólo tengo la suerte de tener terminaciones nerviosas. ¿Cómo podía el otro tipo aguantar con esta indumentaria?

— Llevaba ropa interior de seda... una especie de calzoncillos largos. Los había exigido en el contrato.

Y no había tenido el menor reparo en pasearse con ellos por toda la casa. Seguro que un hombre tan serio como Rob Dalton jamás se exhibiría en ropa interior... a no ser quizá que fuera para una sola espectadora.

¿Qué tipo de calzoncillos llevaría? Seguramente cualquiera le quedaría como un guante.

Kay respiró hondo y literalmente, tuvo que arrancar la mirada de aquel cuerpo atlético. Lo miró a los ojos y de pronto se dio cuenta de que él debía de haber notado adonde lo había estado mirando. Seguramente había adivinado lo que estaba pensando.

—Lo había exigido por contrato... Está claro que ese tipo se había puesto antes trajes como éste.

Estaba claro, lo sabía. Rob sabía lo que ella había estado pensando.

— Lo siento —dijo ella y, por el brillo de sus ojos, supo que él también sabía que la disculpa no era sólo por el traje—. Si quieres, podemos buscar algún calzoncillo para ti.

—Gracias, pero has dicho que estábamos acabando y supongo que será mejor que me pique mientras no me rasque en algún lugar inapropiado, que aparecer sudando como un pollo.

—Tienes razón —no, no iba a imaginarlo con el cuerpo empapado en sudor—. Siento que estés incómodo.

Añadió mirando hacia otro lado... a sus amigos, que la miraban con evidente interés. Parecían agradables, seguramente ni siquiera podían imaginar lo que se le había pasado por la cabeza en relación con su amigo y hermano.

¿Qué demonios le estaba pasando? Aquel hombre no era su tipo en absoluto. A ella le gustaban peligrosos, bohemios, difíciles... Y Rob era un ciudadano respetable y tranquilo. ¡Todo un analista de inversiones! Aunque, por lo que había dicho, parecía que había cambiado de profesión. ¿A qué se dedicaría ahora?

Por supuesto, no importaba. Ella se iría al día siguiente y no volvería a Tobías nunca más. Así que lo mejor sería continuar con el rodaje. Sólo les quedaba la escena en la que los novios se besaban antes de partir a su luna de miel.

—No es culpa tuya —respondió él—. ¿Seguimos rodando?

—Claro —asintió Kay intentando retomar su papel de directora—. Los novios están a punto de marcharse de luna de miel. La novia baja las escaleras y su flamante esposo está esperándola. Rob, pon un pie en el primer escalón y tiéndele la mano. Laura, tú tienes que bajar hacia él sin apartar la mirada de sus ojos. El beso de la ceremonia ha sido solemne y formal, pero en cuanto él te tome en sus brazos, os vais a dar un beso apasionado porque los dos estáis impacientes por comenzar el romance que va a ser vuestro matrimonio. ¿Entendido?

— Sí —respondió Laura sin demasiado interés mientras Rob asentía.

— Vamos allá entonces.

Pero el primer intento fue una pérdida de tiempo y de película. Laura parecía estar enfrentándose a su peor pesadilla y Rob era como un bloque de hierro.

— Laura, ésta es tu oportunidad de brillar como una estrella. La cámara es toda tuya, enamórala. Intentémoslo de nuevo.

La segunda vez fue aún peor. Rob no estaba mal del todo, se limitó a seguir las instrucciones que ella le había dado y Laura parecía muy apasionada, pero por la cámara, no por el que se suponía era su enamorado. Y cuando llegó a su lado, parecía estar más pendiente de salir guapa que de interpretar.

— ¡No! ¡No! ¿Es que no has oído lo que te he explicado?

Laura se alejó de Rob de un salto. No estaba acostumbrada a oírla gritar, ni ella ni nadie; pero Kay estaba impaciente por terminar y no podía entender que la última escena estuviera saliendo tan mal.

— Ponte aquí y observa —le ordenó a la actriz echándola a un lado.

Kay subió las escaleras hasta la marca de Laura, que se entretuvo en mirarse las uñas.

— ¡Laura! —le llamó la atención hasta conseguir que la mirara—. Obsérvame bien porque quiero que después hagas exactamente lo mismo.

Respiró hondo, se puso recta y miró a Rob por primera vez. Tenía unas pestañas increíbles, en un rostro tan masculino, aquellas pestañas daban la impresión de que los ojos eran oscuros; pero en cuanto se acercó, pudo comprobar el brillo verde de aquella profunda mirada.

Comenzó a bajar los escalones, no porque la escena lo exigía, sino porque quería ver aquellos ojos más de cerca. Y cuando él dio un paso hacia ella y le agarró la mano, el corazón de Kay se aceleró de pronto. Un paso más...

Y allí estaba, en sus brazos. Sus cuerpos se aproximaron aún más, sus bocas se unieron.

Y Kay Aaronson comenzó a arder.

Capítulo 2

EN quinto curso de primaria, después de que la pólvora que él mismo había creado para lanzar un cohete le estallara en la cara, Rob Dalton había decidido que ya no quería ser ingeniero espacial. Las caras de horror de sus padres al descubrirlo en el sótano de la casa, lo habían impresionado más que la misma explosión.

Pero había aprendido algo de la experiencia. Planear, preparar, revisar y no jugar con productos químicos que por separado podían ser benignos, pero mezclados resultaban explosivos. Además había que buscar el momento adecuado para cada cosa; si hubiera esperado un minuto más para inclinarse sobre el cohete, sus cejas no habrían acabado chamuscadas.

Bueno, pues acababa de romper esa regla por completo. Sólo había hecho falta un beso y toda la química contenida en el inquieto cuerpo de una mujer. Una desconocida que jamás se quedaba quieta.

Nada más explosivo que una directora de cine, y de Nueva York.

Había olvidado por completo la lección aprendida en la infancia. Además de la química, había descuidado la preparación y las revisiones necesarias. Y no podía haber sido más inoportuno.

— ¡Vamos allá, Laura! Ya está bien, no más ensayos. Ésta es la definitiva. Vamos a acabar con esto de una vez por todas. ¡Jeff! ¡Cameron! ¡Adelante!

Kay siguió dando instrucciones moviéndose de un lado a otro como loca y sin detenerse a mirar a Rob ni un momento.

— ¡Vaya! —exclamó Steve.

Max tenía una malévola sonrisa en el rostro, mientras que Annette y Suz se miraron la una a la otra y Fran se limitó a observar a su hermano con preocupación.

—Eso ha sido toda una actuación —añadió Steve acercándose a Rob, que observaba el gesto travieso del mismo amigo que se había apresurado también a atormentarlo por la desaparición de sus cejas.

—Sí, creo que no se me da mal esto de actuar —dijo Rob.

— ¿Actuar? Si eso es actuar...

— Vamos, Steve, tenemos que irnos —intervino Annette agarrando del brazo a su marido—. Están intentando rodar.

— Ya voy. Hasta luego, Rob.

Max y Suz parecían muy interesados, pero también se alejaron. Sólo quedaba su hermana.

— ¿Estás bien, Rob?

—Claro que sí —apartó la mirada de aquellos ojos llenos de preocupación y se volvió hacia Laura, la mujer a la que tenía que besar ante la cámara—. Vamos a terminar esto.

Y deseó con todas sus fuerzas que también esa vez volvieran a crecerle de nuevo las cejas.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

La voz de Brice resonó en el vestíbulo de la casa atrayendo sobre él las miradas de todos los presentes. A pesar del enfado, Kay tenía que admitir que agradecía la distracción que le brindaba su llegada. Aunque dicha distracción no era suficiente para hacerla olvidar la mirada de Rob viéndola bajar las escaleras, ni podía borrar el ardor que todavía sentía en la sangre al rememorar el roce de sus labios.

— Yo te diré lo que está ocurriendo, Brice —replicó ella con igual furia—. Estamos terminando el rodaje sin ti. A pesar de tus denodados esfuerzos por arruinar este proyecto, hemos podido seguir adelante gracias a la ayuda de un sustituto.

—No puedes hacer eso. Tengo un contrato.

—Un contrato que has incumplido al marcharte abandonando a tus compañeros...

— Pertenezco al sindicato. Sólo tengo que dar tu nombre y no volverás a trabajar jamás en esta ciudad, por mucho dinero que tenga tu familia.

Su amenaza no parecía demasiado peligrosa teniendo en cuenta que estaban en Tobías, que no era precisamente un hervidero de producciones cinematográficas.

— ¿Quieres que hablemos de no volver a trabajar más? He comprobado que...

— No puedes hacerlo. Hay ciertas normas.

—Me temo que eres tú el que no puedes hacerlo. Hay miles de cosas más importantes que las normas. Como la lealtad y el compañerismo. Eres un mezquino renegado y desleal. Brice. Además, he hablado con el sindicato y me han dicho cómo hacer esto de manera oficial. En el despacho de tu representante, hay un fax que tendrás que firmar.

Kay no podía dejar de darle las gracias a Rob Dalton por haber insistido en tomar todas esas medidas legales. Se giró un poco para lanzarle una sonrisa de agradecimiento, él también estaba mirándola, pero no pudo identificar la expresión de su rostro.

—Me necesitas. Nadie puede sustituirme. Soy el único verdadero profesional de este rodaje, no como tú, una niñata rica que ha conseguido el trabajo gracias a los contactos de papá.

Allí estaba otra vez... aquella puñalada le era ya muy familiar pues la seguía fuera donde fuera y por mucho que trabajara, siempre habría alguien que la acusaría de estar allí gracias a su padre, cosa que casi le daba ganas de reír. Casi.

—Nos arreglaremos sin ti, Brice.

—¡Yo he participado en un película!

—Sólo tenías una frase de tres palabras. «Es la hora».

—No es culpa mía que cortaran lo mejor en el montaje.

Seguía gritando y su volumen de voz le estaba poniendo dolor de cabeza.

—Mira, Brice. Cuando vuelvas a Nueva York, habla con tu representante —que por cierto le había contado a Kay un par de secretos de Brice cuando lo había llamado—. Tenemos que terminar con el rodaje y marcharnos de aquí.

—Muy bien —respondió levantando las manos en un exagerado gesto de rendición—. Como ya he dicho, soy un profesional. Así que me pondré el vestuario y podremos continuar con todo esto.

—No.

Tenía un amor propio que lo cegaba, lo cual le recordó otra cosa que en ese momento no podía parar a pensar.

—Brice tú te marchaste y ahora no puedes volver. Vamos a terminar con Rob, así que márchate.

— No puedes hacerme eso. Esto me lo pagarás y no te servirá de nada todo tu dinero...

En ese momento y con la mayor discreción, Rob se puso entre Brice y Kay. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que se hubiera movido de la escalera, donde se había quedado inmóvil desde El Beso.

— Yo estaba pensando lo mismo sobre usted —le dijo a Brice.

—¿Cómo?

—Que debería pagar por lo que ha hecho.

Kay se colocó al lado de Rob; tenía que admitir que sentía una repentina curiosidad por la conversación.

—¿Ah, sí? ¿Y quién se supone que va a hacerme pagar?

—La persona con la que haya firmado el contrato. No sólo no debería cobrar nada, sino que podría tener que enfrentarse a una demanda por incumplimiento de contrato.

Brice se quedó desconcertado unos segundos.

—¿Es que eres abogado o algo así?

—No. Sin embargo...

—Lo suponía. Pues déjame que te diga que habría terminado mi trabajo si este maldito vídeo no fuera tan largo. Pero claro, qué se puede esperar de una directora amateur que nos ha arrastrado hasta un pueblo de mala muerte y ha elegido a un equipo incompetente y una desconocida para el papel secundario.

—¡Secundario! —protestó Laura con un grito—. ¡La novia es la protagonista!

—De cualquier manera, usted decidió retirarse en el momento que creyó que sería prácticamente imposible continuar sin usted —Rob ladeó la cabeza en un gesto de lástima que a Kay le pareció digno de un actor profesional—. Pero hay otro problema. El comité de la Casa Bliss está considerando la idea de demandarlo por enajenación de ingresos, ya que su negativa a cumplir con su trabajo podría impedir que la organización recibiera un dinero con el que ya contaba. El pueblo de Tobias podría encontrar también motivo de demanda contra usted.

—¡Habías dicho que no eras abogado!

—Y no lo soy, pero estoy familiarizado con casos parecidos y además pertenezco al comité de la Casa Bliss.

—Y yo soy su presidente —intervino uno de los amigos de Rob, el que según la señorita Trudi, se había casado con Annette ese mismo verano.

—El comité no dudará en hacerle pagar por los perjuicios causados —añadió la otra mujer, Suz.

Uno por uno, los amigos de Rob fueron dejando caer sus elegantes amenazas y, cuando se vio acorralado, Brice miró al equipo de la película en busca de ayuda, pero ninguno había olvidado el comentario que había hecho sobre ellos y permanecieron en silencio.

—Me marchó de este pueblo de campesinos ahora mismo —pero no podía irse sin hacer un último comentario—. Intentad encontrarme en Nueva York cuando veáis que no podéis terminar sin mí.

Apenas había salido por la puerta cuando Kay comenzó a dar instrucciones al equipo.

— ¡Todos a sus puestos! ¡Vamos a terminar esto! Mientras retocaban el maquillaje de Laura, ella se dirigió al grupo de amigos de Rob.

— ¿Todo eso era cierto?

— Ni una palabra —Rob tenía los ojos brillantes, pero su rostro no se había alterado ni un ápice.

—La verdad es que te ha salido muy bien —admitió Steve Corbett mirando a su amigo—. ¿Pero eso de la enajenación de ingresos, Dalton? Ha sido genial.

Todos se echaron a reír satisfechos.

— Muchas gracias —haciendo un esfuerzo, Kay los miró a todos y no sólo a Rob como le pedía el cuerpo—. Gracias a todos.

—Bueno, deberíamos prepararnos para la última escena —recordó Rob.

Kay volvió a darles las gracias antes de alejarse, pero no avanzó mucho antes de que la señorita Trudi la agarrara del brazo.

—Le has dado una buena lección a ese hombre, Kay.

A ella le parecía que más bien había sido Rob el que se la había dado.

—Se lo merecía por habernos abandonado de ese modo.

— Sí, has dejado muy claro lo que pensabas de su lealtad.

—¿Qué lealtad? No dudó ni un segundo a la hora de traicionarnos.

Pero la señorita ya no le prestaba atención. Kay siguió su mirada hasta Rob, que rápidamente se dio media vuelta, pero no lo bastante rápido. Kay estaba segura de que la había estado mirando, y no era una cuestión de vanidad porque no era esa clase de mirada.

Era curioso que fuera capaz de distinguir algo así teniendo las hormonas todavía aceleradas por el beso.

—Todo esto es muy interesante —añadió la señorita Trudi zanjando la conversación.

—Cuando quieras, Kay —la avisó el cámara.

La película, el equipo y todo el material estaban listos para regresar a Nueva York después de haber conseguido acabar de rodar. Bien era cierto que no había sido un rodaje muy ortodoxo, teniendo en cuenta que la directora había acabado besándose con uno de los actores de un modo...

Afortunadamente, sólo tenía que cumplir su promesa de pagar de algún modo a la señorita Trudi por haber encontrado a Rob y después no tardaría en marcharse. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido entre ellos, lo dejaría allí, en Wisconsin y volvería a casa. En realidad volvería a Manhattan, pero no a casa, pues no tenía.

No podía regresar a casa de sus padres, eso era lo único seguro. Seguían destrozados y ofendidos con ella por haber roto su compromiso con Barry hacía unos meses.

Después de que todos se hubieran marchado, ella se había quedado en la Casa Bliss recogiendo algunas cosas olvidadas. Tenía que volver al motel a buscar su equipaje, era una buena caminata, pero le serviría de práctica ahora que iba a tener que recorrer Nueva York de arriba abajo hasta encontrar apartamento.

Sabía que tenía por lo menos seis amigos que la acogerían en sus casas, pero entonces tendría que escuchar una vez más que le dijeran lo tonta que había sido por permitir que Barry se quedara con el apartamento que habían compartido.

— No tienes por qué sentirte culpable por cancelar la boda —le había dicho una y mil veces su amiga Gail—. Y aunque te sintieras culpable, dejarle el apartamento es demasiada compensación, especialmente para alguien como Barry.

Ninguno de ellos comprendían que sí que tenía motivos para sentirse culpable y que el apartamento no era demasiado. Además, aunque estaba en la mejor zona de Manhattan, a ella nunca le había gustado demasiado el lugar que le habían elegido sus padres. Habría preferido cualquier edificio modesto del centro. Pero no podía decirles todo eso, así que no podía acudir ni a sus padres ni a sus amigos. Sólo le quedaba...

Dora.

No. Era demasiado arriesgado. No sabía cuánto duraría su nueva relación con ella; sin tener en cuenta el hecho de que si se iba a vivir con ella, no podría decirles a sus padres dónde estaba.

Tenía que encontrar otra solución, para lo cual podía aprovechar el tiempo que iba a tardar en llegar al aeropuerto de Chicago y de ahí, a Nueva York.

Pero antes tenía que saldar su deuda con la señorita Trudi... Sólo con acordarse de Rob Dalton, volvía a sentir esa oleada de calor que le recordaba a lo que sentía de niña cuando observaba el fuego en casa de Dora. Quería tocarlo aun sabiendo que se quemaría. La conciencia del peligro nunca había disminuido su fascinación. Eso mismo había sentido al besar a Rob. Fascinación. El beso en sí se le había hecho corto, era más bien lo que prometía.

Sus bocas se habían unido a la perfección, como si fuera su posición natural. La misma naturalidad con la que se habían abierto los labios y la lengua de Rob se había adentrado en ella provocándole un sinfín de sensaciones. Y si los presentes no hubieran hecho ruido, le habría despojado del traje y...

—¿Kay?

Se volvió sobresaltada.

— Siento haberte asustado. No me he dado cuenta de que estarías alterada después de lo de Brice.

No podía decirle que no se había sobresaltado por creer que era Brice, sino porque había sabido que era él, Rob.

—No te preocupes. ¿Qué ocurre? —por una parte, había esperado no volver a verlo. Durante la última escena había estado profesional y muy distante.

—Quería despedirme. No sabía cuándo te marcharías.

—Salgo hacia el aeropuerto a las ocho de la mañana. O sea que todavía me quedan... —miró el reloj—. Doce horas.

—Debes de tener mal el reloj porque en realidad te quedan casi trece —matizó dando un paso hacia ella. ¿Querría eso decir que las hormonas de Kay no habían sido las únicas afectadas?—. Escucha, la escena de antes. Cuando nos enseñabas cómo hacerlo...

—Ya. Supongo que me metí demasiado en el papel, ¿no?

El sol del ocaso le daba de lleno en el rostro acentuando sus rasgos y la perfección de su cuello, que era aún más evidente con la camiseta que llevaba ahora que con el traje de la boda.

Dios. Era una lástima que sólo le quedara una noche allí. Aunque... quizá no fuera tan malo. Era la situación perfecta porque no había tiempo para los sentimientos, sólo atracción sexual. Ni complicaciones, ni falsas esperanzas, ni la posibilidad de decepcionarlo. Bueno, al menos la posibilidad sería menor.

Qué demonios...

—No, eso es mentira. No ha sido por el papel —comenzó a decir con total sinceridad y entonces se dio cuenta de que el corazón le estaba latiendo a un ritmo totalmente desconocido para ella—. Mira, me voy a Nueva York por la mañana y lo más probable es que no volvamos a vernos. El caso es que lo de antes quizá haya sido porque no había besado a nadie desde hace... bueno, varios meses. Desde que mi prometido...

—¿Tu prometido? —repitió Rob dando un paso atrás.

—Sí —«no me interrumpas por detalles sin importancia». Estaba tratando de decirle que no le importaría pasar las últimas horas que le quedaban en Tobías haciendo algunas tomas nuevas de ese beso y él la entretenía para hablar de Barry.

—Estás prometida.

Le pareció adivinar cierta desilusión en sus palabras.

—No, no —acompañó la negación mostrándole las manos sin anillos—. Ya no.

—Ya no.

No tenían tiempo para eso.

—Es muy sencillo. Estaba prometida la última vez que besé a alguien, pero ya no lo estoy.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. Quiero decir que no me rompió el corazón ni nada de eso, no tienes por qué sentir lástima por mí, mis padres te lo explicarían mejor. Fui yo quien rompió el compromiso —añadió tratando de resumir—. Mis padres adoran a Barry.

Kay deseó con todas sus fuerzas que Rob dijera algo. Su silencio no le parecía buena señal.

—Barry es muy buena persona.

—¿Entonces por qué rompiste con él?

— Pues... —se encogió de hombros intentando buscar las palabras adecuadas—. Porque si no lo hubiera hecho nos habríamos casado doce días después.

—¿Lo abandonaste menos de dos semanas antes de la boda?

No, el tono de su voz tampoco era buena señal. Aquello no iba bien. ¿Qué había pasado con la tensión sexual de hacía unos minutos?

—Me comporté como una estúpida. Si lo hubiera hecho antes, habría ahorrado mucho sufrimiento a todo el mundo, por no hablar del dinero. Mis padres se pusieron furiosos. Barry es un hombre estupendo, pero no era el adecuado para mí.

Algo que debería haber descubierto antes porque Barry seguía siendo el mismo de siempre... impecable, agradable y tan comunicativo como un muro.

Trató de volver al punto en el que se habían puesto a hablar de Barry:

—La verdad es que tampoco hubo muchos besos antes de que rompiéramos. Así que a lo mejor eso ha contribuido a lo de antes. No sé, quizá haya sido sólo yo, pero... Bueno, ha sido un beso increíble.

Se hizo el silencio.

Kay esperó, pero él no dijo nada.

—Bueeeeno —trató de sonreír—. Sí, supongo que ha sido todo cosa mía. Será mejor que me vaya...

—No ha sido sólo cosa tuya.

Una enorme alegría se apoderó de ella mientras su corazón le decía que ya lo sabía. Pero la alegría duró poco porque enseguida se dio cuenta de que Rob no tenía la menor intención de repetir aquel beso. Le habría resultado muy útil alguna palabra por su parte que la ayudara a comprender lo que estaba pasando por la cabeza de aquel tipo.

—¿Kay? Querida, cuánto me alegro de que no te hayas marchado — Trudi Bliss irrumpió en la casa acompañada de una niña rubia. Estaba casi sin aliento—. Esta casa es una maravilla, seguramente por eso se hace valer forzando a sus visitantes a subir tan pronunciada cuesta.

— Siéntese, señorita Trudi —le sugirió Kay.

—Nell ha visto el autobús del aeropuerto con la gente de la película y yo he creído que irías dentro. Kay, ésta es Nell Corbett, la hija de Steve y Annette. Nell, ésta es Kay Aaronson.

— Yo también voy a hacer cine, ¿sabes? —dijo la niña—. Y voy a ganar muchos Osear.

—¿Como actriz o como directora?

—De todo.

—Nell tiene muchas ambiciones —aclaró Rob en voz baja haciéndola sonreír.

—Pero no me han dejado venir a ver el rodaje y ahora os vais todos.

—Bueno, yo no me voy hasta por la mañana —le dijo antes de dirigirse a la señorita Trudi—. Y no me habría marchado sin despedirme y darle las gracias. Además, le debo un favor. Si quiere que le mande algo de Nueva York o...

—No hace falta, querida. Pero sí hay algo que me gustaría pedirte a cambio de haber conseguido un sustituto.

— Cuidado con la señorita Trudi —murmuró Rob—. Te va a hacer pagar el favor.

Y ella estaba dispuesta a pagar lo que fuera porque le había traído al mejor sustituto que podría haber encontrado.

— Querida, me alegro mucho de haber podido ayudarte y me alegra que ahora quieras ayudarme tú.

—Por supuesto, dígame qué puedo hacer por usted.

—En realidad no es por mí, es por la Casa Bliss y por Tobias, aunque por supuesto yo me alegro de cualquier cosa que se haga por mi pueblo y por mi casa —aclaró sonriendo—. Tu abuela me ha hablado de tus habilidades, no sólo artísticas sino para promocionar visitas turísticas. Nos encantaría que utilizaras tu talento para promocionar la inauguración de la Casa Bliss.

«Madre mía». Rob había acertado al decirle que tuviera cuidado con ella.

—A tu abuela le encantaría que aceptaras. Sabemos que con tu ayuda podremos atraer a muchos más visitantes.

Kay tenía que admitir que sentía cierto interés por el proyecto, pero...

— Pero quedan varias semanas hasta la inauguración.

Trudi asintió.

—Está programada para el quince de octubre, es decir, dentro de ocho semanas.

—Ocho semanas. ¿Quiere que me quede aquí ocho semanas?

—Sí —respondió sonriente—. Te encontraríamos un lugar agradable para vivir.

—Señorita Trudi. Kay tiene que volver a Nueva York a montar lo que ha rodado aquí —intervino Rob.

—En realidad no tengo que hacer ningún montaje — ¿eran imaginaciones suyas o Rob estaba deseando que se fuera del pueblo?— El productor me ha pedido todo el metraje sin cortar; dice que hasta que no lo vea, no sabrá qué imágenes utilizar.

— Pues es una suerte para nosotros —continuó Trudi —, porque eso quiere decir que puedes quedarte.

—Pero yo no tengo ninguna experiencia en promocionar mercados de artesanía.

Aunque por otra parte, había hecho una promesa. «Tráigame a ese hombre, señorita Trudi y haré lo que me pida».

— No te preocupes, Kay —volvió a intervenir Rob—. Nadie esperas que sobrevivas ocho semanas en Tobías.

No era común que le molestara que alguien le diera la razón.

—Voy a hacer algo más que sobrevivir, voy a hacer una estupenda promoción.

— ¿Entonces te quedas? —preguntó Trudi entusiasmada.

Hasta que el productor terminara con el vídeo, era imposible que le ofrecieran ningún otro trabajo; así que no importaba si estaba en Nueva York o en Tobías. Pero había otra ventaja de quedarse allí, una ventaja muy importante.

La señorita Trudi le había dicho que le encontrarían un lugar para vivir, con lo que, por el momento, no tendría que enfrentarse a la pesadilla de buscar apartamento en Manhattan y podría ahorrar algo de dinero para recuperarse de la crisis económica que le había provocado el tener que pagar los gastos ya ocasionados por la boda. Ella misma había insistido en correr con dichos gastos por haber sido ella la causante de que no se celebrase la boda.

— Sí —aceptó por motivos prácticos.

— Estupendo.

En cuanto a Rob, él no había querido continuar con El Beso durante las trece horas que quedaban hasta su vuelo, así que menos iba a querer durante ocho semanas. A Kay no le habría importado estar con él esas trece horas, pero más tiempo no. Así que tendría que mantenerse alejada de él.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que Rob estaba agarrando sus bolsas.

—Espera... ¿qué haces?

—La señorita Trudi ha dicho que no tienes coche —dijo dirigiéndose a la puerta—. Tu motel está demasiado lejos como para ir caminando, así que Nell y yo te dejaremos allí camino a casa.

Aquello la hizo darse cuenta de que mantenerse alejada de alguien no sería tan fácil en Tobias como en Manhattan.

Capítulo 3

ROB estaba acostumbrado a analizar probabilidades, calcular riesgos y tomar decisiones importantes, y lo hacía bien. De hecho, su habilidad en ese campo le había convertido en una pieza clave en el mundo empresarial de Chicago. Aunque no conocía ninguna fórmula para evaluar la situación, sabía cuáles eran las probabilidades de que una relación con Kay Aaronson saliera bien.

Ninguna.

Aparte de las diferencias obvias, estaba el hecho de que había abandonado a su prometido y el modo en el que había descrito a Brice, como un mezquino renegado y desleal. Por supuesto encajaba con el carácter del actor, pero había algo más crucial: «Hay miles de cosas más importantes que las normas».

Por no hablar de lo inoportuno de la situación.

Aunque estuviese buscando una relación, incluso aunque hubiera decidido mantenerla con alguien a quien no le importaban las normas, desde luego no la empezaría en ese momento.

—... y cuando haya escrito los libros, que serán aún más populares que Harry Potter, yo misma los convertiré en películas —estaba diciendo Nell cuando Rob volvió a prestar atención a la conversación—. Así que es una suerte que Kay se quede, así podré aprender cosas sobre cine.

No pudo hacer otra cosa que asentir a los planes de Nell hasta que llegaron a la puerta de su casa, donde casualmente, la esperaba su padre, Steve, que por supuesto se acercó a saludar a Rob.

— Bueno, cuéntame. ¿A qué ha venido ese beso con la directora? —Steve no era de los que perdía el tiempo en cortesías.

—¿Estabas esperando aquí fuera para torturarme?

— No, había salido a sacar la basura —mintió su amigo con una delatora sonrisa en los labios, pero enseguida volvió a ponerse serio—. Jamás te había visto tan... entregado a un beso. Y eso que estuve en tu boda.

—Estaba actuando.

— No digas tonterías. Ya va siendo hora de que vuelvas a ponerte en juego.

— Sí, claro. Como si eso fuera lo que hiciste tú antes de que volviera Annette.

—Entonces aprende de mis errores. Sé que Janice te hizo daño, pero se supone que viniste a pasar aquí el verano para reponerte, ¿no es así?

No exactamente.

—Es una pena que esa directora se vaya tan pronto —continuó Steve — . No vais a tener oportunidad de llegar a conoceros.

Rob no dijo nada, pero Steve interpretó su silencio con la maestría que daba una amistad de tantos años.

—¿No se marcha?

— Por ahora no —confesó Rob—. La señorita Trudi le ha pedido que se quede a ayudar con la promoción de la inauguración de la Casa Bliss. Claro que el comité podría oponerse.

— De eso nada. Es una idea estupenda. Pero, ¿cuánto va a haber que pagarle?

— Nada. Sólo tenemos que encontrarla un lugar donde vivir.

—Ahora me parece aún mejor idea. Lo que no entiendo es por qué no estás dando saltos de alegría. Oye, en casa de tu hermana hay muchas habitaciones vacías...

—No sería buena idea —cortó Rob tajantemente.

—Ése es tu problema, Rob. Nunca te dejas llevar.

—Tampoco es que tú seas un aventurero, Steve.

— Al menos un poco más que tú sí lo soy —respondió él todavía con la cabeza puesta en la noticia de que Kay se quedaba en el pueblo—. Pero tengo la sensación de que esta mujer te va a hacer descontrolarte un poco.

—No es mi tipo.

—Pues a juzgar por ese beso, me parece que vas a tener que cambiar de tipo...

— Abandonó a su prometido doce días antes de la boda —por mencionar sólo una cosa.

— ¿Y eso la hace inapropiada? Supongo que te acordarás de lo que nos pasó a Annette y a mí — Annette había abandonado a Steve el día de su primera boda hacía ya ocho años. Ambos habían tenido que madurar mucho hasta sentirse preparados para intentarlo de nuevo, pero desde entonces su matrimonio funcionaba a la perfección.

— Pero Kay lo contó como si fuera algo habitual. Después de Janice... No, gracias. No me voy a acercar siquiera a una mujer que pueda abandonarme de ese modo. Si eso quiere decir que no me dejo llevar, será cierto.

— Siempre has sido demasiado testarudo —farfulló Steve antes de volver a sonreír a su amigo—. Hablando de dejarse llevar... me vuelvo a casa con mi mujer.

Kay se quedó apoyada en el muro exterior de la Casa Bliss y cerró los ojos para disfrutar del cálido sol matutino. Habría jurado que la señorita Bliss le había dicho que la reunión era a las once y media, sin embargo allí no había nadie aparte de ella.

Justo en ese momento sintió que no estaba sola. Y no sólo eso, sino que tuvo la inconfundible sospecha de que sabía quién acababa de llegar. Fue como si de pronto el calor del sol se hiciera más intenso.

Abrió los ojos y allí estaba. Rob Dalton. A unos dos metros de ella, la miraba como si estuviera pensándose si podía marcharse sin que Kay se diera cuenta de que había estado allí.

—Buenos días —dijo ella estropeándole los planes.

—Buenos días —respondió él con la misma cautela—. ¿Has venido a la reunión?

—La señorita Trudi me dijo que viniera a conocer oficialmente al comité a las once y cuarto, pero la puerta está cerrada y no contesta nadie.

Rob miró su reloj.

—No es propio de ellos llegar tarde. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—Caminando.

—Son más de tres kilómetros.

Kay se encogió de hombros. Solía caminar mucho en Nueva York, lo que hacía que sus padres se enfadaran casi tanto como cuando se enteraban de que utilizaba el metro.

— Soy más fuerte de lo que parezco.

Zanjó la conversación lamentándolo de inmediato porque después se hizo un incómodo silencio. Kay trató de pensar en qué habían hablado antes de que el beso lo cambiara todo. Su trabajo.

— Dijiste que eras analista de inversiones como si ya no lo fueras. ¿Qué haces ahora? —preguntó con torpeza.

Rob apartó la mirada.

— Me he tomado el verano libre.

— Ah. ¿Entonces después volverás a tu trabajo en... Chicago?

—En Chicago, sí —confirmó con total corrección—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste dirigir vídeos musicales?

Kay le lanzó una mirada de soslayo.

—No finjas que te parece interesante.

—¿Pero es eso lo que quieres hacer?

— Esta semana sí.

—¿Y la próxima?

— Seguramente también. Supongo que tú supiste que querías ser analista de inversiones nada más salir del útero materno; a mí sin embargo hay muchas cosas que me interesan, así que tuve que dejar de lado algunas posibilidades.

—Como por ejemplo un marido.

Kay prefirió hacer caso omiso de tal comentario.

— He tardado algún tiempo en idear mi futuro profesional, pero por fin tengo un plan. Los vídeos musicales son sólo el comienzo.

— ¿Y qué dejaste de lado?

— Unas cuantas cosas. Como esculpir... también di clases.

— ¿De qué? ¿De escultura?

Kay no era una mujer susceptible, estaba segura de ello. Pero el tono de voz que estaba utilizando y sus palabras le estaban sentando como si alguien estuviera arañándole la espalda después de haberse quemado con el sol.

—Sí y también enseñé a hacer móviles. He tenido muchos trabajos —respondió con una actitud con la que le dio a entender que no tratara de burlarse de ella.

Abrió la boca para responder, pero las voces de sus amigos se lo impidieron. Era el mismo grupo que había estado el día anterior en el rodaje. Todos la saludaron amablemente, aunque Fran, la hermana de Rob, fue algo más seca que los demás.

—¿Qué hacéis aquí fuera? —preguntó Steve Corbett.

—Kay dice que la puerta está cerrada.

—Qué raro —comentó Annette Corbett—. La señorita Trudi siempre llega la primera y espera dentro. A lo mejor está atascada.

—No creo —opinó Max Trevetti, hermano de Annette—. La puerta es nueva, yo mismo la cambié.

Suz Grant lanzó un sonoro suspiro.

—Qué lástima, con lo que me gustaba esa puerta.

La mirada que Max lanzó a Suz habría podido derretir a cualquier mujer, pero ella le sonrió con inequívoca sensualidad. Era evidente que aquella puerta les recordaba algo muy íntimo.

Kay miró hacia otro lado para no entrometerse en dicha intimidad, pero se encontró con los ojos de Rob, que también había estado mirando a la pareja y su rostro reflejaba que él también había identificado el deseo sexual entre Max y Suz. Quizá también él se había acordado entonces del beso que habían compartido ellos dos, aunque también podía ser producto de su imaginación.

—La puerta no está cerrada—anunció Max desconcertado.

—Os prometo que lo estaba hace unos minutos —aseguró Kay apartando la atención de Rob.

Su protesta cayó en saco roto porque la aparición de la señorita Trudi los llevó al interior de la casa, donde enseguida comenzaron a hablar de lo que los había llevado hasta allí. Como no podía ser de otra forma, a Kay le tocó sentarse junto a Rob alrededor de la mesa en la que la señorita Trudi había servido unas tazas de té.

—Creo que ya sabéis todos que Kay ha accedido a ayudarnos a promocionar la inauguración del mercado de artesanía de la Casa Bliss —les recordó Trudi una vez estuvieron todos sentados.

—Siento preguntar algo de tan mal gusto —intervino Suz—. Pero con el presupuesto tan apretado que tenemos, especialmente después del tornado, ¿cómo podemos permitirnos contratar ayuda?

—No podemos —contestó enseguida la señorita Trudi—. Kay va a hacerlo como un favor. Lo único que teníamos que hacer era buscarle alojamiento, y yo ya lo he conseguido. Resulta que Gina Holland necesita que alguien cuide de su casa durante los dos meses que va a pasar con sus nietos en Kentucky, así que Kay puede quedarse allí.

—Qué coincidencia —comentó Steve.

Kay no veía coincidencia alguna, todo el mundo se iba de viaje de vez en cuando; sin embargo Steve seguía mirando a Trudi con curiosidad y extrañeza.

— Y qué repentino —añadió Annette—. Hace sólo dos días, Gina me dijo que no vería a sus nietos hasta Navidad.

Ahora «todos» estaban mirando a Trudi con la sospecha reflejada en los ojos. Y luego decían que los neoyorquinos eran desconfiados.

—Es maravilloso lo bien que está saliendo todo —dijo la que estaba siendo objeto de tanta desconfianza—. Además resulta que ha habido una generosa donación que va a facilitar aún más las cosas. Así que sólo nos queda darle la bienvenida a Kay y...

— Un segundo, señorita Trudi —interrumpió Rob—. No pretendo ofender, pero no sabemos nada de la señorita Aaronson.

Kay no dijo que no se había ofendido porque habría mentido. El sí que sabía un par de cosas de ella. Se podía conocer a alguien enfrentándose a la tensión que habían vivido el día anterior. Ella sabía que él era tranquilo, responsable, serio y capaz de derretirla con un solo beso.

Lo que sí hizo fue pedirle permiso para tomar prestado su bloc de notas, él reaccionó con cierto nerviosismo, lo cual la satisfizo enormemente.

—Por amor de Dios, Rob —protestó Trudi ostensiblemente disgustada por el comentario—. La familia de Kay se estableció en el pueblo poco después que el mismísimo Tobias Corbett y yo conozco a Dora Aaronson de toda la vida. En cuanto a Kay, no necesitamos saber más que lo que ya hemos visto; que es una mujer encantadora y llena de talento.

—Quizá no estaría de más saber algo de su curriculum, creo que sería lo lógico.

Kay se inclinó hacia delante con una fingida sonrisa en los labios.

— En cuanto acabe la reunión, les imprimo una copia de mi curriculum. Bueno, tardaré un poco más porque tengo que dejar el motel antes de las dos.

—¿Y cómo vas a llevar todo tu equipaje, querida? —preguntó la señorita Trudi.

—Llamaré a un taxi...

— ¡Cuánto lo siento, querida! En Tobias no hay taxis —su tono de voz indicaba que estaba contrariada de darle tan mala noticia, y sin embargo la expresión de su rostro reflejaba justo lo contrario—. Yo misma te ayudaría si tuviera coche.

— Y carné de conducir —murmuró Max antes de decir con voz normal—: Me temo que nosotros tampoco podemos ayudarte, Suz y yo tenemos una reunión en Madison y tenemos que irnos dentro de veinte minutos.

—Yo tengo que llevar a Steve al Ayuntamiento — se excusó Annette—. Pero después... ¡ah, no! También tengo que ir a buscar a Nell al campamento. Puedes venir conmigo, llevarte mi coche y luego...

—Estoy segura de que tiene que haber una solución más sencilla —volvió a intervenir Trudi.

—La hay —dijo Fran—. Rob puede llevarnos a Kay y a mí a casa y después ella y yo vamos en mi coche...

— Déjalo, yo la ayudaré —anunció Rob sin el más mínimo entusiasmo—. Fran, tú ve a casa con Annette y yo acompañaré a Kay.

— Eso está mucho mejor —comentó Trudi satisfecha—. ¿Qué os parece si le explicamos nuestro proyecto a nuestra nueva compañera?

«A las once y cuarto, claro». Si hubiera dormido decentemente esa noche, Rob habría estado más avisado al recibir la llamada de la señorita Trudi para avisarlo de que la reunión se había adelantado un cuarto de hora. Seguramente habría sospechado que le estaba tendiendo una trampa cuando la oyó decir que no pasaba nada por que no pudiera informar a Fran de la nueva hora. Ahora lo entendía todo. Era obvio que la señorita Trudi tenía intenciones de juntarlos a Kay y a él.

Muy malas intenciones.

Muy malas si tenía en cuenta el nudo que se le había hecho en el estómago al verla allí, apoyada en la pared con los ojos cerrados y el pelo meciéndose con la brisa...

Era demasiado peligroso, más que cualquier producto químico.

—Para ser fiel al espíritu de la casa, me he basado en los planos originales de los jardines de la casa — comenzó a explicar Fran.

Uno por uno, los miembros del comité fueron explicándole la situación del proyecto para ponerla al corriente de las tareas de las que se encargaba cada uno. La última fue Fran, que explicó lo que había pensado para el jardín, donde lo más importante serían los colores, que cambiarían con las estaciones. A Rob no le había quedado más remedio que tomar notas en el reverso del presupuesto, pues Kay se había apoderado de su bloc de notas.

Todos parecían fascinados con los planes de Fran, de hecho la señorita Trudi parecía a punto de echarse a llorar. A él sin embargo le preocupaba que su hermana estuviera tan inmersa en el proyecto en lugar de seguir adelante con su vida, que se suponía que era lo que iba a hacer tras la muerte de su padre. Volvió a mirar a todos los presentes y comprobó que efectivamente, él era el único que veía el lado negativo.

Entonces miró a Kay, que estaba inclinada sobre el bloc, moviendo la mano rápidamente. Estaba dibujando.

Tardó varios segundos en descubrir que estaba dibujando lo que Fran iba describiendo. Había hecho ya tres bocetos diferentes del jardín; invierno, primavera y verano. ¿Cómo demonios había podido reflejar los cambios de estación a estación con un solo bolígrafo? Todos los trazos era azules y sin embargo daba la sensación de haber colores. Impresionante.

El nudo que tenía en el estómago se abrió como un capullo floreciendo. Si los jardines de Fran eran siquiera la mitad de bellos que los dibujos de Kay, no había duda de que había que seguir sus planes por muy complicados que fueran. Después, ya se encargaría él de animar a su hermana a abrir las alas y seguir adelante con su vida.

—¿Rob?

Levantó la vista y se encontró con que todos lo miraban mientras él estaba absorto observando a Kay.

—¿Puedes informar a Kay del presupuesto? —le recordó Steve.

En cuanto él comenzó a hablar de la situación económica y las medidas que había tomado para ahorrar gastos, Kay dejó de dibujar y lo escuchó jugueteando con el bolígrafo entre los dedos.

— Bueno, Kay —le dijo al terminar su exposición—. ¿Cuál es tu plan?

— ¿Mi plan?

— Sí. tu plan para promocionar la inauguración de la Casa Bliss.

Ella lo miró sonriendo con total tranquilidad.

— No tengo ningún plan.

— Claro que no lo tiene —intervino Suz—. Si ni siquiera ha tenido tiempo de deshacer las maletas.

Todos murmuraron algo dándole la razón a Kay.

— Pues no disponemos de mucho tiempo. Necesitamos un plan —insistió Rob con sequedad—. Y tiene que ser rápido, bueno y barato.

El segundo viaje hasta el motel fue aún más tenso y silencioso que el primero.

—Volveré dentro de una hora —dijo Rob en cuanto se hubieron detenido junto a la puerta de la habitación diecisiete—. Así tendrás tiempo para hacer el equipaje. Deja lo que más pese para mí.

— Muy bien —se limitó a decir Kay antes de salir del coche y cerrar la puerta de un modo que le hizo preguntarse si había sido un portazo o sólo se lo había parecido a él.

Una hora después, de pie en la puerta de su habitación, supo que había sido un portazo. Le quedó completamente claro cuando ella abrió la puerta y al verlo dijo:

—Ah, eres tú —y se dio media vuelta dejándolo allí.

—¿Estás lista? —preguntó justo antes de ver las maletas aún vacías sobre la cama.

—No —respondió dándole unos papeles — . Te he impreso una copia de mi curriculum, y aquí tienes tu bloc de notas.

Primero vio el bloc, había arrancado las hojas donde había hecho los dibujos y, por los restos que habían quedado, lo debía de haber hecho con bastante furia.

Después echó un vistazo a las hojas impresas, había trabajos de lo más variados; desde profesora de manualidades o guía de museos de arte, hasta diseño de páginas web y organización de visitas temáticas por Nueva York, pasando por estudios de cinematografía y tareas de meritoria en películas. Y sólo había mirado por encima.

—Esto podía haber esperado hasta que te hubieras instalado.

— ¿Cómo iba a saber que iba a quedarme? Quizá no fuera de tu agrado. No recuerdo todos los teléfonos de contacto, pero creo que encontrarás suficientes referencias para estar seguro de que no soy una estafadora ni ninguna otra clase de delincuente.

— Nunca se sabe —dijo entre dientes. Ella lo miró con el ceño fruncido, pero antes de que pudiera decir nada, Rob se apresuró a añadir—: Gracias.

—De nada.

—Estás enfadada.

—Muy enfadada.

Pero él sabía que no era sólo eso, también estaba ofendida, y era él el que la había ofendido. Pero no por eso se sintió culpable, había actuado de manera lógica y responsable.

—Es mi obligación para con la Casa Bliss —aseguró él—. Es una pequeña medida de precaución.

Kay emitió una especie de gruñido de desconcierto.

— ¡Por amor de Dios, no voy a hacerle nada malo a vuestro proyecto! De todos modos, tengo la sensación de que no se trataba de la Casa Bliss, sino de mí y...

Dejó de hablar de pronto, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa, y se quedó con los labios abiertos y completamente inmóvil. El único movimiento de su cuerpo era el de su pecho, que subía y bajaba con la respiración; un movimiento que realzaba la curva generosa de sus senos perfectamente marcados por la tela de su camisa negra, tan perfectamente marcados que se podía...

No, no podía pensar en eso, al menos no mientras estaba despierto y podía controlarlo. Con los sueños de la noche anterior no podía hacer nada, pero sí con sus pensamientos.

—¿Estás bien? —le preguntó al verla parpadear y estremecerse.

— Sí. Ha sido uno de esos momentos en los que comienzas a hablar sin pensar en lo que estás diciendo... las palabras están saliendo por tu boca y de pronto hay un momento de revelación —lo miró expectante.

Él también la miró sin decir nada.

—¿Nunca te pasa?

—No. Yo pienso antes de hablar.

—¿Siempre?

—Siempre.

—Qué lástima —parecía verdaderamente disgustada—. Voy a compartir mi revelación contigo. Estaba diciéndote que no supongo ninguna amenaza al proyecto de la casa y que me daba la sensación de que desconfiabas de mí. Y estaba a punto de decir que no lo comprendía, cuando de pronto lo he entendido. Y me siento halagada.

—¿Por qué?

—Porque efectivamente es por mí. Y por el beso. Me halaga que me consideres una mujer fatal que podría hacerte cometer una locura, y todo por culpa de un inocente beso.

Él jamás habría descrito ese beso como inocente.

Cualquier otro hombre habría tratado de negar lo que estaba oyendo, o de retrasar la verdad; pero mentir iba en contra de sus principios y ya había retrasado demasiadas cosas ese verano...

— Supongo que tienes razón.

Kay enarcó una ceja no del todo satisfecha.

—Tienes razón —repitió con más firmeza—. En parte era por eso. No voy a olvidar mis obligaciones por culpa de un ardiente beso. Y en las presentes circunstancias, sería una locura permitir que hubiera algo más entre nosotros.

— Yo no te he pedido nada más —replicó ella.

Rob habría querido llevarle la contraria, decirle que sus ojos habían pedido más cuando la había encontrado a la puerta de la casa esa mañana y asegurarle que ella respondería encantada si él la besara en ese mismo instante. Y le habría encantado demostrárselo.

Pero no era buena idea.

—Kay, eres una mujer increíblemente atractiva y yo... —sería mejor no entrar en detalles—. Simplemente no sería adecuado. Pertenecemos a mundos diferentes y todo esto es de lo más inoportuno.

—¿Porque voy a marcharme o porque voy a quedarme un tiempo?

Directa al corazón de un solo golpe. Rob no sabía si le daba miedo y le hacía admirarla más. El caso era que no podía por menos que responder con sinceridad.

—Por las dos cosas.

—Muy bien —dijo antes de seguir doblando ropa.

—¿Muy bien?

— Sí. Olvidamos el beso y ya está. No creo que nos resulte tan difícil mantenernos alejados el uno del otro durante las ocho semanas que voy a estar aquí.

Podría decirle que él se iría antes que ella y, cuando arreglara las cosas en Chicago y regresara a Tobías para siempre, ella ya se habría marchado.

—Así que trabajaremos como compañeros —resumió Kay y pasó la oportunidad de contárselo. Habría sido una locura, no se lo había contado a nadie y no se lo iba a decir a una desconocida.

—De acuerdo.

—Entonces ahora puedo pedirte que me cuentes más cosas sobre la Casa Bliss y de dónde surgió el proyecto.

Rob le puso al día de las dificultades económicas que habían impulsado a la señorita Trudi a ceder la mansión familiar al Ayuntamiento por recomendación de Steve y Annette. A cambio de la casa, el pueblo había construido un cómodo apartamento para Trudi en un extremo del edificio, el resto se convertiría en un mercado para los artesanos de la zona que además atraería las visitas de los turistas.

Durante todo el discurso, Kay fue interrumpiéndole con preguntas y no dejó de guardar la ropa.

— Sabes que estamos en verano, ¿verdad? —le preguntó Rob al verla meter la última prenda en la maleta.

—No tiene mangas —se justificó Kay señalando el vestido.

— Pero es negro. Esa maleta parece el interior de una cueva.

—Es que el negro va con todo, es el complemento perfecto para cualquier otro color.

— ¿Qué otro color? Normalmente la gente lleva colores claros en verano. Para no pasar calor.

— El negro es muy útil en la ciudad.

—¿Disimula la contaminación?

— Tenía entendido que llevabas años en Chicago, que no es precisamente una aldea.

—Está bien —se rindió con un gesto—. Pero no me echas la culpa si tu cuerpo empieza a arder.

Kay abrió la boca para responder y después la volvió a cerrar. Rob no tardó en darse cuenta de lo que podían insinuar sus palabras y le preocupó la posibilidad de que lo hubiera dicho conscientemente.

— Vaya, interesante comentario para un hombre que siempre piensa antes de hablar —dijo ella con una falsa expresión de inocencia.

—Te espero en el coche.

Capítulo 4

KAY echó un vistazo a la cocina de los Holland, pues cuando Rob le había enseñado la casa a velocidad de vértigo, no le había dado tiempo. Como él había dicho, pertenecían a mundos diferentes. Tan diferentes como lo era esa cocina de la aséptica y brillante cocina de la casa de sus padres. Aquella pertenecía a un verdadero hogar, con sus utensilios de madera y las notas en la nevera, entre las que había una para ella:

Kay:

Encontrarás todo lo necesario en el frigorífico y en el segundo cajón del mueble que hay junto a él. La señorita Trudi dice que te sientas como en casa y utilices lo que quieras con total libertad.

Rob.

Así que eso era lo que había estado haciendo mientras ella hacía el equipaje. Abrió el frigorífico y encontró de todo; fruta, verdura, queso, leche... En el cajón que le había indicado encontró pan, frutos secos y cereales. No estaba nada mal.

Pero eso no cambiaba el hecho de que Rob no era su tipo. No podía negar que era bastante guapo. Hombros anchos, pelo rubio oscuro, ojos claros e inteligentes y ese cuello. Por no hablar de la química que desprendía. Aunque era más que evidente que la química no fuera algo que perturbara a Rob Dalton. Lo cual era buena noticia. Barry no había sido su primer fracaso sentimental, en realidad todas sus relaciones habían sido un fracaso, por lo que también una que se limitara a ocho semanas representaba un peligro para ella. Por eso se alegraba de que Rob quisiera olvidarse del beso. Bueno, también le daba rabia. «No voy a olvidar mis obligaciones por culpa de un ardiente beso». Lo había dejado perfectamente claro. No había nada que hacer.

Ése era otro motivo por el que no era su tipo, a ella le gustaban los hombres con misterio, pensó mientras subía las escaleras hasta la habitación de invitados, en la que Rob había dejado sus cosas. Un hombre que supusiera un desafío intelectual, eso era lo que ella quería y lo que también le había faltado con Barry, para quien conversar era hablar de banalidades en un cóctel cualquiera. Además de que prefería salir con sus padres que estar a solas con ella.

Se quedó parada en el centro de la habitación, observando la cama de matrimonio con cabecero de madera. Eso no significaba que Rob Dalton no fuera inteligente, lo era y mucho. Era curioso que dedicándose a las inversiones jamás se lo oyerá presumir de sus hazañas en el mercado de valores, como solía hacer Barry. Aquello la hizo pensar en que, a juzgar por los comentarios de sus amigos, todo el mundo daba por hecho que seguía siendo analista de inversiones. Qué misterio...

Vaya, acababa de decir que quería un hombre con misterio. Agitó la cabeza y soltó una carcajada que retumbó en la casa en silencio. Por supuesto, ella no se refería a un misterio sobre su situación laboral. Además, lo último que necesitaba en aquel momento era tener un romance en un pueblo de Wisconsin. Quería trabajar en el mundo del cine, así que tendría que vivir en Nueva York, o en Los Angeles; pero de ningún modo en Wisconsin. Pero al margen de su carrera, ¿qué demonios haría ella en un pueblo tan pequeño?

Colocó el último pantalón en el armario y se quedó mirando toda su ropa. Todo negro a excepción de un par de prendas blancas y otra gris perla. Quizá Rob tenía razón, quizá necesitaba poner un poco de color en su vestuario.

Pero eso no quería decir que él fuera bueno para ella, ni mucho menos. La química que había entre ellos no era más que una coincidencia, una coincidencia que Kay no habría dudado en explorar un poco, pero nada más. Además él la veía como una tentación empeñada en llevarlo por el mal camino.

Rob era como aquella cocina. Sencillo, cómodo y bien hecho. Nada sofisticado...

Entonces se dio cuenta de una cosa. ¿Qué decía de ella el hecho de que no fuera su tipo un hombre guapo, inteligente, considerado y que la había besado como nunca lo habían hecho?

La señorita Trudi lo recibió en su apartamento con la amabilidad que la caracterizaba. La había buscado por todo el pueblo hasta dar con ella en la segunda visita a su casa.

—Quiero preguntarle unas cuantas cosas, señorita Trudi.

—Lo comprendo —asintió invitándolo a sentarse—. Quieres saber más cosas sobre Kay, y no me extraña. Es una muchacha encantadora.

—No es eso...

— Sé que jamás me pedirías que traicionara su confianza —aseguró dándole un golpecito en el brazo—. Es una cualidad que aprecio mucho de ti. Pero puedo decirte que Kay no tuvo una infancia demasiado feliz. Nunca le faltó nada material, aunque su padre... No, no hablemos de eso. Sus padres...

— Señorita Trudi.

—... dedicaron todos sus esfuerzos a conseguir una buena posición entre la élite neoyorquina y se olvidaron de atender a la pequeña Kay. A pesar de eso y de algunos... problemas de la familia, Kay se ha convertido en una joven sorprendente...

—Tan sorprendente que abandonó a su prometido.

—Rompió el compromiso dos semanas antes de la boda, sí.

— Doce días — corrigió él — . No digo que sea mala persona, pero fíjese en todos los trabajos que ha tenido. Está claro que le cuesta encontrar la estabilidad. Ni en los trabajos ni en las relaciones.

—La estabilidad no siempre es buena.

Rob ignoró aquel comentario.

— Kay no es la persona adecuada para ayudarnos con el proyecto. ¿Qué sabe ella de Tobias? Pertenece a otro mundo.

—Qué tontería. El corazón humano late igual en todas partes. Fíjate en Dora Aaronson, la abuela de Kay. Dora se crió en Tobias y después se marchó a Nueva York, donde se convirtió en una artista famosa, y eso que era un mundo muy diferente. Sin embargo el corazón de esa mujer que el país entero considera un tesoro nacional es el mismo que el de la muchacha a la que yo di clases de arte.

—Sí usted lo dice.

—Claro que sí. A pesar de los golpes de la vida, incluyendo el terrible distanciamiento de Kay, sé que su corazón sigue siendo el mismo.

Rob estuvo a punto de morder el anzuelo que Trudi le había tendido y preguntar sobre aquel distanciamiento entre Kay y su abuela.

—Es una lástima cuando dos personas que han querido tanto se separan, o las separan —continuó diciendo ella—. Un sufrimiento que tú debes de entender muy bien, debido a tu reciente divorcio.

De pronto el anzuelo parecía más apetecible que hablar de su divorcio.

—¿Qué pasó... entre Kay y su abuela?

—Ah, ¿quién sabe qué sucede entre dos personas?

—Esas dos personas.

La señorita Trudi lo miró de un modo extraño.

—Rob, eres un hombre estupendo.

—Vaya, gracias.

—Sin embargo, me encantaría que dejaras de pensar que el alma humana se rige por las leyes de las matemáticas.

—Yo no...

—Claro que sí, querido. Aunque no lo haces de manera consciente, eso lo sé.

Prefirió cambiar de conversación.

—Señorita Trudi, he venido a preguntarle por esa misteriosa donación con la que vamos a pagar los gastos que realice Kay.

—Qué bien que me lo recuerdes. Llevo todo el día con el cheque en el bolso para dártelo y que lo ingresaras en el banco.

La señorita Trudi le dio un cheque de una fundación cuyo nombre no había oído jamás por una cantidad de cinco cifras.

No había nada mejor como dormir bien para volver a ver las cosas con claridad. Nada había cambiado, pensó Kay mientras caminaba hacia la Casa Bliss. Mientras esperaba a que el productor terminara el montaje del vídeo musical, ayudaría a la señorita Trudi con su proyecto. También llamaría a sus amigos para que le dieran el teléfono de alguna agencia inmobiliaria que la ayudara a conseguir un apartamento para cuando regresara a Nueva York, momento en el que su vida volvería a estar en perfecto orden.

Cuando quedaban pocos metros para entrar en la finca de la casa, un ruido hizo que Kay levantara la vista del suelo. Por el camino flanqueado por las máquinas de construcción, se acercaba hacia ella una enorme bestia peluda. Era un perro. Tenía que ser un perro, aunque no se parecía en nada a los bichitos mimados y bien peinados de su madre.

— ¡Para! —le gritó antes de que estuviera demasiado cerca y después se quedó mirándolo asombrada al ver que había obedecido a su orden.

El animal tenía la cabeza ancha, el hocico negro y las orejas de punta. Y no dejaba de mover la cola como si fuera un radar en busca de señal.

—Buen chico.

Levantó aún más las orejas y habría jurado que sonrió.

—Es hora de trabajar —le dijo al perro al tiempo que sacaba la videocámara de su bolsa y, como si se hubiese dado por aludido, el perro se puso en movimiento—. ¡Siéntate!

Increíble. Aquel perro era muy listo.

Pero en cuanto Kay dio dos pasos, el animal la siguió hasta la puerta.

—No, no puedes entrar... —de pronto le vino a la cabeza el nombre del pajarillo herido al que Dora y ella habían curado hacía muchos años—. Quédate aquí, Chester.

El perro se quedó al pie de la escalera, observándola sin dejar de sonreír a su modo.

—Hola, querida.

—Ah, hola, señorita Trudi —la saludó Kay apartando la cámara, aunque el recorrido general de la casa tendría ya un primer plano de la señorita Trudi.

—¿Quieres un té?

—No, gracias —respondió siguiéndola hasta la cocina—. ¿Estos donuts son suyos?

—No, querida. Los trae Suz por las mañanas para todos. Sírvelo con total libertad.

—Gracias, pero no es para mí. Es que hay un perro fuera y creo que tiene hambre.

Efectivamente, Chester estaba muerto de hambre y de sed. La señorita Trudi la acompañó al jardín y contempló junto a ella cómo el animal devoraba dos donuts sin dejar de mover el rabo.

—Fran está haciendo verdaderos milagros con este jardín —comentó Trudi observando las flores recién plantadas—. Tiene tanto talento. Su madre estaría muy orgullosa.

Kay no dijo nada, se limitó a escuchar mientras el perro se bebía casi un cubo de agua.

—Los Dalton siempre fueron una familia estupenda. Es una verdadera lástima que Vicky y Dennis murieran tan jóvenes. Vicky comprendía a sus hijos a la perfección, así que ambos perdieron mucho con su muerte, que además ocurrió en un momento crucial de sus vidas. Rob estaba a punto de empezar la universidad y Fran estaba en plena adolescencia. Dennis se quedó tan destrozado que no los ayudó tanto como habría podido. Fran y Rob son muy afortunados de tenerse el uno al otro, aunque eso no quiere decir que no sean fuertes por sí solos.

El perro seguía mirándola con cara de hambre, así que Kay le dio un tercer donut.

—Hay mucha gente que se equivoca con Rob Dalton. Creen que como es responsable y formal, no tiene carácter, pero yo sé que tú no cometerías ese error.

—No —dijo Kay enseguida—. Yo sé que tiene carácter, muy mal carácter.

— Ay, no, te equivocas. Puedo asegurarte que Rob...

— Usted oyó cómo me pedía mi curriculum durante la reunión.

—Claro que lo oí, y me pareció muy interesante.

—¿Interesante? Pero si disfruté echándome en cara que haya tenido tantos trabajos.

—¿Estás segura de eso, querida?

—Claro que lo estoy. ¿Qué tiene de malo la diversidad, si puede saberse?

—Nada. La diversidad de experiencias puede resultar muy beneficiosa — convino la señorita Trudi — . Igual que la diversidad de las personas con las que una se relaciona... o con los que una tiene un romance.

Kay no estaba de humor para hablar de relaciones, y mucho menos de romances.

—Gracias por los donuts, señorita Trudi. Tengo que volver al trabajo.

Veinte minutos después, Kay estaba grabando el jardín de la casa. De derecha a izquierda, del muro del nuevo apartamento de la señorita Trudi hasta la puerta de entrada y la pequeña pared de ladrillo que delimitaba el patio, donde había alguien sentado. Rob. De manera inconsciente, enfocó el zoom en su boca.

Estaba sentado a su izquierda, si hubiera dado dos pasos más, habría acabado sentada en su regazo.

—Hola —su aspecto era tan frío como su tono de voz.

—Relájate, Rob. No voy a saltarte encima.

—No había pensado que fueras a hacerlo.

Mentiroso. Por qué si no había salido corriendo de la habitación del motel y después la había dejado en casa de los Holland sin entretenerse ni un segundo.

— Bueno... —sería mejor no tentar la suerte —. ¿Qué te trae por aquí?

—He traído a Fran y ahora estoy esperando a que Max me dé unos papeles que tiene que firmar Steve. ¿Puedes apagar eso?

—Claro —dijo devolviendo la cámara a su bolsa—. Estaba grabando la casa.

Tenía la mano apoyada en la pared y el sol de la mañana iluminaba sus dedos... y uno de ellos tenía todavía la marca de una alianza.

—¿Qué ocurre? — Rob miró a su alrededor tratando de averiguar qué la había dejado boquiabierta.

Kay nunca había comprobado que no llevara anillo.

—¿Estás casado? Te pusiste como loco por que yo hubiera roto mi compromiso y ahora resulta que estás...

—Divorciado.

Vaya.

—¿En trámites o...?

—Divorciado con los papeles firmados y todo en orden. Ya no estoy casado.

Pero desde hacía poco, a juzgar por la marca de su dedo anular. ¿Sería ése el motivo por el que había dicho que todo aquello era muy inoportuno? ¿Por eso desconfiaba tanto de ella?

—Lo siento. Es... lo siento. Bueno, creo que voy a buscar a Fran para que me explique más cosas del jardín.

Se dio media vuelta y tropezó con algo que le llegaba por la rodilla. Vaya salida. Caerse de bruces delante de él. Aunque no cayó, porque Rob la agarró de la cintura y tiró de ella. Habría sido un gesto precioso y elegante si no hubiera sido porque tiró tan fuerte de ella, que él también perdió el equilibrio derrumbándose sobre la silla con ella encima.

Y a pesar de tan aparatoso aterrizaje, lo único en lo que podía pensar Kay era en acurrucarse contra su pecho.

—Bueno, ¿quién es tu amigo? —le preguntó Rob con una sonrisa de lo más sugerente que, unida al extraño bulto que Kay notaba en la cadera, estuvo a punto de hacerla perder el control.

—¿Qu... qué?

Bueno, no era precisamente una respuesta sexy, pero era todo lo que podía decir mientras luchaba por volver a respirar con normalidad.

—Tu amigo, el que ha estado a punto de hacerte caer de bruces.

Parecía que ya había recuperado el suficiente oxígeno como para ponerse en pie por sí sola.

—Perdón.

—No hay problema.

El tono de su voz no correspondía con las palabras, era evidente que Kay acababa de causarle un problema.

Kay esperaba que fuera algo relacionado con el aumento sorprendente de su anatomía y no que le hubiera roto algún hueso.

—Gracias por salvarme de... ¡Vaya! —ahora veía al causante de su tropiezo—. Sea quien sea el propietario de este perro, no debería dejarlo suelto en un terreno en obras. Es peligroso.

—Eso ha quedado más que claro —murmuró entre dientes—. ¿Lo conoces?

—Chester lleva toda la mañana siguiéndome, pero no lo conozco.

—¿Chester? No dices que no lo conoces.

—Y es cierto, pero no podía llamarlo Eh, tú, así que le he puesto Chester. Estaba aquí cuando he llegado esta mañana y, cada vez que me doy media vuelta, ahí está.

—Parece que él si te conoce. ¿O es ella?

—No se lo he preguntado.

Rob se echó a reír.

—Eres de ciudad, ¿verdad?

— Simplemente educada.

Sin dejar de sonreír, Rob se inclinó hacia el perro.

— Yo tengo buena mano con los perros —aseguró orgulloso—. Siempre me obedecen. Vamos, Chester. El perro se quedó inmóvil. —Parece que no está educado.

—Claro que lo está. Mira. Chester, siéntate.

Ahora sí obedeció, Kay le lanzó una mirada a Rob y él soltó una carcajada.

—¿Has oído eso de que los perros se parecen a sus amos? —preguntó todavía riéndose—. Acabáis de mirarme exactamente igual.

Kay sintió algo extraño por dentro. Como cuando oía el tren acercándose en el metro y ella todavía estaba en las escaleras, pero sabía que tenía que montarse en ese tren o llegaría tarde, demasiado tarde...

—Qué ridiculez. Ese perro debe de ser de alguien. Y ahora, si me perdonas, tengo trabajo.

A pesar de los ofrecimientos de Steve, Max y Annette, Kay había insistido en ir caminando hasta el Ayuntamiento, donde iban a celebrar otra reunión del comité para que pudiera asistir Steve. Rob no se había ofrecido a llevarla, pero no la sorprendía. Bien era cierto que habían mantenido una cordial conversación acerca del perro, pero eso no cambiaba nada. Cuanto menos tiempo pasaran juntos, mejor.

Ya en el Ayuntamiento, se encontró con Rob cuando estaba a punto de meterse en el ascensor.

—¿Dónde vas?

—A la reunión.

—Yo que tú no utilizaría esa antigualla —dijo refiriéndose al ascensor—. Además, la reunión es en este mismo piso.

Kay se dio cuenta de que se había dirigido al ascensor de manera instintiva. En Nueva York resultaba impensable entrar en un ascensor y hacer otra cosa que no fuera subir diez o veinte plantas. Lo que le recordaba que tenía que llamar a la agencia inmobiliaria, lo haría esa noche sin falta.

—Le he pedido a Max que pregunte a sus trabajadores por el perro, por Chester. Parece ser que no es de ninguno de ellos —la informó mientras se dirigían a la sala de reuniones—. Me han dicho que no lo habían visto hasta que empezó a seguirte. Cosa que seguirá haciendo si lo alimentas tan bien.

—Sólo le he dado lo que me sobró ayer de la comida.

— ¿Ah, sí? Claro, suele sobrar comida si compras tres hamburguesas para ti sola.

Kay se detuvo perpleja.

—¿Cómo sabes...?

Rob tenía la cara a sólo unos centímetros de ella, tan cerca que casi podía sentir sus labios y su respiración cuando dijo con la voz más provocadora que le había oído:

— Bienvenida a la vida en el pueblo, donde todo, hasta lo que compras para comer, se sabe.

—Necesitamos llamar la atención —comenzó a decir Kay gesticulando con las manos—. Así que he preparado algo grande. Propongo preparar la gala más espectacular que se haya celebrado en Tobías.

Rob tenía la extraña sensación de que aquellas manos le provocaban esa increíble sensación que había experimentado durante el rodaje sin que Kay lo tocara siquiera. ¿O acaso era el recuerdo del brillo que había visto en sus ojos cuando la había agarrado para que no se cayera o hacía sólo un momento, cuando sus rostros se habían quedado a unos centímetros?

—En Tobías nunca se ha celebrado ninguna gala —pero Kay pareció no oír su comentario.

— Imaginad una orquesta flotando sobre el lago, invitados famosos cruzando el lago en un barco de dos pisos hasta llegar al comienzo del camino que sube a la Casa Bliss. Allí habrá otra orquesta y el jardín estará iluminado y decorado para bailar allí hasta la medianoche, momento en el que se abrirán las puertas.

Los miembros del comité se miraron entre sí sin decir ni palabra.

— Estoy abierta a vuestras sugerencias.

— Verás, querida —comenzó a decir la señorita Trudí—. Se me ocurren una o dos cosas.

—A mí una docena —farfulló Rob.

—¿Doce? Vaya. Bueno, adelante, no te reprimas —lo desafió sin parpadear.

— Muy bien. Empecemos porque en el lago Tobías no hay barcos de dos pisos, de hecho no hay barcos de ningún tipo, sólo pequeñas barquitas. Tampoco podríamos encontrar una plataforma sobre la que pudiera flotar la orquesta. En cuanto a los invitados famosos, ¿de dónde crees que los sacaríamos? Por no hablar del frío que hace aquí en octubre y que haría que se nos congelasen los asistentes, famosos o no... — continuó con un sinfín de objeciones hasta llegar a la conclusión — . No podemos permitirnos tanto gasto. Ni el barco, ni la orquesta, ni los invitados famosos.

Silencio. Ese silencio que hacía a uno le pitaran los oídos.

—Bueno, la verdad es que no se puede decir que te hayas reprimido —Kay sonrió de un modo que hizo que algo se le retorciera por dentro a Rob. Ciertamente era que su plan era tan poco viable como celebrar las Olimpiadas en Tobías, pero ése no era

motivo para ridiculizarlo... o para ridiculizarla a ella. Y todo porque le provocaba sensaciones que no podía explicar.

—Lo siento. Yo...

—No te preocupes. Tienes razón y, por las caras que veo en los demás, tenéis razón todos. Mi plan es una estupidez.

—No, mujer —trató de consolarla Annette.

—Supongo que se puede sacar a una mujer de la ciudad, pero no se puede hacer que encaje en un pueblo. Siento haberos decepcionado —Annette y Suz aseguraron que no era así—. Me marcharé enseguida...

—No digas tonterías —la voz dulce pero firme de la señorita volvió a imponer el silencio—. No se puede tener éxito si se abandona al primer obstáculo. La idea de Kay era creativa y original —les dijo a los demás—. El problema es que no encaja con las condiciones de nuestro pueblo. Es un error lógico si tenemos en cuenta que no le hemos dado tiempo de conocer Tobías. Lo que quiere decir que deberíamos invertir un poco de nuestro tiempo en enseñarle los entresijos del pueblo.

—Es una idea estupenda —comentó Suz—. Una especie de curso intensivo.

—Nada me gustaría más que servirle de guía yo misma, pero teniendo en cuenta mis carencias como conductora, creo que debo dejarle a otro ese placer. Quizá Suz... no, tú misma acabas de llegar a Tobías. Necesitamos alguien que haya pasado más tiempo aquí.

—Me temo que yo tengo demasiado trabajo —se excusó Steve enseguida.

—Yo además del trabajo en la Casa Bliss, tengo una hija —dijo Annette—. Aunque podría dedicarle alguna mañana, pero...

—Gracias por tu generoso ofrecimiento, pero creo que lo más indicado sería alguien que estuviera disponible varios días seguidos.

—Creo que yo estoy en la misma situación que Annette.

—Lo sé, Fran, querida.

Así se fueron disculpando uno por uno hasta que todas las miradas se centraron en Rob.

—Yo tengo trabajo en casa.

—¿Cavar? —parecía que su hermana no iba a servirle de ayuda.

—Rob y yo no nos llevamos bien —trató de decir Kay.

—Estoy segura de que haréis un esfuerzo por el bien de nuestro proyecto —les conminó la señorita Trudi con sutileza.

—Hace muchos años que no paso tiempo aquí...

—¿Está todo el mundo de acuerdo? —Steve tampoco acudió a socorrer a su amigo, así que todos aprobaron la sugerencia y a Rob no le quedó otra alternativa que acatarla.

—¿Quieres empezar a conocer los entresijos de Tobías ahora o mañana? Te has ido antes de que pudiera preguntártelo.

Rob había detenido su coche en mitad de la carretera, por donde ella iba caminando.

—Vas a entorpecer el tráfico.

— ¿Qué tráfico?

Tenía razón, no se veía un coche en kilómetros a la redonda.

—No te preocupes, ya me las arreglaré yo sola para conocer el pueblo.

— Entonces la señorita Trudi idearía otro plan. Además, el comité acordó que yo te acompañara y tengo que aceptar la decisión unánime.

Su actitud de chico sensato le daban ganas de tirarle algo a la cara.

—Mira, los dos sabemos que hay... algo entre nosotros. Algo de lo que tú no quieres saber nada, y yo tampoco. Sobre todo desde que sé que me consideras idiota — muy bien, sus ideas no eran buenas, pero no tenía por qué habérselo restregado por la cara, doce veces, para recordarle que aquél no era su sitio. —Así que les diremos a los demás que eres un guía estupendo y seguiremos caminos separados. Ellos se quedarán contentos y nosotros aún más.

—Eso no importa. El comité me ha encomendado un trabajo y tengo que hacerlo. Te veré en la Casa Bliss cuando llegues.

Y se marchó dejándola con la palabra en la boca. Lo peor fue verlo después esperándola en la casa. Ningún analista de inversiones, en ninguna parte del mundo, tenía derecho a tener ese aspecto tan impresionante. Con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en el capó de su coche estaba que cortaba la respiración.

— Vamos a dejar algo bien claro —anunció él cuando ella todavía estaba a unos metros — . Yo no creo que seas idiota, simplemente creo que tus ideas no eran buenas. Pero estoy seguro de que cuando aprendas un poco...

Kay gruñó de manera nada elegante.

—... sobre Tobías, se te ocurrirá algo mucho más adecuado. Te vi en el rodaje, tienes más ideas de las que puedes llevar a cabo.

Nada como un cumplido para hacer desaparecer la ira.

—En realidad lo que ha decidido el comité es lo más sensato y yo era el más adecuado para acompañarte.

Estupendo. Justo lo que cualquier chica quería oír; un hombre guapísimo iba a enseñarle el pueblo porque era lo más sensato y lo más adecuado.

Así comenzó la visita, y lo primero que hicieron fue dirigirse al lago, pero tenían compañía.

—Sigue aquí —anunció Kay al notar que Chester los seguía de cerca. No sabía si se alegraba o no de que el perro no hubiera vuelto a su casa.

Rob sugirió que buscaran en su collar por si llevaba algún tipo de etiqueta. Efectivamente, en una pequeña placa que colgaba de su cuello, figuraba un número de teléfono al que llamaron para descubrir que estaba desconectado.

— Al menos hemos averiguado algo —dijo Rob después de colgar. Kay lo miró confundida—. No es él, es ella.

—¿Estás seguro? ¿Cómo no te habías dado cuenta antes?

—Un caballero jamás cuestiona a una dama sobre el sexo de su perro. Y Chester tiene tanto pelo que es difícil distinguir nada. Supongo que tendrás que cambiarle el nombre.

—¿Por qué? Glen también es un nombre masculino y mira qué bien le queda a Glen Clóse.

Rob se echó a reír y la miró de un modo que ella no entendió.

— Además, no es mi perro. Yo no sabría cómo cuidarla.

— ¿Tu familia nunca tuvo animales?

—Sí, mi madre siempre ha tenido perros pequeñitos. Pero, ¿cuidarlos? Jamás, de eso se encarga el servicio. Además, yo no puedo tener perros en mi...

Iba a decir «en mi apartamento», pero no tenía apartamento. Tenía que llamar a la inmobiliaria.

—No quiero sentirme presionada para adoptarla — sentenció firmemente —. Empecemos la visita de una vez. Chester, quédate aquí.

Kay prefirió no volverse a mirarla una vez comenzaron a andar.

Rob sí miró hacia atrás. Le habría gustado tener una cámara de fotos. La imagen de aquella perra con el corazón roto era prueba suficiente de que no debía acercarse a aquella mujer. Chester se había encariñado con ella y sólo había que verla cómo había acabado.

Sin embargo, había algo en el modo en el que Kay miraba al animal... Parecía tener miedo de aceptar su cariño.

—Te encanta este pueblo, ¿verdad? —le preguntó Kay de pronto después de escucharlo hablar de la historia de Tobias.

—Sí, me gusta mucho.

—¿Y por qué has estado tanto tiempo alejado de él? —más que una pregunta, parecía un desafío.

—Había planeado mi vida y el regreso a Tobias no debía llegar hasta más adelante.

—¿Y cómo es que alguien tan centrado en su carrera se ha tomado unas vacaciones tan largas? —siguió preguntando mientras tomaba imágenes de la biblioteca.

—Por el divorcio.

—¿Nada más?

—Un divorcio es razón más que suficiente.

—Lo que quería decir era si no hay otra razón, ya lo sabes. Si quieres, dime que no es asunto mío, pero hay algo que te atormenta.

—¿En un día como éste? Con este sol y esta brisa...

— Puedes decir lo que quieras. Sé que hay algo importante.

Tenía que ser una coincidencia, no podía haberse dado cuenta. Rob no se lo había contado a nadie y nada sospechaba nada al margen del divorcio.

—Janice, mi ex, solía decir que soy el clásico tipo que es lo que parece, ni más ni menos. Una persona corriente, con una familia normal de un pueblo de Wisconsin, que fue buen estudiante y consiguió un buen empleo.

—Era una idiota.

Para su propia sorpresa, Rob sonrió.

—¿Por qué? ¿Porque me dejó marchar?

—Porque en realidad no te conocía. Tú tienes tus demonios, como todo el mundo.

Kay lo miró de arriba abajo, pero no como el día que había evaluado su parecido con Brice; su mirada era muy diferente esa vez. Como si estuviera viéndolo por dentro.

— ¡Hola! —era Nell, que salía de la biblioteca tan cargada de libros como siempre.

—Hola, Nell. Parece que te gusta mucho leer — comentó Kay con dulzura.

— Sí. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —respondió Kay antes de que Rob pudiera advertirla del peligro de las preguntas de Nell.

—La señorita Trudi me ha contado que tu abuela te enseñó a pintar cuando eras niña, yo no tengo ninguna abuela que me enseñe a pintar. Bueno, tengo una abuela, pero no le gustan las cosas divertidas. ¿Tú pintarías conmigo? Podríamos vernos en casa de Fran pasado mañana. Ese día no hay campamento. Podremos ver quién pinta mejor.

—Pintar no es una competición, además yo tengo que trabajar...

— Pintar es trabajo. Tu abuela se hizo famosa y rica, ¿no? Rob, llévala a casa de Fran pasado mañana.

—Pero...

No había peros cuando se trataba de Nell. Ya se había marchado antes de que Kay pudiera terminar su protesta.

— Una competición de pintura. ¿Por qué tendré la sensación de estar en un callejón sin salida?

—Porque lo estás —respondió Rob sonriendo, estar con Kay era todo un ejercicio para los músculos de su rostro—. No te equivoques, estás perdida.

De vuelta a la Casa Bliss, Kay fingió estar absorta en el paisaje, pero en realidad lo que le ocurría era que estaba fascinada con aquel hombre. No entendía por qué su cuerpo reaccionaba de ese modo cuando él estaba cerca. Rob no quería nada con ella, además era un obseso de la lógica, la sensatez y... besaba tan bien. Pero hacía planes

para todo, mientras que ella era la persona menos planificadora del mundo. Los planes la hacían retorcerse. Aunque por ahora no se había retorcido ni una sola vez.

—Parece que pasa algo —comentó Rob al ver que casi todos los obreros de Max estaban en la puerta de la casa, frente a una excavadora detenida.

Todos ellos miraban algo que había en el suelo.

— ¡Dios! —exclamó Kay echando a correr.

Junto a la perra seguía el cuenco de agua y un papel de hamburguesa, pero estaban fuera de su alcance y el animal no dejaba de babear, pero no se movía.

—Chester, lo siento, lo siento mucho —se disculpó parpadeando para hacer desaparecer el ardor que sentía en los ojos.

—¿Este perro es suyo, señorita?

—No —dijo ella—. Ven aquí, Chester.

La perra acudió inmediatamente y después se bebió todo el agua que quedaba en el cuenco.

—Pues si no es su perro, debería ir a la televisión con esa actuación —dijo uno de los obreros—. Llevamos más de veinte minutos intentando hacer que se moviera de ahí para poder sacar la excavadora.

—Lo siento, ha sido culpa mía. Ya nos quitamos. Vamos, Chester.

La perra la siguió hasta la sombra del árbol más cercano y Rob hizo lo mismo.

— Supongo que lo más lógico sería llamar a la protectora de animales para que vinieran a buscarla.

— ¡De eso nada! Eso es un matadero —protestó horrorizada.

— Vamos, Kay, en esos refugios tratan de que la gente adopte a los perros.

—Sí, pero cuando no encuentran a nadie... No, de eso nada, no pienso llevarla allí.

Rob la miró como si fuera un espécimen al que no sabía cómo catalogar.

—En ese caso, me parece que acabas de adoptarla tú. Si sigue suelta, alguien acabará llamando a la perrera. Y aunque no venga la perrera; si sigue sin hacer caso a nadie que no seas tú, no tiene mucho futuro.

Tenía razón.

—No puedo llevarme un perro a la casa de los Holland.

—Claro que puedes. Ellos tienen dos con los que van a todas partes. Además —continuó Rob—, no la has adoptado tú, te ha adoptado ella a ti.

—Debe de estar desesperada —murmuró ella. Sin responder, Rob abrió la puerta de su coche y le dijo a la perra.

—¿Quieres venir a casa conmigo? —el animal no se inmutó—. ¿Quieres ir a casa con Kay?

En un segundo, Chester estaba dentro del coche esperándola impaciente.

—Es temporal —aseguró Kay.

— ¿Estás segura?

—Claro. Si hago algo mal, te puedes marchar —le dijo a su nueva perra—. Y no quiero sermones por tu parte —añadió dirigiéndose a Rob.

—Ni palabra.

— Así me gusta. Que no se le olvide a nadie que esto es algo temporal hasta que aparezca el dueño. No podemos encariñarnos.

Capítulo 5

—BUENO, como Chester ya está en mi coche, estaré encantado de llevarte a casa de los Holland — se ofreció Rob.

—Más vale que estés encantado de llevarme a más sitios. Yo no tengo coche y tú me has metido en todo esto.

Parecía que durante el paseo había desaparecido al menos parte de su enfado, aunque la aspereza continuaba y eso le gustaba.

Mientras se dirigían a una tienda de animales para satisfacer las necesidades básicas de un perro, Rob se negó a sentirse culpable por no haberle dicho que en el refugio de animales de Tobias existía la norma de matar a los perros. Había algo en aquellas dos, mujer y perra, que le hacía sentir la convicción de que debían estar juntas. Una convicción que también parecía tener Chester.

—De todos modos tienes que llamar a la protectora —le recordó a Kay—. Quizá alguien haya avisado de su desaparición. Es la ley.

— ¡La ley! Las leyes no tienen corazón. Lo primero son las personas, no esas estúpidas normas. Las personas y los animales.

Entraron a la tienda y Rob prefirió dejar aquella reacción... exagerada para pensar en ella más tarde.

Casi dos horas después, salieron del centro comercial con varias bolsas con todo lo que pudiera necesitar cualquier animal y con Chester lavado y acicalado. Una vez en el coche, Kay se volvió a comprobar que la perra estaba bien instalada en el asiento de atrás.

—Deja de preocuparte —le dijo Rob—. No parece que tenga miedo al coche.

—No estoy preocupada. En realidad estaba pensando si se estaría arrepintiendo.

—¿Bromeas? Se ve claramente que está entusiasmada de estar contigo.

—Dios, es que no sabe que no puede ir por ahí regalando su confianza de ese modo.

Era evidente que Kay había pretendido que sonara a broma, pero no lo había conseguido.

—¿Por qué paramos aquí?

«Aquí» era un edificio bajo de ladrillo con un cartel en el que se leía «Toby» y un aparcamiento repleto de coches.

—Es una visita obligada si quieres conocer bien Tobias. Con toda la atención que le hemos dedicado a Chester, nos hemos olvidado de comer. Toby no sirve platos muy selectos, pero al menos no nos moriremos de hambre.

—¿Es que piensas que dejemos a la pobre Chester sola en el coche? Se sentirá abandonada y...

—Cálmate. Pediré que me lo pongan para llevar. Ahí al lado hay mesas de picnic.

Sentada en el banco de madera y con Chester correteando a su alrededor, Kay presenció una bonita puesta de sol. Aquél nunca había sido precisamente su momento preferido del día; de pequeña era el momento en el que sus padres se preparaban para salir. Además, en Manhattan no era del todo imposible ver la puesta de sol, pero sí requería una buena planificación para encontrar un lugar donde no hubiera un rascacielos tapando el horizonte. El ocaso era algo especial y extraordinario, mientras que allí era sencillamente parte del día a día.

Se quitó las sandalias y disfrutó del roce de la hierba en los pies desnudos.

— Kay, mira a quién me he encontrado.

Rob se acercaba a ella y tuvo una sensación parecida a cuando lo había visto en las escaleras de la Casa Bliss, esperando a que ella bajara. Sólo podía verlo a él, como si no existiera nada más. No, no podía permitirse sentir aquello. Amplió el enfoque de su mirada y vio que lo acompañaban Annette, Steve, Suz y Max.

—Ya nos hemos enterado de que has rescatado a un perro —dijo Annette acariciando a Chester—. Vaya, no parece que lleve mucho tiempo fuera de casa, tiene barriguita.

— Es el pelo —protestó Kay indignada.

— Sí, además de los donuts y las hamburguesas — murmuró Rob, ganándose una fiera mirada.

—Tendrás que tener cuidado porque estos perros sueltan mucho pelo —la avisó Annette—. Como el nuestro.

—No te hagas la dura —bromeó Steve—. Que te oigo cuando le cantas canciones de amor a Pansy.

— Yo no he dicho que a mí me moleste el pelo, sólo lo decía por si Kay quería pensárselo mejor.

— Demasiado tarde —intervino Rob—. Chester ya la ha adoptado y no hay marcha atrás.

— No es cierto. Voy a poner carteles para intentar encontrar al dueño.

Todos la miraron sin ocultar que no creían ni una de sus palabras.

Janice había llamado y había dejado un mensaje a Fran para que Rob la llamara cuando regresara, fuese la hora que fuese. Rob se quedó mirando la nota que le había dejado su hermana. Acababa de llegar de dejar a Kay y a Chester en su casa y se había vuelto a ofrecer a acompañarla en su visita por Tobias al día siguiente.

¿En qué demonios estaba pensando? ¿Sería cierto lo que ya todos excepto él sospechaban?

Al casarse con Janice, había tenido razones para pensar que las cosas seguirían el curso que él mismo había elegido. Janice era una mujer centrada y estable, mientras

que Kay era dispersa y cambiante. Si aun sabiendo aquello, se lanzaba a una relación, sería como volver a ponerse delante del tren que ya lo había arrollado una vez.

Habría preferido no responder a la llamada, pero sabía que su ex volvería a llamar en mitad de la noche y no quería molestar a Fran. Aquello le hizo darse cuenta de lo poco que añoraba a Janice. Seguramente se debía a que en la última etapa de su matrimonio, ya no habían formado parte de la vida del otro.

Lo mejor sería no retrasarlo por más tiempo, así que se sentó en el cuarto de estar con una cerveza en la mano y marcó el número de Janice.

—Rob, estaba a punto de perder la esperanza de hablar contigo. No sé cómo puedes encontrar cosas para hacer hasta estas horas en un pueblo tan pequeño.

Resistió la tentación de decirle que también en los pueblos existía el sexo, que se podía practicar a cualquier hora; pero seguramente no habría sido una broma muy adecuada. En realidad lo que quería era acabar con la conversación cuanto antes.

—Pues ya me has encontrado. Cuéntame qué problema tienes.

—No sé por qué das por hecho que tengo algún problema.

Rob se mordió la lengua.

— Bueno, el problema es que tienes que pensar bien qué estás haciendo con tu vida.

—Estoy bien, Janice.

—No es cierto. Estás considerando la idea de tirar por la borda tu carrera por un tecnicismo; no estás nada bien, ni mucho menos. Si has sacado tu bloc de notas y has hecho una lista de pros y contras, sabrás que tengo razón. ¿Es que quieres arruinar tu carrera?

Si ella supiera la cantidad de veces que se había sentado con su bloc de notas y había sido incapaz de escribir ni una sola palabra...

—No, no quiero.

—Estupendo, ésa es la respuesta que quería oír.

—No, espera. Hay más cosas que debo tener en cuenta además de mi carrera.

Janice no tardó en saltar:

—Claro, tienes que pensar en el futuro de la empresa que tan bien se ha portado contigo, en el bien de los accionistas y en las carreras de todos aquellos con los que has trabajado.

Como si no hubiera pensado ya en todos y cada uno de esos factores.

— Si la empresa confiesa...

—Vamos, Rob. Sabes perfectamente que si hay el más leve indicio de irregularidades, los políticos y los medios de comunicación se comerán viva a la empresa. Y saben perfectamente que para conseguir grandes titulares, nada mejor que una empresa importante que se derrumba.

—Mitchell te pidió que me llamas.

¡Por todos los demonios! Incluso ahora seguía esperando que su amigo y mentor hiciera bien las cosas, como le había prometido que haría. Pero aquella llamada era la prueba de que Mitchell había optado por otro camino.

—No sé qué...

—Que Mitchell Gordon te contó todas estas cosas y te dijo que me hicieras prometer que guardaría silencio.

—¿Y qué pasa si habló conmigo? Mitchell creyó que atenderías a razones y que, a pesar de habernos divorciados, tendrías en cuenta mi opinión. Además, está preocupado por ti. Le debes mucho a ese hombre, Rob; él te abrió el camino y te promocionó todo el tiempo.

—Sí —lo cual hacía que la desilusión fuera aún mayor.

—¿Es que no sientes ninguna gratitud? ¿Ninguna lealtad? Por amor de Dios, Mitchell era tu héroe y ahora quieres apuñalarlo por una nimiedad.

—No es una nimiedad, Janice. Las leyes están ahí por algún motivo. Protegen los ingresos de la gente y la libertad para vivir sus vidas.

—¿Y qué hay de los ingresos de tus compañeros? ¿Qué hay de sus vidas? ¿Estás dispuesto a sacrificar todo eso por unos desconocidos?

Por unos desconocidos y por sus principios.

—Aunque no sientas ningún afecto por Mitchell, ¿es que no eres lo bastante listo de proteger tu propio cuello?

—Si mi carrera se ve afectada...

—Claro que se verá afectada —interrumpió riéndose—. Lo que podría estar en juego es tu libertad, podrías acabar en la cárcel.

—Yo no tuve nada que ver en los tejemanejes de la empresa —y tenía copias de los documentos que lo demostraban. No era tan ingenuo. Igual que había esperado que Mitchell se comportara con honestidad, se había asegurado de tener documentación que probara lo que estaba ocurriendo y que él no estaba implicado antes de hablar con su jefe.

—¿Y cómo justificarías el haber estado ocultando pruebas durante meses? Podrías ir a la cárcel por eso y lo sabes.

Sí, lo sabía. El abogado que había consultado en junio le había sugerido que entregara todo lo que tenía en ese mismo instante. Pero él le había hecho una promesa a Mitchell. Se había preguntado muchas veces si Mitchell sabía la situación en la que él se encontraba, ahora estaba claro que sí. A Janice no se le hubiera ocurrido todo aquello por sí sola, era evidente que Mitchell estaba detrás de aquella conversación.

—¿Qué interés tienes tú en todo esto, Janice?

—Rob, tú todavía me importas. Odiaría ver cómo la carrera que yo te ayudé a construir...

—En serio, ¿qué interés tienes?

Soltó una carcajada que trataba de ser sexy, pero con la que Rob supo inmediatamente que estaba contrariada por no ser capaz de llevarlo por dónde ella quería.

—No sé qué te hace pensar que...

Sus evasivas le dieron a Rob tiempo para pensar.

—Mitchell te ha prometido parte de la cuenta de publicidad si me convencías para volver al redil.

—Verás... me lo he jugado todo a esta carta. He ideado toda una campaña para contrarrestar cualquier cosa que digas a la prensa.

—Janice, Mitchell te ha hecho una promesa que no puede cumplir. El que decide todo lo relacionado con la publicidad es Torenson.

—Entonces tendré que ganármelo a él también. Mitchell me lo presentará...

—Ése es el primer inconveniente. Mitchell y Torenson se odian. El segundo es que Torenson se va de vacaciones todos los años con el director general de la empresa que le lleva ahora la publicidad.

—Me lo ganaré —repitió con fuerza.

—Janice, Mitchell está jugando contigo. Está utilizando tu ambición para conseguir que hagas el trabajo sucio.

—¡Vete a la mierda!

Y colgó.

Todo lo que le había dicho a Janice era cierto y, desgraciadamente, también lo era todo lo que ella le había dicho. Cualquier investigación causaría un daño irreparable a la empresa y a muchos trabajadores inocentes. Y también era verdad que a él lo pondría en una situación muy vulnerable.

Seguramente ése era el motivo por el que había sido incapaz de hacer una lista de pros y contras. Mirara como mirara la situación, había demasiados contras.

Kay había pasado la noche sin dormir. Primero había hecho todo lo posible para que Chester se sintiera cómoda en la casa y después había preparado el cartel para buscar al propietario, pero sólo porque había dicho que lo haría. Cuando por fin se había ido a la cama, no había podido dormir más que a ratos, por lo que había acabado por levantarse y ponerse a buscar en Internet información sobre mercados de artesanía y casa históricas. Así que por la mañana salió a pasear a Chester con la esperanza de que le sirviera para despertarse un poco.

—Buenos días —le saludó Rob desde el coche. Kay tuvo que hacer un esfuerzo para no reaccionar a aquella increíble sonrisa.

—Llegas temprano, todavía no he terminado de pasear a Chester.

—¿Y adonde te dirigías? —preguntó saliendo del coche.

—A la Casa Bliss.

Continuaron el camino juntos, saludando a todos aquéllos con los que se cruzaban, Kay ya había aprendido la costumbre de hacerlo conociese o no a la persona. Al llegar a la casa, encontraron un grupo de mujeres de edad avanzada que se habían

ofrecido a ayudar a Fran con el jardín. Kay las estudió detenidamente, parecían demasiado mayores como para realizar trabajos de jardinería.

— Lo sé —susurró Rob leyéndole los pensamientos—. Fran les dará sólo las plantas más pequeñas. Lo que me preocupa es quién va a plantar los árboles. Max y Steve están hasta arriba de trabajo y el presupuesto no nos permite contratar ayuda.

—¿Y tú?

Rob miró para otro lado.

—Cuando lleguen los árboles, yo estaré en Chicago.

El trasfondo de aquella simple frase la habría dejado paralizada de no haber sido por la repentina llegada de la señorita Trudi, acompañada del grupo de mujeres, momento que Rob aprovechó para desaparecer.

Algunas de esas mujeres iban a vender sus artesanías una vez estuviera abierto el mercado, lo cual le hizo pensar a Kay que sería interesante conocer a todos los artesanos que pudiera para hacerse a la idea de cómo sería el mercado.

—Es una idea excelente, querida —le dijo Trudi cuando se lo explicó—. Yo te ayudaré a ponerte en contacto con ellos.

Después de varios minutos de conversación con las damas, Kay agradeció que Fran continuara la visita por otro rincón del jardín. Así ella pudo ir a buscar a Rob, a quién encontró apoyado en la novísima puerta principal.

— Espero que la pintura todavía esté húmeda —le dijo con fingida malicia—. Me has abandonado.

— Lo confieso —respondió él sonriente—. Pero si nos hubieran encontrado juntos, el cotorreo habría sido mucho peor.

Sus miradas se cruzaron y se unieron durante unos intensos segundos. Después, ambos miraron hacia otro lado.

Kay pensó que debía sentirse agradecida de que él tratara de evitar comentarios y malentendidos. Una vez más, Rob trataba de hacer lo correcto.

—¿Vas a apagar un fuego? —le preguntó él una vez volvieron a caminar.

—No... —enseguida entendió a qué se refería—. Supongo que es el ritmo neoyorquino. Lo siento, andaré más despacio.

Y así lo hizo, y no sólo para ir a su paso, sino porque creía que adaptándose al ritmo de Tobías, le sería más fácil comprender aquel pueblo.

Saliendo de la casa, Rob continuó hablándole de la historia del pueblo y de su gente. Allí resultaba fácil entender cómo se interrelacionaban los unos con los otros, cómo se necesitaban. Todos juntos conformaban una red de relaciones, profesionales o personales. En Nueva York era todo tan complicado y había tanta gente, que a veces era muy difícil sentirse parte de una comunidad. En Tobías era muy sencillo y sus habitantes estaban orgullosos de que así fuera.

Se volvió a mirar a Rob.

—¿Qué?

Parecía que la mirada se había alargado demasiado y él se había dado cuenta.

—Hablame de tu infancia —obviamente, no había sido eso lo que la había dejado atontada mirándolo, pero si hubiera confesado lo que estaba pensando, podrían haberla multado por indecencia en la vía pública. Sin embargo en cuanto hubo dicho aquellas palabras, se dio cuenta de que realmente la interesaba—. ¿Cómo fue crecer en Tobias? Eso me ayudará a conocer más el pueblo.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó sin demasiada convicción.

—Para empezar, ¿qué hacías en verano?

—Nadar, navegar, montar en bici, jugar a cualquier deporte. Mis padres creían que los niños debían tener tiempo para divertirse.

—La señorita Trudi me dijo que eran encantadores. Debió de ser muy duro perderlos tan pronto.

—Lo fue —se aclaró la garganta—. Solíamos ir al otro extremo del lago a colarnos en las viejas cabañas que hay en el bosque. O íbamos a recoger frambuesas.

—¿Quiénes ibais?

—Steve y yo, a veces también su hermano pequeño, Zach. Ellos siempre hacían que su madre se pusiera furiosa.

—¿Por comer frambuesas?

—Ya lo entenderás cuando conozcas a Lana Corbett, y eso que ahora está más dulce. «Los Corbett jamás se comportan de un modo tan bajo», esa frase incluía todo lo que le pudiera parecer divertido a cualquier muchacho.

Era curioso que, aunque era obvio que estaba imitando a la señora Corbett, a Kay le recordó mucho a su madre.

En ese momento pasaron por un trozo de acera muy estrecha en el que Rob se detuvo para dejarla pasar a ella primero, pero era tan angosto que sus manos se rozaron y, por un momento, Kay creyó que iba a tomarla de la mano. Después pensó que se estaba volviendo loca.

—¿Y tú? —le preguntó él—. ¿Cómo fue tu infancia?

«Solitaria».

—Lo normal... colegio, clases particulares, campamentos de verano.

—¿Qué clases particulares?

—Equitación, tenis, piano, ballet.

Rob se echó a reír.

—¿Así que atormentabas a tus padres con recitales de todo tipo?

—Mis padres tenían... tienen una vida social muy ajetreada.

—Ah.

—Pero no me tengas lástima. Yo no era una de esas pobres niñas ricas.

—Sin embargo hay gente que se burla de ti por ser rica... como ese actor.

Ya había olvidado a Brice por completo.

—Estoy acostumbrada.

—¿Qué era lo que más te gustaba hacer de pequeña?

—Pintar en el estudio de Dora.

—¿Y has seguido pintando después?

—No. Perdí la costumbre.

Más bien se la habían quitado. La crisis había estallado en su familia y había pasado dieciséis años sin hablar con su abuela.

— Sujeta a Chester, por favor —le pidió para adelantarse a colocar uno de los carteles que había preparado aquella noche.

— Pensé que te gustaba la perra —comentó Rob extrañado.

— Y me gusta —esa vez fue ella la que se aclaró la garganta—. Pero soy práctica. Aunque no aparezca el dueño, quizá me llame alguien que la quiera, así no se quedará sola cuando yo me vaya.

Después de leer el cartel, Rob pensó que realmente Kay no deseaba que apareciera ningún posible propietario. Pero ella parecía no querer darse cuenta de cómo se le iluminaban los ojos cuando acariciaba a aquel animalillo o de lo encantada que estaba Chester con ella. ¿Por qué no podría creerlo?

Kay era una fascinante combinación de seguridades e inseguridades.

Cuando había intentado disculparse por tirar por tierra su plan para la inauguración de la Casa Bliss, ella le había dicho que no era necesario pues tenía razón. Rob se había quedado boquiabierto, jamás había visto a alguien que no se pusiera a la defensiva en una situación parecida. Sin embargo, después de aquello, Kay parecía convencida de que podía hacer aquél y cualquier otro trabajo.

Por otra parte, había dicho que Chester debía de estar desesperada para querer estar con ella.

Y la nostalgia con la que lo había mirado mientras él le hablaba de su infancia y de su familia. «Mis padres tenían... tienen una vida social muy ajetreada».

La señorita Trudi le había dicho algo parecido... ¿y eso que había mencionado sobre los problemas de la familia? Era evidente que los padres de Kay no la habían apoyado en su decisión de anular la boda; quizá ella no se había portado del todo bien con aquel tipo, pero la familia debía de haber estado a su lado.

—El plan para hoy es visitar todas las instituciones públicas —anunció Rob tratando de animar el ambiente—. El Ayuntamiento, el hospital...

—No. No voy a dejar a Chester sola. Es demasiado pronto.

Eso lo decía la misma mujer que estaba poniendo carteles para encontrar a alguien que adoptara a la perra.

—Bueno. Entonces podemos visitar el lago.

—¿Y Chester?

—Vendrá con nosotros. Pero antes podemos pasar por el centro de la protectora de animales.

— Ya te he dicho que no pienso llevarla a la perrera.

—Lo sé. Es para que le den la identificación oficial.

—Estás obsesionado con las normas y las leyes.

—Es lo más sensato.

Su respuesta fue el ruido de las grapas clavándose sobre otro cartel.

Rob le enseñó los muelles y el paseo a la orilla del lago antes de parar a comer en un lugar cerca de la piscina. Kay pidió una ensalada para poder deleitarse después con un enorme helado de dos bolas de praliné y pistacho. Rob también pidió uno.

—Vaya, qué atrevido —comentó ella con malicia al verlo saborear su helado—. Fresa y chocolate, qué atrevido. Parece mentira que alguien como tú decidiera marcharse al salvaje Chicago.

—Aquí no podía conseguir lo que quería.

—Claro, querías convertirte en analista de inversiones. ¿Siempre supiste que era eso lo que querías hacer?

— Sabía que me gustaban los números y ayudar a la gente a manejar su dinero. Pero no estuve seguro hasta que decidí hacer el Master en Gestión Empresarial.

Kay silbó, aunque no tan bien como habría podido porque tenía los labios helados.

— Vamos, no puede sorprenderte. Manhattan está lleno de gente con ese tipo de maestrías.

—Puede ser, pero yo normalmente no tomo helados con ellos.

—¿Tienes algo en contra de los estudiantes de gestión empresarial?

— Es que son muy cuadriculados. Aunque tú te has tomado unas vacaciones de dos meses, eso no es propio de alguien cuadriculado...

—Puede ser, pero lo cierto es que yo había organizado mi vida minuciosamente.

«Había». Parecía que muchas cosas habían cambiado en su vida últimamente.

— En la universidad ya tenía planeada toda mi vida. Me licenciaría con las mejores notas, haría el master, encontraría a la mujer adecuada, conseguiría un buen trabajo, me casaría, nos iríamos a vivir a la ciudad y allí haríamos fortuna —en sus labios apareció una triste sonrisa—. Después bajaríamos un poco el ritmo para formar una familia.

— Suena muy —lo miró mientras buscaba la palabra adecuada—... sensato.

Rob volvió a concentrarse en su helado.

—Bueno, me he encontrado con algunos baches, como puedes comprobar. Ni esposa, ni hijos...

—Pero sí has hecho fortuna —le recordó Kay quitándole importancia—. La esposa y los hijos ya llegarán.

—¿No crees que pueda conseguir una esposa sin dinero?

— ¿Por qué ibas a arriesgarte?

Rob soltó una carcajada que hizo que Kay se preguntara por qué la hacía sentirse tan bien hacerlo reír. En lugar de plantearse la respuesta, prefirió seguir comiendo el helado, que ya comenzaba a derretirse. Estaba completamente concentrada en lamer el cucurucho cuando levantó la vista y se encontró con los ojos de Rob.

Se quedó paralizada, sin moverse, sin hablar. Aquella mirada habría podido derretir lo que quedaba de helado... y a ella misma.

Rob se movió incómodo en la silla y no dijo nada hasta que llegó el momento de marcharse.

—Espera un segundo —le pidió poniéndose de nuevo a la cola de los clientes que iban a pedir.

Kay no entendió qué iba a hacer pues ya habían pagado, quizá no había tenido suficiente con las dos bolas de helado.

—¿Adonde has ido? —le preguntó una vez estuvieron en la calle y se dio cuenta de que no había pedido nada.

—Es que me había devuelto cambio de más —respondió él—. ¿Qué?

—Nada —dijo Kay mirando hacia otro lado inmediatamente, pero no pudo evitar quedarse pensando que Barry jamás habría hecho algo así. De hecho una vez que le habían dado cinco dólares de más en el teatro se había reído satisfecho. Rob por el contrario, no sólo había devuelto varios centavos, sino que además había esperado la cola para hacerlo.

Kay tuvo que hacer un esfuerzo para no inclinarse y darle un beso mientras él le sujetaba la puerta para que entrase al coche, lo que sí hizo fue ponerle la mano en el brazo. Él miró el lugar dónde ella había puesto la mano.

— ¿Y eso? —le preguntó perplejo.

—Eso es porque eres un buen hombre, Rob Dalton.

¿Quién habría pensado que un buen hombre podría resultar tan increíblemente sexy? ¿O acaso era que su honestidad la excitaba?

—¿Soy bueno por no haberme quedado con su dinero? —preguntó aún más despistado.

—Entre otras cosas —se metió en el coche para no caer en la tentación de demostrarle a qué otras cosas se refería.

Capítulo 6

¿QUE demonios le había pasado? Como si nunca hubiera visto a una mujer comiéndose un helado.

— Prosiguiendo con nuestra visita —dijo para romper el silencio camino del lago—, veremos las famosas frambuesas de Tobias, junto al lago.

Siguió comentando los alrededores hasta llegar a una bonita casa de madera de una sola planta junto a la que aparcaron.

—¿Qué es esto?

— Es la casa de Suz y Max.

Nada más salir del coche, Kay sacó la videocámara que llevaba todo el día utilizando como protección, y Rob no podía culparla pues había sido él el que había establecido la norma de mantenerse alejados el uno del otro.

Aunque ahora se arrepintiera de haberlo hecho.

— Deja la cámara en el coche, te prometo que volveremos a venir para que puedas grabarlo a todo, pero ahora mira.

Kay no respondió, pero hizo lo que le pedía.

— ¿Max y Suz no están trabajando en la Casa Bliss?

— Sí, pero vamos a utilizar su embarcadero. No conocerás bien Tobias hasta que no navegues en su lago.

— Pero Chester...

—Por eso hemos venido aquí en lugar de zarpar del muelle del pueblo. Dejaremos a Chester atado a la sombra de este árbol, con agua, comida y espacio para correr. Podremos verle desde el barco en todo momento... y ella podrá vernos... bueno, a ti.

Chester parecía satisfecha con el plan, pues los vio alejarse sin protestar. Una vez en el barco, Kay se despojó de la camisa negra que llevaba y se quedó con una camiseta sin mangas, también negra. Sin mangas y casi sin espalda... lo que dejaba a la vista su piel clara y delicada. Una piel que Rob deseó saborear.

Trató de pensar en otra cosa, pero entonces Kay se puso a darse crema protectora, lo que no hizo más que empeorar las cosas.

—¿Sueles navegar en el lago Michigan? —le preguntó ella al verlo manejar el barco.

—No mucho. Nunca encontraba tiempo para hacerlo.

—Porque tenías que trabajar mucho para cumplir tus planes de vida. Si quieres hablar de qué pasó para que se te torcieran los planes, o del divorcio...

—La verdad es que no.

— No es bueno guardarse las cosas. Al final se acaba explotando en el peor momento.

—¿Como cuando tú abandonaste a tu prometido doce días antes de la boda? Debiste guardarte muchas cosas para que él no tuviera la menor idea de lo que estaba ocurriendo.

Se quedaron mirando el uno al otro en un intenso e incómodo silencio.

—Lo siento —dijo él tan pronto como pudo—. No tenía derecho a decirte algo así.

—Al menos eso no te lo has guardado —respondió ella con una extraña sonrisa.

— Lo que ocurrió entre tu novio y tú no es asunto mío —admitió Rob preguntándose por qué no se había dado cuenta de ello antes de abrir la boca. Estaba claro que los problemas con Mitchell y con la empresa estaban afectándola.

— No, no lo es. Igual que no es asunto mío lo que te pasó a ti con tu ex mujer. Lo cual no significa que no sienta curiosidad...

Esa vez su sonrisa fue de verdad, pero enseguida volvió a ponerse seria.

— Verás, Rob. Lo cierto es que desde que te conozco, estoy segura de que romper con él doce días antes de la boda fue infinitamente mejor de lo que habría sido hacerlo doce minutos después, doce días o doce meses.

¿Qué quería decir con eso de «desde que te conozco»? ¿Sería porque de no haber roto con Barry, jamás lo habría conocido a él? ¿O quizá se refería al efecto que había causado el divorcio en él?

No le preguntó. Seguramente prefería no saber la respuesta. Movi6 la vela para aprovechar una ráfaga de viento que los hizo deslizarse por el agua a toda velocidad, después cambió la dirección del viento y Rob se acomodó al nuevo ritmo.

— ¡Eso ha sido genial! —exclamó Kay con los ojos chispeantes.

—Mi madre solía decir que cuando estás navegando, siempre crees que podrías haber aprovechado mejor el viento; pero eso no debe impedirte disfrutar del movimiento y de la brisa.

—¿Entonces era tu madre la marinera de la familia?

—Los dos navegaban, pero mi madre siempre estaba más dispuesta a ceder el timón a cualquiera que quisiera aprender.

—Lo que quiere decir que tú saliste a tu padre.

—¿Estás insinuando que soy un controlador?

Kay levantó la mirada hacia el cielo y la brisa le dio en la cara, retirándole el pelo y dejando ver la dulce malicia de sus ojos.

—No lo insinúo, lo digo claramente.

— Yo no intento controlar nada. Mira lo que ocurre en el comité, yo acato las decisiones...

—Hasta que alguien quiere hacer algo que no encaje en tu presupuesto.

—Tengo que vigilar el poco dinero del que disponemos.

— ¡Claro! ¿Y qué me dices de tu estricto programa para enseñarme el pueblo?

—Un programa que tú te encargas de cambiar a cada paso.

—Pero eso te viene bien.

— Puede ser.

Volvió a lanzarle aquella mirada. La misma del día anterior junto a la biblioteca, cuando había tenido la sensación de que podía ver su interior.

— Cuéntame. ¿Aprendiste a dibujar con tu abuela? — preguntó él.

— Sí, pero ya no practico —respondió Kay sorprendida por el cambio radical de tema.

— Pues vi los dibujos que hiciste mientras Fran explicaba cómo iba a ser el jardín y me parecieron muy buenos.

— Ah —se esfumó el buen humor—. No eran más que garabatos.

— No estoy de acuerdo —le había preguntado aquello para distanciarse de su mirada, pero ahora sentía verdadera curiosidad.

— ¿No te parece interesante la cantidad de formas de expresión que existen? — parecía que ella también sabía cómo cambiar de tema—. Como el cine, que es un modo más contemporáneo.

Tantos años en el mundo de los negocios le habían servido a Rob para convertirse en un maestro para detectar las mentiras; aunque últimamente la lealtad y la gratitud habían hecho que se le pasaran por alto algunas que ahora le estaban dando muchos problemas. Sin embargo, estaba completamente seguro de que Kay Aaronson estaba ocultando algo.

— ¿Dejaste de pintar porque te resultaba difícil estar a la altura de una artista famosa como tu abuela? — interrumpió con una pregunta directa.

— Yo nunca he tratado de estar a su altura.

A juzgar por su tono de voz, se había acercado a la verdad.

— Por cómo le hablaste a Nell de cuando ibas a su estudio y lo que vi en tus dibujos, está claro que te encanta y sin embargo ya no lo haces... Eso quiere decir algo.

En su rostro de porcelana se reflejaba la duda de si debía hablar o no.

—Hace mucho tiempo, hubo un... problema familiar. Dora, mi abuela, lleva sin hablarse con mis padres y conmigo desde que yo tenía trece años.

— Pero fue ella a la que se le ocurrió que rodaras aquí el vídeo.

— Sí... Nos encontramos por casualidad y nos pusimos a hablar. No sé qué va a pasar ahora.

— ¿Tú qué quieres que pase?

— No lo sé.

Eso no era precisamente lo que él pensaba, que Kay fuera una mujer que no sabía lo que quería.

El sol estaba a punto de ocultarse por el horizonte cuando devolvieron el barco al muelle. Momento en el que aparecieron Max y Suz, seguidos de Annette, Steve, Nell y su cachorrillo de pelo rojizo. La niña y el perro corrieron directos a saludar a Chester, que los recibió con igual algarabía.

—¿Qué te ha parecido el lago? —preguntó Suz.

—Una maravilla. Debéis pasaros el día en el agua.

—Normalmente la miramos desde el columpio del porche —respondió Max pasándole el brazo por los hombros a su esposa—. Espero que tengas hambre porque la cena está casi lista.

—Muchas gracias, pero...

—Estupendo —la interrumpió Suz—. Annette ha traído la ensalada y nosotros hemos hecho filetes y patatas asadas, nada sofisticado.

—Pero yo no he traído nada.

—De eso se trata. Ya que estás trabajando gratis para nosotros, lo menos que podemos hacer es alimentarte.

Kay se rió con todos los demás.

—Gracias, pero la próxima vez haré la receta que me dio el otro día una de las mujeres de la asociación.

—¿No serán las patatas con sorpresa de Miriam Jenkins? —preguntó Annette con fingido pavor y al ver que Kay asentía añadió—: Dios mío. Yo pensé que se la llevaría consigo a la tumba.

—Muchos lo esperábamos —comentó Max en un tono jocoso que provocó nuevas carcajadas.

—Ha debido encariñarse mucho contigo para querer confiarte el secreto de una de sus recetas —dedujo Steve.

—A cambio yo voy a enseñarla a hacer móviles —aclaró Kay evitando deliberadamente mirar a Rob—. Parece impaciente por aprender.

—Ahora lo entiendo. Miriam es muy orgullosa por lo que jamás se atrevería a pedirte un favor; pero tampoco puede permitirse pagarte. Está un poco apurada de dinero desde que invirtió parte de su fondo de pensiones en una de esas empresas dirigidas por sinvergüenzas. Así que ésa es la solución perfecta a su difícil dilema.

—¿Qué es un dilema? —intervino Nell, que acababa de acercarse corriendo.

—Es cuando tienes que elegir entre dos decisiones y ninguna de las dos te gusta mucho —le explicó su madre—. ¿Es lo mismo que esa expresión que te expliqué «estar entre la espada y la pared»? ¿Te acuerdas?

—Ah —respondió la niña satisfecha pero antes de volver a marcharse se dirigió a Kay—: No olvides que mañana vamos a pintar en casa de Fran.

Steve suspiró.

—Espero que no te sientas presionada.

—La verdad es que debería sentarme a organizar las ideas que tengo para la inauguración.

—De eso nada —protestó Rob—. Nell me ha hecho responsable de llevarte y no quiero tener que enfrentarme a su castigo si no lo hago.

—¿Estás utilizando a una mujer para protegerte de una niña? —bromeó Steve.

—Exacto.

—Pues es una buena estrategia —admitió el padre de la niña.

Todos se echaron a reír con ganas y Kay se alegró de ver contento a Rob. Durante el paseo en barco había visto algo en sus ojos... una especie de sombra en su mirada.

— Vamos, todos a cenar —ordenó Max.

Rob le hizo un gesto para que pasara primero y, al hacerlo, le puso la mano en la espalda. Debía de ser un gesto cordial... ésa era la única explicación lógica.

Oyó el sonido del teléfono móvil cuando estaba terminando de dar de comer a Chester y se le encogió el corazón. Pero... no podía ser nada relacionado con la perra porque no había puesto su número de móvil en los carteles, así que se sintió más tranquila.

Era Serge, el productor del vídeo musical. Kay intentó concentrarse en el relato de la estructura que quería darle al material filmado, pero no podía dejar de sentirse estúpida por haber creído que podría ser Rob.

— Todavía no estoy seguro de cómo va a quedar — dijo el productor—. Pero tiene buena pinta.

Esas fueron las palabras que la sacaron de su ensimismamiento.

— Volveré de la costa el mes que viene, así que podemos comer juntos y...

— Lo siento, Serge, pero no volveré a Nueva York hasta mediados de octubre.

— Vaya. ¿Te vas de viaje a Europa con tus padres?

Kay percibió la burla en sus palabras, la misma burla que estaba acostumbrada a escuchar de todo el mundo cuando hablaban de su familia. Burla mezclada con envidia.

— No, sigo en Tobías, Wisconsin.

— ¿Wisconsin? ¿Por qué? ¿Otro rodaje?

Esa vez era desconfianza y miedo de que alguien le quitara algo que creía haber descubierto él; lo que le dijo a Kay que su trabajo había sido bueno.

— No es un vídeo, es otro trabajo —dijo deliberadamente críptica.

—Claro, tienes que comer —respondió riéndose de su propio chiste, pues para él era un chiste que Kay Aaronson tuviera que aceptar un trabajo sólo por el dinero.

Después de despedirse de él con la promesa de llamarlo en cuanto volviera a Manhattan, Kay identificó la extraña sensación que había tenido durante toda la conversación. De pronto se dio cuenta de que en Tobías nadie había mostrado el más mínimo interés por el dinero de su familia, ni con burla ni con envidia.

Pero también cayó en la cuenta de que si un mes antes, Serge hubiera insinuado siquiera que quería que comieran juntos, ella habría cambiado cualquier plan que tuviera. Sin embargo ahora no se había planteado siquiera la posibilidad de viajar a Nueva York porque eso habría significado dejar todo lo que tenía en Tobías.

Al día siguiente Fran salió a su encuentro al llegar a la casa de la familia Dalton.

— Esta casa es preciosa —afirmó contemplando el edificio que parecía sólido y acogedor al mismo tiempo. El hogar de una familia. ¿Cómo era posible que una casa pudiera hacerla sentir que no estaba a la altura?—. Pero le hace falta un perro —añadió con mirada traviesa.

—No, ni se te ocurra —protestó Rob—. Además, esta casa no es mía, es de Fran.

—Es tan tuya como mía —dijo su hermana.

—Eso ya lo hemos hablado, Fran. La casa es tuya.

Por el gesto de Fran, Kay se dio cuenta de que el tema no estaba zanjado ni mucho menos.

— Vamos a pintar con caballete, ¿verdad, Fran? — preguntó Nell desde el porche.

— Sí. Tiene que bajarlos Rob del trastero —explicó Fran.

El aludido miró a su hermana y después a Kay, como si le preocupara dejarlas solas, pero finalmente lo hizo.

—¿Alguna vez habías pasado una temporada en un pueblo como Tobías? —le preguntó Fran al tiempo que se dirigían hacia el interior de la casa.

—¿Existe algún pueblo como Tobías?

— Es un pueblo como tantos otros —respondió Fran con calma, aunque debajo de esa calma se percibía cierta preocupación — . Es agradable, pero demasiado tranquilo. Tú siempre has vivido en Nueva York, ¿verdad?

—Sí.

— Claro.

Kay creyó identificar la preocupación que había tras aquella sola palabra.

— Sé que a Ro... al comité no le gustaron mis primeras ideas, pero sé aprender. Y si mi próximo plan tampoco es bueno, estoy segura de que el comité sabrá explicarme mis errores.

— Deberíamos haberte enseñado Tobías antes de nada —dijo Fran a modo de disculpa—. No es justo que te pidiéramos algo así sin darte la oportunidad de conocer el pueblo primero.

— ¿Entonces qué es lo que te preocupa?

— A eso lo llamo yo ser directa. Supongo que lo habrás aprendido en Nueva York.

— ¿Eso es lo que te preocupa? —dedujo Kay con cierta inseguridad — . ¿Que sea de Nueva York?

¿Sería tan obvio para la hermana de Rob que ella no encajaba en un lugar donde todo el mundo se saludaba por la calle y donde la familia y los amigos eran lo más importante?

— No tanto el hecho de que seas de Nueva York como el hecho de que vas a volver pronto allí. Pronto, pero no lo demasiado.

Kay abrió la boca, la volvió a cerrar y la abrió una segunda vez, pero todo lo que salió fue:

—Ah.

— No pretendo entrometerme, Kay. Tú me pareces estupenda, de verdad. Es que... Rob lo ha pasado bastante mal este último año y medio. Janice, su ex mujer, no le dio ningún tipo de explicación; simplemente le soltó que había hecho un giro de ciento ochenta grados... Y todo a raíz de que Rob le dijera que quería formar una familia. A mi hermano le gusta creer que su cabeza lo controla todo, pero yo sé que este divorcio sigue afectándola.

— Fran, no va a ser... Para Rob no va a ser tanto problema que yo me vaya. En realidad, se sentirá aliviado. Créeme.

— Seguro que Rob me diría lo mismo. Yo tampoco tengo demasiada experiencia en las relaciones, pero os he visto la cara cuando estáis juntos.

Kay se echó a reír.

— Sería la indigestión. No, en serio, Fran, te prometo que Rob siente más cariño por Chester que por mí. Cree que soy un bicho raro. Apenas hemos hablado de nada excepto de Tobías, de Chester y de su ex trabajo como analista de inversiones.

—¿Ex? —preguntó Fran frunciendo el ceño—. Él sólo está en Tobias para pasar el verano y descansar un poco, pero luego volverá a Chicago y a su trabajo. Necesitaba un poco de tiempo libre después del divorcio.

—Pero yo creí que...

—Lo sé, lo sé... Sigue teniendo la marca de la alianza. Eso fue para protegerse. Cuando se extendió la voz de que se había divorciado, él seguía llevando el anillo de boda; así que ni el más chismoso de Tobias se atrevió a decirle nada. Para cuando se lo quitó, la noticia ya era agua pasada.

—Gracias por aclarármelo. Supongo que me equivoqué.

Pero no lo había hecho.

Kay sabía que Rob había dejado atrás sus días como analista de inversiones, y sin embargo su hermana seguía creyendo lo de las vacaciones. Y lo más curioso, Fran pensaba que lo único que preocupaba a su hermano era el divorcio, mientras que Kay sentía dentro de sí que había algo más. Había algo que Rob no le había contado y en su caso no era de extrañar puesto que apenas la conocía; pero también se lo ocultaba a su hermana. ¿Por qué?

A través de la puerta entreabierta del cuarto de estar, Rob vio a Kay colocar con maestría el papel sobre el caballete.

—¿Ya no pintas nunca? —le preguntó Nell.

—No.

Rob pensó que si pudiera identificar todas las emociones contenidas en aquella palabra, conocería a fondo a Kay Aaronson.

— ¿Es por tu abuela?

— ¿Por qué dices eso?

— Porque a las abuelas no les gusta el desorden. Y por mucho cuidado que se tenga, uno siempre desordena y ensucia cuando pinta.

Kay negó con la cabeza.

— A mi abuela no le importaba que desordenara siempre que tratara de aprender.

— ¿Y entonces por qué ya no vas a pintar con ella?

— Nos fuimos distanciando.

Nell se quedó pensativa unos segundos.

— Pues a mí no me importaría distanciarme de mi abuela, pero la señorita Trudi dice que tengo que ver las cosas buenas que tiene. La verdad es que tiene una cocinera muy buena —añadió dando la primer trazo de pintura sobre el papel.

— ¿Sabías que la señorita Trudi lleva muchos años ayudando a los niños? Ella le enseñó arte a mi abuela igual que ahora te ayuda a ti. E incluso cuando Dora se fue, siguieron siendo amigas.

Rob estaba maravillado ante el modo en el que Kay sabía manejar la conversación con Nell, cosa que a él a veces le resultaba extremadamente difícil.

— La gente no debería marcharse nunca —dijo Nell con tristeza.

— A veces no queda otro remedio.

— ¿Porqué?

— Para ir a la universidad por ejemplo.

— El tío Max va a volver a la universidad, pero no se va a marchar.

— Porque no todo el mundo hace lo mismo. A veces el trabajo te obliga a irte a otro sitio, o los problemas que surgen entre las personas, o a veces se está en un sitio sólo de visita.

Resultaba curioso que hubiera dado ese motivo en último lugar.

— Pues es una mierda.

— Sí, la verdad es que a veces es una mierda.

— Ha estado muy bien —le dijo Rob a Kay.

— ¿Te gusta? —Kay se quedó mirando al retrato de Chester que había pintado —. Hacía mucho tiempo que no pintaba, creo que las orejas no me han salido bien.

— A mí me parece que está genial. Pero me refería a la conversación con Nell.

— ¿Has estado escuchando a escondidas?

— Claro.

— Nell es increíble, tanto que da un poco de miedo.

— ¿Porque quiere ganar varios Osear y algún que otro premio Nobel?

— No, yo no tengo nada en contra de los currículums variados —respondió lanzándole una mirada envenenada—. Supongo que lo que me da miedo es que es una niña muy inteligente y es una gran responsabilidad educarla. Admiro a Annette por criarla como hija adoptiva con tanto amor y comprensión.

— Annette es muy buena madre. Tú también lo serías.

—Todavía no estoy segura de ser un buen adulto — dijo con cierta nostalgia — . Además, no sé si estoy preparada para sentar la cabeza. Parece que mi reloj biológico no está todavía en funcionamiento. Madre mía, qué tarde es. Tengo que ir a la Casa Bliss a reunirme con los artesanos que van a vender sus cosas en el futuro mercado.

—Te llevo.

— No hace falta.

— Ya sé que no hace falta, había pensado que después podríamos ir a la biblioteca. Hay un archivo de fotografías antiguas que...

— Gracias, Rob. Pero creo que debería pasar la tarde elaborando algunas ideas para la inauguración. Después tengo que hacer algunas llamadas para buscar apartamento en Manhattan.

—Muy bien. Recoge tu cuadro y nos ponemos en marcha.

¿En marcha hacia dónde? A ninguna parte, ésa era la única respuesta sensata.

¿Pero por qué estaba pensando en Rob cuando debería estar organizando sus brillantes y nuevas ideas para promocionar la inauguración de la Casa Bliss? La reunión con artesanos que iban a vender allí sus productos le había resultado muy beneficiosa. Todos y cada uno de los futuros vendedores le habían mostrado amablemente sus artesanías y le habían hecho sugerencias sobre la imagen que se debía dar de la casa.

Al regresar a la casa de los Holland se dio cuenta de que ya no merecía la pena llamar a Nueva York para buscar apartamento pues se había hecho demasiado tarde, y más con la diferencia horaria. Así que tan pronto como regresara de pasear a Chester, buscaría ideas y proveedores en Internet. Al día siguiente compraría en el pueblo el material necesario para preparar una presentación en condiciones. Quizá también se comprara algo de ropa, no había hecho el equipaje con la idea de quedarse tanto tiempo y ahora necesitaba algunas cosas. Podría añadir algún color para demostrarle a Rob que su armario no era un agujero negro.

«¡No! Deja de pensar en Rob y concéntrate en lo que tienes delante, Kay».

Tomó un camino diferente en su paseo, le alejó del lago y caminó entre casas que se iban distanciando más y más. El cielo se extendía sobre su cabeza dándole una increíble sensación de libertad. Fue entonces cuando se dio cuenta de que eso era lo que la hacía sentir aquella tierra... sentía que flotaba en total libertad.

Adoraba Nueva York pues era el lugar donde había nacido, pero había algo mágico en aquel lugar. Siguiendo un impulso incontenible, abrió los brazos y sintió el

aire a su alrededor y la tierra bajo sus pies por primera vez en su vida. Tenía la terrible sensación de haber estado siempre agazapada, encogida y ahora podía estirarse y relajarse.

Si no fuera por la omnipresente imagen de Rob Dalton...

De pronto no sabía si el conflicto había surgido porque seguían caminos opuestos o porque ambos querían ir por la misma senda y no sabían cómo. Lo cual la llevó a la primera pregunta, ¿hacia dónde se dirigía esa senda?

Rob había dejado sola a Kay el resto del día y tampoco la llamó al día siguiente. Sin embargo ella no le había dejado en paz. Los artesanos le habían contado que habían estado con ella y que era una mujer encantadora, también le habían dicho que había estado paseando con Chester por las afueras del pueblo y haciendo compras.

Y aunque no hubiera recibido todos esos informes, la habría tenido todo el tiempo en sus pensamientos. Así que mejor sería verla en la realidad. Además, había descuidado su tarea de enseñarle To-bias.

Aparcó a la puerta de la casa de los Holland justo cuando ella salía con Chester, así que Rob se unió a ellas en su paseo matutino. Kay tardó sólo unos segundos en sacar la videocámara del bolso.

— ¿Por qué me miras así? ¿Tienes algo en contra de mi cámara?

—Te escondes tras ella.

— Yo no me escondo. Simplemente la necesito para trabajar y además me ayuda a entrenarme como directora de cine. No es lo mismo ver las cosas directamente que a través del objetivo de la cámara.

— Está bien. Tú eres la experta —cedió Rob sabiendo que no podría hacerla entrar en razón—. He pensado que esta tarde podríamos ir a un partido de béisbol.

— ¿No íbamos a ir a la biblioteca? —preguntó sorprendida por el cambio de tema.

— Hace un día precioso, ¿por qué pasarlo metidos en un edificio?

— Sabía que tenía que haber una explicación lógica para que hubieras cambiado de opinión —comentó con sonrisa traviesa.

Rob hizo caso omiso a sus palabras, pero le resultó imposible no dejarse afectar por aquella sonrisa.

—Yo traeré la manta, estate lista a las seis —ordenó él cuando ya estaban llegando a la Casa Bliss.

Kay se quedó confundida, nunca había oído que la gente fuera al estadio de los Yankees con una manta. Estaba pensando en eso, cuando giró a la izquierda sin darse cuenta de que Rob había hecho lo contrario, así que se chocaron y él tuvo que rodearla con los brazos para no caerse, un momento de confusión en el que Chester dio una vuelta a su alrededor dejándolos atrapados por la correa.

Sus cuerpos se quedaron completamente pegados y Rob pensó que encajaban a la perfección. Tenía la nariz junto a su cabello, que desprendía una fragancia fresca y

embriagadora. Abrió las manos, tenía una en su cadera y otra por debajo del omoplato; si la apretaba un poco más, si movía la mano unos centímetro, podría...

—Rob...

Kay levantó el rostro lo suficiente para que él pudiera verle los ojos... y la boca. Esa boca que recordaba tan bien y que tanto deseaba. El beso que se habían dado durante el rodaje había sido muy intenso, pero sus cuerpos no habían estado nunca como estaban ahora... Así era como la tendría si estuvieran en la cama. Era...

—Rob.

Ella se movió entre sus brazos y él cerró los ojos. Sabía que trataba de hacerse espacio, pero por algún motivo no podía dejarla marchar.

Entonces oyó el claxon de un coche.

— La gente nos está mirando, Rob —su voz le hizo sentirse como una hoja seca caída en el suelo que, con sólo tocarla, se deshacía en pedazos.

— Chester... —le dijo por fin — . Primero tienes que conseguir que la perra nos suelte.

Fue una auténtica tortura esperar en aquella postura hasta que Chester dio otra vuelta en sentido contrario y quedaron liberados. Afortunadamente, tardaron lo bastante como para que no resultara evidente lo que Rob había sentido con tanta proximidad.

Capítulo 7

KAY entendió la utilidad de las mantas en un partido de béisbol cuando, al sentarse sobre el asiento de metal sin oír lo que Rob le estaba diciendo, se quemó la parte posterior del muslo que su falda no le tapaba. Ya antes se había dado cuenta de que no había elegido la indumentaria adecuada para ir a un partido; todo el mundo iba con vaqueros y camiseta y sin embargo ella llevaba una camisa sin mangas y una falda que le favorecía mucho, pero que acababa de jugarle una mala pasada.

No tardó en olvidarse del incidente y centrarse en el juego, como hacían todos los demás asistentes, a pesar de que se trataba de un partido de la liga de institutos. Lo que sí la distrajo continuamente fue la proximidad de Rob, pero intentó una y otra vez no pensar en cómo sería estar con él bajo una manta en lugar de encima de una. Disfrutó animando a ambos equipos y probó los perritos calientes típicos de Wisconsin. Nada más dar el primer mordisco, sintió sobre ella la mirada expectante de Rob y, tras él, los rostros de Suz, Max, Annette y Steve, impacientes por ver su reacción.

—No es como los perritos de tu madre, ¿verdad? —le preguntó Rob.

—No, si fuera de mi madre, sería de caviar —bromeó Kay.

— Sin embargo sí es el perrito de la tierra de tu abuela —comentó Suz.

Y así surgió una conversación que duró animadamente hasta el final del partido, momento en el que Kay se levantó a aplaudir al equipo vencedor, esa vez la miraron todos los que se encontraban a su alrededor, tranquilamente sentados.

— Es que es de Nueva York —la justificó Rob ante los demás.

Todos se rieron y ella también.

Mientras Kay bajaba las escaleras de las gradas, Rob la miró todavía riéndose.

— Es una maravilla que vuelva a aparecer —comentó Annette poniéndose en pie.

—¿El qué?

—Tu risa.

— Yo me río a menudo.

— Este verano no. Estaba un poco preocupada, incluso llegué a pensar que te había afectado lo de Max y Suz...

— ¿Creíste que quería algo con ella? No, eso lo dejamos muy claro desde el principio. Respeto a Suz enormemente, pero no siento nada por ella.

— Ya me di cuenta en cuanto vi cómo mirabas a Kay.

— No imagines cosas, Annette. Sólo le estoy enseñando Tobías porque me lo pidió el comité.

En la cara de su amiga se dibujó una enorme sonrisa que lo decía todo.

—Está bien, Rob —añadió dándole unos golpecitos en el brazo—. Sigue fingiendo.

Afortunadamente, había alcanzado a Kay, así que no tuvo que responder.

—Te he comprado una camiseta —le dijo en el vestíbulo con una camiseta naranja y otra negra en las manos—. Para agradecerte que me hayas traído al béisbol y me hayas dado la oportunidad de probar los perritos de Wisconsin.

Rob agarró directamente la naranja.

—Negra, qué sorpresa.

—En realidad la negra es para ti —corrigió quedándose con la colorida prenda—. Nunca me había gustado el naranja, pero he decidido que es color siena oscuro y me la quedo.

Diez minutos más tarde, Rob abrió la puerta del coche frente al restaurante en el que habían comido unos días antes.

—¿Estás segura de que quieres un helado? —le preguntó dudando de si su autocontrol podría soportar verla comerse otro helado. A la tortura de verla con aquella camiseta de tirantes que dejaba al descubierto sus preciosos hombros, ahora iba a tener que añadir la de ver cómo su lengua jugueteaba con el helado.

—Totalmente segura.

—¿Te importa que hagamos una parada más? —le preguntó Rob una vez estuvieron de vuelta en el coche—. Quiero enseñarte algo.

¿Cómo iba a resistirse? Hasta el momento las paradas de Rob le habían dado multitud de ideas para la promoción de la Casa Bliss, que por cierto nada tenía que ver con la propuesta original. Además, se estaba divirtiendo mucho.

—Vamos, recuerda que soy de la ciudad que nunca duerme.

Él se inclinó hacia delante y señaló el exterior.

—Pues ya ves que Tobías respeta religiosamente sus horas de sueño.

¿Sería sólo un comentario, o una manera de recordarle todas las diferencias que había entre ellos?

Aparcó a la puerta de su casa familiar, donde todavía había una luz encendida, seguramente la de Fran. Rob no la miró siquiera, sólo se acercó hasta ella y la tomó de la mano para llevarla hasta el interior de la casa. En ningún momento se giró a mirarla, siguió caminando hasta que salieron a la azotea, después Kay tampoco vio nada más que lo que tenía frente a ella... la inmensidad del cielo plagado de estrellas.

—Ésta es la versión de Tobías de las luces nocturnas —dijo él.

Ella lo miró sonriente.

—Es... magnífico.

—Tienes una sonrisa increíble.

Aquellas palabras eran tan inesperadas y tan cálidas que habrían sido más que suficientes para hacerla estremecer, pero además estaba la penetrante mirada de sus ojos que le cortó la respiración.

Como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho, Rob sonrió tímidamente y se apresuró a decir algo que rompiera la intensidad del momento.

—Supongo que te lo habrán dicho un montón de veces. Seguramente todo el mundo habla de la sonrisa de las mujeres de la familia Aaronson.

—No, normalmente cuando hablan de la familia Aaronson, hablan de sus escándalos.

«¿Por qué demonios había dicho eso? Como si quisiera ponerse a hablar de ello con él, o con cualquier otra persona».

— No sabía que hubiera habido ningún escándalo en tu familia.

— Pensé que lo sabrías. En realidad yo tampoco me enteré hasta los trece años... —cuando se desató el caos más absoluto, pero eso no tenía por qué oírlo él — . Dora nunca se casó con mi abuelo. Él era de una rancia familia de la alta sociedad neoyorquina, pero murió antes de que naciera mi padre y su familia no reconoció ni a Dora ni a mi padre como hijo legítimo. Mi padre siempre creyó que se le habían negado injustamente las oportunidades que le correspondían. A Dora eso no le preocupaba, trabajó como loca hasta llegar a lo más alto de su carrera como artista. Pero mi padre... estaba resentido por todo lo que le había faltado, por haber tenido que ir a colegios públicos y luchar por ganarse la aceptación de los demás.

Kay hizo una pausa, pero prefirió no mirar a Rob para poder continuar.

— Por fin, cuando mi padre estaba en el instituto, Dora expuso en solitario y tuvo un enorme éxito. De pronto tenían dinero y la vida de mi padre cambió radicalmente, mientras que la de Dora siguió igual, porque prácticamente vivía sin salir de su estudio. Más adelante mi padre decidió que yo tendría todo lo que él sentía que le había faltado. Ya sabes, me llevó a los mejores colegios para que luego pudiera también ir a la mejor universidad.

Rob asintió sin demasiada convicción.

— No sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad?

— Es la actitud que tenía Lana Corbett, que siempre estaba haciendo planes sobre el futuro de Steve y Zach. Mis padres sin embargo siempre se sintieron cómodos con quién eran y el uno con el otro. Y con Fran y conmigo. Yo tuve mucha suerte y siempre fui consciente de ello. Papá era como una roca que nos daba seguridad y mamá... nos hacía reír. Recuerdo oírla cantar junto a Fran... resulta casi impensable viendo ahora a mi hermana. Creo que si mi madre hubiera vivido más tiempo, Fran... no sé... Mi madre conseguía sacar a todo el mundo de su escondrijo, aunque se tratara de un adolescente difícil como yo.

Kay parpadeó para hacer desaparecer las lágrimas que amenazaban con caer.

—¿Tú? ¿Un adolescente difícil?

— Vaya, eso ha dolido. ¿No crees que pudiera ser un adolescente rebelde? — sólo cuando él puso su mano sobre la de ella, Kay se dio cuenta de que llevaba un buen rato dando golpecitos en la silla en la que estaba sentada—. Tampoco era un salvaje, pero tenía mis planes y estaba impaciente por crecer y ser independiente.

— Yo nunca supe qué quería hacer o lo que quería ser... o quién soy.

Si hubiera podido, habría borrado aquello inmediatamente, al menos el tono en el que lo había dicho, parecía una pobre niña rica.

— Ya lo sabrás...

— No, Rob. No lo entiendes. Tú siempre supiste lo que querías y cómo conseguirlo.

— Eso pensé durante mucho tiempo hasta que... me di cuenta de que me había equivocado.

— ¿Hasta el divorcio?

— Sí —su respuesta fue demasiado rápida, pero Kay volvió a tener la sensación de que había algo más.

— Janice y yo nos conocimos en la universidad. Todo parecía muy sencillo, los dos teníamos los mismos planes; conseguir un buen trabajo, llegar lo más alto posible y luego bajar un poco el ritmo para formar una familia. Al principio todo iba saliendo a la perfección, nos trasladamos a Chicago y fuimos cambiando de empleo hasta conseguir puestos de gran responsabilidad. Nos mudamos a un apartamento junto al lago que no era lo más apropiada para tener hijos, pero a ninguno de los dos nos importó en aquel momento. Fue entonces cuando murió mi padre. Nada como la muerte de un padre para hacer que te replantees tu vida. Me di cuenta de que habíamos conseguido el éxito profesional, pero no teníamos la vida que habíamos planeado. Yo quería volver al camino original.

Continuó con una triste sonrisa.

— Tuve que concertar una cita con la secretaria de Janice para poder cenar con ella una noche, aquello debería haberme abierto los ojos. El caso es que reservé mesa en un restaurante de lujo y pedí champán. Le tomé la mano y le dije que me sentía como si nos hubiéramos estancado, que quería hacer lo que tanto habíamos soñado... tener un hogar de verdad con hijos... Pero dijo que no.

— ¿Eso es todo? —preguntó Kay indignada.

—No. Dijo que ella también se sentía estancada, que se había dado cuenta de que no quería hijos ni marido, o al menos no a mí. Yo murmuré algo sobre nuestros planes y ella se limitó a decir: «los planes cambian».

—Dios, Rob...

—Ni siquiera llegamos a servir el champán en las copas.

— Y ahora sientes que has fracasado.

— Sí, supongo que sí —respondió mirándola a los ojos por primera vez en varios minutos.

— Fracasar no es tan importante, Rob. Lo que ocurre es que no estás acostumbrado, pero se puede aprender mucho del fracaso. Fíjate en mí. Todos esos empleos, todas las profesiones que creí definitivas...

—¿Pero cuántos de esos cambios se dieron porque fracasaste y cuántos porque tú lo decidiste?

—¿Qué importa? Eso también es fracasar. No encontrar un lugar donde encajes es un tremendo trabajo.

— Y si es así, ¿qué has aprendido de ello?

— Supongo que... —comenzó a decir lentamente—... me he dado cuenta de que lo que más valoro es la lealtad, que la gente que me importa no me traicione.

Rob retiró la mano de donde la había dejado y Kay sintió frío en el lugar desnudo.

— ¿Lo dices por lo de Brice?

— No. Mi familia... bueno, no fue una separación matrimonial, pero sí hubo una separación. Como ya te he dicho, mi padre y mi abuela siempre fueron muy diferentes, pero después sucedió algo... hubo un incidente cuando yo tenía trece años y desde entonces no han vuelto a hablarse.

— Y tuviste que elegir entre los dos. Pero sí no eras más que una niña...

— Pero era imposible ser neutral, Rob. Es... es muy complicado.

—Complicado. Eso es lo que se dice cuando no se quiere contar algo.

—O no se puede —dijo con un escalofrío—. ¿Y tú? Cuéntame, sé que hay algo más aparte del divorcio. Algo te tiene preocupado.

Rob miró al infinito unos segundos antes de decir nada.

—Como tú has dicho, es complicado.

—Eso es lo que se dice cuando no se quiere contar algo —dijo ella repitiendo sus palabras.

— O no se puede.

Rob miró al cielo y pensó en su futuro. No había habido noticias de Mitchell Gordon y no parecía que fuera a dar ningún paso, que era lo que él había esperado después de la llamada de Janice. Por tanto sería él el que tendría que tomar alguna decisión. Una decisión que conocía desde el principio, aunque sabía que acabaría con su carrera.

Así que sólo quedaban las decisiones pequeñas, dónde, cómo y cuándo. Y las personales, qué hacer después. Tenía que ordenar sus ideas, idear un plan. Pensó en ir a buscar su bloc de notas y ponerlo por escrito, pero después se dio cuenta de que no tenía la menor idea de qué escribir. A su mente no acudía ni una sola palabra.

—¿Qué haces? —le preguntó Fran desde la puerta del porche.

—Pensando.

— En Kay.

— No —de hecho había decidido deliberadamente no pensar en ella.

Después del partido de béisbol, en la azotea, se habían acercado peligrosamente el uno al otro, pero después se habían distanciado. No habría sabido decir quién había sido el primero en alejarse, lo que sí sabía era que habían hecho lo más sensato.

Janice tenía razón, estaba a punto de tirar su carrera por la borda y las opciones eran bastante limitadas. Ningún hombre en su sano juicio se acercaría a una mujer en un momento así.

— Tranquila, hermanita —le dijo al ver la preocupación en sus ojos—. No me engañe, sé que Kay Aaronson no quiere lo mismo que yo. Ya me conoces, yo planeo las cosas y...

— Sí, y mira adonde te llevó eso con Janice.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues que quizá si te tomas las cosas de un modo diferente, tengas un resultado diferente.

Rob se puso en pie, asustado por la franqueza de su hermana.

—Voy a dar un paseo en coche.

Fran lo miró desconcertada, pero él sólo iba a dar un paseo. De hecho, cuando vio a Kay por casualidad a unas manzanas de la casa de los Holland, detuvo el coche para que ella no lo viera y se quedó observándola.

Paseaba más despacio que los primeros días y no había ni rastro de la cámara de vídeo. Saludó a la señora Yee, que estaba regando sus caléndulas y siguió andando. Fue entonces cuando miró a todos lados como si no quisiera que nadie la viera y se acercó a un árbol para arrancar un papel. Después hizo lo mismo en los árboles siguientes; estaba arrancando los carteles que ella misma había colocado para encontrarle un dueño a Chester. Y llevaba la bolsa llena, seguramente con todos los papeles que ya había quitado.

Kay Aaronson, la mujer que no sabía lo que quería, sabía que quería quedarse aquella perrita.

—¿Quieres ir a navegar después de la reunión? — le preguntó Rob cuando fue a recogerla para ir a la presentación de su segundo proyecto de inauguración—. Saldremos del muelle del pueblo, así tendrás otra perspectiva de Tobias.

—No puedo, tengo que ir a recoger a Chester al veterinario — Suz la había llevado esa mañana mientras Rob y Fran iban al banco. Aparte de enseñarle el Ayuntamiento y el hospital, no había visto mucho a Kay en los últimos días pues ella había dedicado todo su tiempo a preparar la presentación.

—¿A qué hora tienes que recogerla?

—A las cinco.

— Kay, quedan más de cuatro horas. Tenemos tiempo de sobra —al poner el coche en movimiento, le dio el sol en la cara iluminando su rostro y la camisa azul que llevaba y que Rob nunca le había visto—. ¿Le pasa algo a Chester?

— No. Sí... No sé. Me han dicho que no, pero quizá sí.

— Vaya, me has dado todas las posibles respuestas —dijo él riéndose.

— No tiene gracia —le reprendió muy seria.

— Si te han dicho que no le pasa nada, no te preocupes, Allison MacLaine nunca te mentiría, es una buena veterinaria. No te preocupes, yo te acompañaré. Hasta entonces, vamos a la reunión y luego a navegar.

—¿En serio? ¿Vendrás conmigo?

—Claro. ¿Estás lista para la reunión?

— Sí —pero no dejaba de tamborilear con los dedos en el maletín que llevaba.

—Lo vas a hacer muy bien.

— No era eso lo que pensaban la última vez.

— Es que entonces no contabas con el conocimiento que te han dado las visitas en las que te he servido de guía.

— Por supuesto —dijo sonriendo por primera vez.

— Pero recuerda que se trata de gente sencilla de un pueblecito de Wisconsin, no de aguerridos neoyorquinos — le bromeó cuando llegaron a la casa Bliss.

— Sí, claro. Un pueblecito donde hay gente tan brillante como Annette y Suz o como la señorita Trudi, que podría dejar boquiabierto a cualquier político. De todos modos vigilaré mi boca y no diré nada inconveniente — añadió siguiendo con la broma.

— Por eso no te preocupes —dijo él abriéndole la puerta de la casa—. Tu boca ya la vigilo yo lo bastante.

Kay se quedó inmóvil unos segundos, mirándolo fijamente. Después se alejó de él a paso de Nueva York.

Rob debía estar contento de haberla distraído para que se relajara un poco, pero ahora el que necesitaba relajarse era él. Sobre todo porque tendría que prestarle atención durante su exposición y concentrarse en lo que decía más que en su cuerpo o en su boca.

Después de saludar a los asistentes, Kay comenzó la presentación titubeante y fue tomando fuerzas a medida que hablaba.

—El concepto en el que me he basado para promocionar la inauguración es «Vuelve a casa, a Tobias... aunque sea tu primera visita». Eso da a entender que volverán a menudo, además el eslogan se puede utilizar para el pueblo entero. La idea es darles la bienvenida a los visitantes como si realmente volvieran a casa, un lugar donde se sentirán cómodos y libres.

A partir de ahí, se centró en los detalles; explicó que en la inauguración habría comida casera hecha por vecinos con los que ya había hablado, la gente podría presenciar cómo los artesanos realizaban sus trabajos. Además había conseguido ofertas especiales en las tarifas de los autobuses procedentes de Chicago, Milwaukee y Madison; así como de los hoteles de la zona.

— Vaya. Ahora entiendo que hayas estado tan ocupada — comentó Suz fascinada.

— Más adelante, se podrían ofrecer cursos de artesanía, pero lo más importante es el comienzo. Si participa todo el pueblo, cosa que ya han prometido muchos, podremos causar un tremendo efecto sin gastar prácticamente nada en publicidad — matizó mirando a Rob, pero no directamente a los ojos.

Así continuó explicando paso por paso lo que había que hacer para atraer la atención de los visitantes, cosa que sería muy sencilla pues ya había hablado con los canales de televisión de la región y había preparado un vídeo realmente impresionante.

Rob no podía apartar la mirada de ella, tenía los ojos chispeantes y las mejillas sonrojadas. Además de la camisa azul, llevaba unos pantalones de lino rojo oscuro, era como si acabara de descubrir el poder del color.

— Es estupendo, Kay —dijo Steve anonadado.

— Queda lo más importante. Cada visitante recibirá un sobrecito con semillas para que pueda llevarse consigo un poco de los jardines de la Casa Bliss. El jardín va a ser el elemento distintivo de la casa. Para ello he pensado que se podría hacer un mural aquí mismo —explicó señalando la enorme pared del vestíbulo—. Así aunque sea

invierno, el jardín siempre estará en todo su esplendor y se podrán evocar sus fragancias y sus colores y nos hará sentir que siempre es primavera.

—Como el olor de las galletas caseras, que te hace sentir que vuelves a ser un niño —comentó Suz.

Todo el mundo se echó a reír excepto Rob. Los ojos de Kay se habían llenado de la misma nostalgia que había visto en ella cuando le había hablado de su infancia. Deseó poder curar el dolor que le provocaba aquello. Y no podía culparla por guardarse su dolor ya que él estaba haciendo lo mismo.

—He pensado en algunos pintores a los que podríamos proponerles que hagan el mural —con las mejillas ruborizadas, Kay sacó los bocetos que había hecho en el bloc de notas de Rob durante la primera reunión y se las pasó a los demás.

—Esto es maravilloso, Kay.

— Son sólo unos borradores, pero quizá puedan dar una idea al pintor. Trataremos de que sea lo más barato posible, pero estoy convencida de que merecerá la pena el gasto, de verdad, Rob —le dijo como si él hubiera protestado—. Si os parece bien, me pondré en contacto con algunos pintores...

—No.

Kay se puso en tensión al oír aquella palabra salir de los labios de Rob.

— ¿No? Pero si es perfecto...

— Casi perfecto, Kay. Será perfecto si utilizamos tus bocetos y le pedimos a tu abuela que pinte el mural. Piénsalo, una artista famosa que donará su obra a su pueblo natal. Dora Aaronson vuelve a casa, a Tobias, encaja perfectamente con tu eslogan.

Los demás exclamaron satisfechos con la idea. Rob no apartó la mirada de Kay, en su boca se dibujó un «no» que no llegó a pronunciar. No pudo protestar porque todos se apresuraron a votar la sugerencia y el sí fue unánime. En cuanto acabó la votación, Kay recogió sus cosas y salió corriendo de la casa.

Rob la alcanzó en la puerta del jardín, donde todavía seguían trabajando algunos obreros.

—¿Qué ocurre? —le preguntó agarrándola del brazo.

— ¿A qué ha venido la idea de pedírselo a mi abuela? —le dijo sin mirarlo a los ojos y en un volumen que hizo que todos los trabajadores se volvieran a mirarlos.

— Vamos, aquí no podemos hablar. Vamos al lago.

— ¿Al lago? Yo no quiero navegar...

— Allí podrás gritarme todo cuanto quieras sin que nadie te oiga.

La idea la hizo dudar lo suficiente para que Rob aprovechara para llevarla hasta el coche. No dijeron ni palabra hasta que el barco estuvo flotando plácidamente en medio del lago.

— Dispara —le dijo él preparándose.

—Te dije que había habido un tremendo distanciamiento con mi abuela. ¿Cómo se te ha ocurrido que le pidiéramos que venga? ¿Cómo has podido traici...

— Porque es una idea maravillosa —dijo interrumpiendo sus palabras antes de que dijera algo que no podía oír de sus labios — . Tu idea es maravillosa.

Kay se quedó en silencio.

— Entiendo que hubiera tensión entre tu padre y tu abuela, pero no entiendo que te quedes lívida ante la idea de volver a verla.

—Es que soy muy pálida, como buena neoyorquina.

— Kay, grítame, mándame al infierno, pero no utilices el sarcasmo conmigo.

La vio titubear, deseosa de mandarlo al infierno y más allá. Después suspiró y se encogió de hombros.

— Yo no sé... no sé si quiero verla —susurró con un hilo de voz apenas audible.

— ¿Por qué?

Lo miró desamparada. Rob estaba presionándola demasiado.

— Sé que vine aquí por ella, Dora me lo propuso cuando volví a hablar con ella por primera vez... después de muchos años.

— ¿Y cómo es que volvisteis a veros?

— Nos encontramos por casualidad en Nueva York. Fue muy... extraño. Dora siempre fue muy cariñosa, pero aquel día ni me tocó.

—Pero al menos hablasteis del pasado.

— No, eso sería imposible en mi familia. Yo me puse muy nerviosa, así que comencé a hablar de mí, de que había roto con mi prometido, ella me dijo que le gustaba mi corte de pelo —añadió dándole una importancia que él no entendió—. Y después de un silencio horrible, le conté lo del vídeo; le dije que estaba buscando una casa, pero que no daba con el lugar que quería...

— Y ella te propuso la Casa Bliss.

—Exacto. Y de pronto me encontré en Tobías sin saber por qué.

— Porque no querías perder lo que habías recuperado por casualidad.

Kay miró al horizonte unos segundos, tratando de retomar fuerzas.

— Supongo que sí.

—Kay, es evidente que la quieres mucho y parece que ella a ti también. ¿Qué ocurrió que fuera tan terrible como para separaros?

—¿No lo sabes? Pensé que habrías oído los rumores...

—No, no lo sé —pero necesitaba que ella se lo contase.

Kay levantó el rostro, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ella hizo que mi padre, su hijo, acabara en la cárcel.

Capítulo 8

—ROB lanzó una maldición en silencio. —Al menos así es como lo ve mi padre — Kay intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Pero no pudieron meterlo en la cárcel sólo por algo que dijera tu abuela, debió de hacer algo.

—Es muy complicado. Mi padre siempre se consideró parte de la clase alta y mi madre había crecido rodeada de lujos... —hizo una pausa. No tenía ningún sentido intentar explicar los motivos, lo mejor sería limitarse a los hechos—. Dora se encargó de que mi padre tuviera ingresos más que suficientes, pero él quería algo más de lo que le podía proporcionar un empleo normal. Cuando yo tenía unos ocho años, Dora por fin lo ayudó a comprar una galería y le dio los derechos exclusivos de su obra, con lo que la galería empezó con un éxito inusual. Ser propietario de una galería era algo con mucho prestigio en su círculo, y además resultaba lucrativo. Pero las cosas empezaron a ir mal por culpa de algunas decisiones equivocadas... no, lo cierto es que mi padre no era un buen empresario — corrigió con dolorosa sinceridad—. Después de cinco años y, a pesar de toda la ayuda de Dora, la galería se encontraba en una grave crisis económica. En un intento por recuperar las pérdidas, mi padre comenzó a vender cuadros que no eran... —no, no podía utilizar eufemismos con Rob, tenía que contarle la verdad—. Eran falsificaciones, vendió falsificaciones.

Vio la sorpresa y la lástima en los ojos de Rob, pero continuó.

— Se trataba de cuadros perdidos o robados hacía mucho tiempo. Mi padre no tuvo nada que ver en los robos, pero a cierta gente lo único que le importaba era tener una pintura famosa en su salón, sin importarle si había sido robada de un museo. Quizá eso le daba un poco más de emoción. En cualquier caso, si alguno de esos clientes descubría que era una falsificación, no podía delatarlo porque eso habría significado inculparse a sí mismos. Aunque lo cierto era que se trataba de muy buenas imitaciones, creo que al autor todavía lo busca la Interpol.

—Pero tu abuela descubrió las falsificaciones.

— Sí. Un día fue a la galería a dejar su último cuadro y vio una pintura de Rembrandt que había desaparecido durante la segunda Guerra Mundial y empezó a sospechar hasta tal punto que agarró el cuadro y lo llevó a un experto. Unos días después lo llevó a la policía.

— ¿Y qué hizo tu padre cuando se dio cuenta de que el cuadro no estaba?

—Intentó hablar con ella, le dijo que no había hecho nada malo, que jamás había robado una obra. Que simplemente daba a la gente lo que querían.

—¿Y tú? ¿Tú creías que había hecho algo malo?

— Lo único que sabía era que se trataba de mi padre y que iba a ir a la cárcel. — «Por culpa de Dora».

—¿Y te contaron todo esto en aquel momento?

—No. Yo sabía que pasaba algo, pero no me enteré de los detalles hasta que los vi en un periódico sensacionalista. Aquel día, era jueves, es curioso que todavía me acuerde de eso, les pedí a los periodistas que me dejaran en paz.

— Pero te persiguieron.

— Sí —dijo a punto de echarse a llorar.

—Kay —susurró él intentando abrazarla, pero ella se retiró. No quería derrumbarse, y lo haría si él la rozaba siquiera—. No eras más que una niña.

Tenía que contárselo todo si creía que había alguna esperanza de que... Algo le dijo que no debía pensar en eso.

— Fui acostumbrándome a huir de la prensa, me corté el pelo para que no me reconocieran al salir del colegio; entonces tenía el pelo largísimo.

—¿Alguna vez hablaste con tu abuela para pedirle ayuda?

— Sí, pero me dijo que no.

¿Cómo podría explicar en tan pocas palabras todo lo sucedido? Aún recordaba a su padre llorando y suplicándole que hablara con Dora. Su madre le decía una y otra vez que ella era la única que le importaba a su abuela, que debía hacerla entender, tenía que ayudarlos.

Pero no lo consiguió. Las palabras de su abuela habían sido escuetas y tajantes: «No tengo elección, Kay».

Aquellas palabras acabaron con la adoración que había sentido por su abuela.

— ¿Dijo que no? ¿Eso es todo?

Kay parpadeó, volviendo de los recuerdos.

—Dijo que no podía ser cómplice de aquella profanación de la pureza del arte. Lo que quería decir que para ella era más importante un poco de pintura sobre un lienzo que su propio hijo. Más importante que... — «yo» —. Mi padre fue condenado y pasó veintitrés meses en prisión. El dinero de la galería sirvió para pagar las costas legales, pero lo más irónico es que se vio obligado a poner el dinero de la familia en manos de un inversor que compró acciones e hizo a mis padres más ricos de lo que jamás habrían podido serlo con la galería. Pero mi padre y Dora no han vuelto a hablarse desde entonces, mi madre hace como si no existiera. Y yo no supe salvar a mi familia...

—Kay, no eras más que una niña, tú no tenías por qué salvar a nadie.

Esa vez sí se dejó abrazar, y se derrumbó en sus brazos, aceptando la fuerza y el consuelo que le proporcionaban. Lloró con un dolor que había estado acumulando durante años.

—Kay... Kay...

Rob susurraba su nombre, pero no para hacerla controlarse, sino para demostrarle que allí estaba a salvo y podía deshacerse de toda su angustia. Se acurrucó entre sus brazos y sollozó hasta descargar décadas de soledad.

—Rob...

Respiró hondo tratando de dar con la manera de darle las gracias, pero con un susurro, él le dijo que se calmara. Le besó la cabeza y luego la sien. Kay se pasó la mano por las mejillas y él besó el lugar donde acababa de secarse las lágrimas. Levantó la mirada y él le besó los labios.

Fue un beso suave, de consuelo, de comprensión...

Ninguno de los dos se movió, podían sentir la respiración del otro con el ligero oleaje del lago de fondo. Y entonces él apretó su boca contra la de ella, su lengua encontró la de ella proporcionándole un placer casi olvidado.

El primer beso no había mentido.

Le tocó la cara y después el cuello, acariciando aquella piel suave pero masculina. El calor le invadió el cuerpo, un calor reconfortante que la llenaba de vida después de tanto tiempo de frío y soledad. Y todo gracias a sus besos y al roce de su piel.

Pero no era ella la única que exploraba el cuerpo del otro, Rob le besó el cuello y fue bajando hasta los hombros para regresar de nuevo al cuello. Le retiró el tirante de la camisa y con él el del sujetador, mientras su mano bajaba hasta su pecho. Ella recibía cada roce con un escalofrío, deleitándose en cada sensación, notando cómo se le endurecían los pezones por la cercanía de su mano.

Volvió a besarla en la boca y ella respondió con igual pasión, jugó con su lengua, deleitándose en el sabor de aquel hombre increíble que la hacía sentirse como si no hubiera nadie mejor en el mundo.

Aquello era a lo que se refería la gente cuando hablaban de perderse en un beso.

Sin previo aviso, Rob se alejó de ella y fue como una bofetada.

— Esto no puede funcionar —parecía que había tenido que arrancarse aquellas palabras del pecho.

— A mí me parece que estaba funcionando muy bien —respondió ella con voz profunda.

Tenía la prueba de cómo se sentía por dentro y una evidencia física y muy evidente de que él había sentido lo mismo. Si eso no era funcionar, no sabía qué podría serlo.

— Sí... eso funciona bien. Más que bien —admitió con un deseo contenido.

— No debería haberme venido abajo en tus brazos.

Rob lanzó una maldición y volvió a besarla una y otra vez, como si le fuera la vida en ello. Después levantó la cabeza y la miró a los ojos fijamente.

— No digas eso ni en broma, Kay. Ése no es el problema.

—No puedes decir que no seamos compatibles en ese aspecto —dijo ella cambiando de postura y, al hacerlo, le rozó en un lugar que reaccionó de inmediato.

— Más que compatibles.

Parecía estar sin aliento, y eso la hizo sentirse bien, quizá su movimiento al rozarle no había sido accidental, sino impulsado por su subconsciente.

—Escucha, Kay —continuó diciendo más tranquilo—. No sería justo para ninguno de los dos... no podemos dejar que esto... se des controle. Yo voy a quedarme aquí en Tobias, quiero tener hijos, una familia. Y tú volverás a Nueva York a hacer carrera en el cine.

Aquel mismo discurso podría haberlo dicho ella, era totalmente lógico. Y Rob era un caballero, una buena persona que se preocupaba por ella.

Pero eso no quería decir que no resultase tremendamente frustrante.

— ¿Estás bien, Kay?

Lo miró con la esperanza de que su sonrisa resultase creíble.

— Perfectamente. Pero mira qué hora es, tengo que ir a recoger a Chester.

Se hizo el silencio, un silencio intenso y doloroso en el que en su rostro vio la inteligencia y la preocupación que tanto había llegado a apreciar en aquel hombre. Si no dejaba de mirarla, volvería a perder el control.

— Volveremos al embarcadero inmediatamente. Rob izó la vela y una ráfaga de aire le dio en la cara a Kay secándole una lágrima solitaria.

Aquella historia le aclaró cientos de cosas sobre Kay. La separación de su abuela y su padre había convertido a Kay en la pobre niña rica encerrada en las ambiciones sociales de sus padres. Ahora entendía todos los comentarios que había hecho sobre la lealtad y la traición. «¡La ley! Las leyes no tienen corazón. Lo primero son las personas, no esas estúpidas normas». Ahora comprendía aquellas palabras.

Y ahí estaba él, a punto de comportarse como su abuela. No sólo iba a arruinar su carrera al delatar a su empresa, también iba a recordarle a Kay la historia de su familia pues cuando denunciase las irregularidades de su compañía, saldría a la luz en todo el país y Kay se enteraría aunque estuviese en Nueva York.

Justo lo que ella necesitaba.

No. Había hecho lo correcto al detener aquel beso antes de que acabaran haciendo el amor. Era lo único que podía hacer.

Entonces surgió otra pregunta... la misma pregunta que le había hecho a ella y no había contestado. Su padre parecía no haberse dado cuenta de que había hecho algo malo, ¿y Kay? ¿Era consciente ella de que su padre había cometido un delito que merecía ser castigado?

«Lo único que sabía era que se trataba de mi padre y que iba a ir a la cárcel».

—Rob, ya te he dicho que no hace falta que te quedes, ni siquiera hacía falta que me trajeras.

— Ya te he traído y ahora me quedo.

Kay abrió la boca, sin duda para decirle una vez más que se largara, pero afortunadamente la veterinaria la hizo pasar y Rob fue con ella, no pensaba dejarla sola hasta estar seguro de que estaba bien y la perra también.

— Hola, Allison —dijo Rob al entrar al despacho—. Soy amigo de Kay y he venido a acompañarla por si...

— No ocurre nada malo —dijo la veterinaria—. Pero me alegro de verte, Rob.

Kay tenía los nervios a flor de piel y Allison debió de notarlo porque enseguida se apresuró a hablar con ella.

— No tiene mucha experiencia con perros, ¿verdad, señorita Aaronson?

— Ninguna —admitió ella angustiada—. Es que me la encontré en la calle y no podía dejar que se muriera de hambre. He hecho todo lo que he podido para que estuviera bien...

—No estoy poniendo en duda su capacidad como «madre» —afirmó Allison —, lo que trato de decirle es que va a ser «abuela» o algo así, Chester va a tener cachorritos.

— ¡Cachorritos! —exclamó Kay con tal sorpresa que estuvo a punto de caerse, después se echó a reír, y Rob con ella —. Pero, ¿qué voy a hacer? —la alegría duró poco, ahora volvía a alarmarse.

—No se preocupe, los perros lo hacen todo el tiempo.

—Pero yo no. ¡Perritos! ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

Rob se acercó y le puso la mano en la espalda.

—Lo harás muy bien —sabía que no debía decir lo que estaba a punto de decir, pero no pudo hacer nada para evitarlo—: Yo te ayudaré.

De vuelta a la casa de los Holland, Kay le había pedido a Rob que pasaran por la librería a buscar algún libro sobre la gestación canina y, una vez en el porche de la casa, ambos se sentaron a hojear dichos libros y los folletos que le había dado la veterinaria.

—Este dice que la alimentación es fundamental —dijo Rob leyendo.

— ¡Dios mío! Y yo le he estado dando donuts y hamburguesas, ¿en qué estaba pensando?

—También dice que bajo ningún concepto, la propietaria y su amigo pueden morir de hambre pues no sería bueno para la futura madre —añadió con una malévola sonrisa en los labios.

Aquella era la segunda vez que se identificaba como su amigo. Sin embargo Kay no lo había considerado su amigo en todo el día. Se había alegrado mucho de verlo por la mañana, después había querido matarlo cuando propuso que su abuela pintara el mural, más tarde se había sentido aliviada al contarle la historia de su familia, excitada cuando se habían besado y frustrada cuando se había alejado de ella. Pero en ningún momento lo había visto como a un amigo.

— Rob, te has portado muy bien conmigo —comenzó a hablar muy despacio, para no tener tiempo de pensar en lo que iba a decir—. Pero no te voy a pedir que cumplas tu promesa de ayudarme con Chester cuando ella... —sería mejor que no considerara lo que estaba rechazando—. Sé que tienes muchas otras cosas que hacer y no te puedo pedir que...

—Tú no me has pedido nada, te lo he ofrecido yo.

— Y es muy amable por tu parte, pero...

— He hecho una promesa, así que ya tienes un ayudante para el parto te guste o no... A no ser que te empeñes en matarme de hambre.

—Rob...

—No voy a irme a ninguna parte, Kay.

Ahí estaba otra vez esa intensa mirada preñada de deseo. Pero había algo más, algo que la hacía sentirse más segura y a la vez le daba miedo.

Y lo más curioso era que no sabía de qué estaba segura ni de qué tenía miedo.

—Lo que iba a decir —dijo mintiendo—... es que por qué no pedimos una pizza, así no molestamos a la futura madre saliendo a la calle.

Con el estómago lleno tras la pizza, ambos se sentaron en el suelo frente al calendario para ver cuáles eran los pasos que debían seguir hasta que llegara el momento del parto. Pero aparte de los cuidados de Chester, lo que Kay vio en ese calendario fue cómo pasaban los días y las semanas, pronto estarían en octubre y ella se iría de Tobias...

— Octubre se acerca —comentó ella tratando de que pareciera algo superficial.

— Yo me habré ido antes de eso.

— Claro, tus vacaciones se acaban con el verano — ella lo sabía, pero no podía imaginar Tobias sin Rob. ¿Podía imaginar algo sin él?

Entonces se dio cuenta de su silencio y de que estaba mirándola fijamente.

— No son mis vacaciones, Kay, lo que se acaba es mi carrera. Tengo que volver a Chicago, pero no para siempre. Voy a solucionar algunas cosas y después... Habré perdido el empleo, el sueldo, la posición, el prestigio... todo.

Esperó unos segundos, pero parecía que no iba a decir nada más.

— Bueno.

—¿Bueno? ¿Es eso todo lo que vas a decir?

—Sí.

Tenía que demostrarle que no era una materialista. ¿Acaso había creído que sólo le interesaba si era un ejecutivo importante? Fue entonces cuando se dio cuenta. Aquello era lo que le preocupaba tanto además del divorcio.

Había trabajado duro para conseguir su objetivo y ahora iba a perderlo.

—¿Comprendes lo que estoy diciendo? He logrado llegar muy alto en mi carrera y ahora voy a perderlo todo. No sé qué va a ocurrir, excepto que no volveré a trabajar en ninguna empresa importante. No tengo futuro, no puedo ofrecer ningún futuro.

Las dudas sobre su carrera se evaporaron en el aire. El corazón le latía en el pecho como si se le fuera a escapar.

— ¿Quieres ofrecerme un futuro?

— Quiera o no, no puedo hacerlo. Así que no hay futuro para nosotros dos.

Kay le acarició la mejilla suavemente.

— Pero tenemos el presente, Rob.

—No puedo ofrecerte nada parecido a la vida que has llevado, a todo lo que has tenido.

Ella levantó la cara para asegurarse de que le veía los ojos.

—Tú eres mucho más de lo que he tenido en toda mi vida.

Le agarró el rostro y se acercó a besarlo suavemente en los labios, rezando por que esa vez no se alejara.

—Kay, hay algo más...

Volvió a besarlo, pero esa vez lo hizo apasionadamente, colando la lengua entre sus labios, entregándose a él como lo había hecho el primer día, pero ahora...

Ahora sintió sus brazos rodeándola, su boca apoderándose de ella con cada beso.

—No voy a detenerme.

Su sensato Rob le había lanzado una última advertencia, si quería escapar más le valía hacerlo ahora.

— No se te ocurra hacerlo —susurró ella.

Capítulo 9

ROB no recordaba cómo habían empezado a subir las escaleras, pero sí se acordaba de la pequeña parada que habían hecho a medio camino. Su camisa desapareció en algún momento, al igual que la de ella. Acarició la curva que formaban sus pechos hasta la punta, completamente erecta por la excitación. Le quitó el sujetador a toda prisa, impaciente por llevarse a la boca aquel delicioso pezón.

Ella era la que le hacía reaccionar así, la que alimentaba su pasión con cada pequeño movimiento, le pedía más y más. Su piel, sus músculos, su sangre, sus huesos, todas y cada una de las partes de su cuerpo ardían de deseo por ella.

Los llantos de Chester desde el salón fueron la única razón por la que no hicieron el amor allí mismo, en el descansillo de la escalera. Kay emitió un sonido mezcla de frustración y preocupación, y se puso en pie. Él ya lo estaba, estuvo a punto de maldecir a la perra, pero luego le agradeció la interrupción, se había olvidado por completo de la protección.

Chester les lanzó una última mirada de advertencia antes de que cerraran la puerta del dormitorio. Rob se despojó de la ropa haciendo sólo una breve pausa para sacar los preservativos del bolsillo del pantalón y dejarlos sobre la mesilla de noche. Kay lo observaba de pie junto a la cama. Él temió que hiciera algún comentario sobre su optimismo al llevar los preservativos encima, pero no dijo nada; sólo lo miró y sonrió como sólo ella podía hacerlo.

Se acercó a él y murmuró:

— Calzoncillos largos.

Después coló las manos bajo dicha prenda y fue bajando desde la cintura... cuando volvió a sacar las manos, se detuvo un momento para agarrarlo y acariciarlo hasta el punto de hacerlo gemir.

Se tumbaron en la cama, le quitó la falda y las braguitas antes de ponerse el preservativo. Volvió a besar aquellos pechos, chupó los pezones haciéndola estremecerse y abrir las piernas para recibirle ansiosa.

Entró en ella, se sumergió en la húmeda calidez.

— Sí —le pedía más, que diera rienda suelta a su deseo de moverse en su interior.

La miró mientras sus cuerpos se enredaban. Despacio, luego más rápido. Una y otra vez.

— Rob —una sola palabra, un sólo susurro acompañado de un estremecimiento.

Rob no podía pensar, sólo sentir, el ritmo ya no dependía de él, ni de ella, eran sus cuerpos y sus ansias los que mandaban.

La oyó gritar de placer y eso hizo que él la alcanzara en el climax.

Lo oyó levantarse, fingió dormir cuando salió del baño y después de la habitación. No podía reaccionar, estaba como flotando en una especie de limbo donde el

tiempo no existía. Oyó cómo la puerta volvía a abrirse, después el sonido del movimiento y de sus pasos.

Sintió el colchón hundirse a su lado, empujándolo hacia él. Se dejó llevar con una sonrisa en los labios y apoyó la cara en su hombro mientras él la rodeaba entre sus brazos.

Kay se estiró aún medio dormida y deliciosamente dolorida. Habían hecho el amor, él la había despertado besándole el hombro al amanecer y habían vuelto a hacer el amor. Ahora estaba sentado en la cama a su lado, pasándose una mano por el pelo y bostezando.

—Tu espalda...

Rob se volvió a mirarla con una luminosa sonrisa en los labios.

—Es magnífica. Él se echó a reír.

— Pensé que ibas a decir que tenía arañazos.

— Sí, eso también —admitió acariciando las marcas que ella misma le había hecho — . Pero sigue siendo magnífica —repitió sentándose ella también — . Bueno, ¿vas a reconocer que tenía razón?

— ¿Sobre nosotros? —dijo dándole un beso en la nariz — . Sí, sin duda somos explosivos como un cohete casero.

— ¿Qué? —preguntó riéndose.

—Es una vieja historia. ¿Era eso lo que querías que reconociera?

— Sí, pero no sólo eso. A lo que me refería es a que sabía que había algo que te tenía preocupado aparte del divorcio. Lo que me contaste ayer sobre tu carrera, lo sabías desde que nos conocimos, ¿verdad?

—Si, Kay...

— ¡Lo sabía! Pero no entiendo a qué venía tanto secreto. Es una buena noticia, puedes quedarte en Tobías para siempre, todo el mundo estará encantado.

Rob echó la cabeza hacia atrás con un gruñido.

—Tenemos que hablar sobre el motivo por el que voy a perder mi trabajo. Tendríamos que haber hablado anoche, debería habértelo dicho antes... Tienes razón, voy a quedarme en Tobías, quizá abra un pequeño negocio como asesor financiero y fiscal. Ésa es la buena noticia.

Lo que quería decir que había otra mala y, a juzgar por la expresión de su cara, debía de ser muy mala.

—Te vendrá bien el cambio...

—Es una historia muy larga —dijo mirándola fijamente—. Yo trabajaba para varios clientes, los más importantes de la empresa, investigaba posibles inversiones... El caso es que uno de esos clientes estaba teniendo problemas por culpa de un complicado divorcio y me pidió que revisara toda su situación financiera. Fue una casualidad, pero cuando miré otros casos para compararlos, vi lo que estaba ocurriendo. Al principio

pensé que debía de ser un error. Se suponía que nuestro trabajo era vigilar que no engañaran a nuestros clientes, y resulta que eso era precisamente lo que estábamos haciendo nosotros.

—¿Era algo ilegal?

— Sí, ilegal y muy poco ético. Y de ahí procede toda la riqueza de la empresa. Se irá todo a la basura, los empleos de tanta gente que sólo ha hecho su trabajo sin saber que unos cuantos granujas se estaban aprovechando de la situación. Pensé que si se arreglaba desde dentro, podría evitar el desastre. La empresa sufriría, por supuesto, pero no se perderían tantos puestos de trabajo.

— ¿Y qué hiciste?

— Fui a hablar con Mitchell Gordon, el hombre que me contrató y me dio una oportunidad cuando el resto de los socios dijeron que era demasiado joven. Un hombre al que respetaba y en el que confiaba ciegamente. Le conté lo que había descubierto con la esperanza de que aprovechara la oportunidad que le estaba dando. Pensé que se pondría manos a la obra para limpiar la empresa. Pero me pidió tiempo para estudiar la situación por su cuenta.

—¿Por eso te tomaste unas vacaciones tan largas?

Asintió.

— Me pidió que no estuviera allí, que le diera espacio para actuar.

—Seguramente esté poniendo las cosas en orden —dijo ella con inocencia y optimismo—. Estará aprovechando el tiempo para...

—Para cubrirse las espaldas, eso es lo que está haciendo. Al principio pensé que haría bien las cosas, pero después me di cuenta de que, de ser así, me habría enterado. Además, recibí una llamada de mi ex para recordarme, en su nombre, lo bueno que había sido conmigo y cuánto le debía. Y por supuesto, me insinuó que mi carrera estaba en juego y que yo también podría resultar implicado.

—Pero tú no has hecho nada malo.

Rob sonrió ligeramente al verla tan indignada.

— No, pero las autoridades me preguntarán por qué no lo conté inmediatamente.

— Tienes que decirles la verdad, querías darle tiempo a tu jefe para arreglar las cosas.

— O para encubrirlas. Depende de cómo se mire. Por mucho que me duela, tengo que asumir que Mitchell Gordon está implicado. Pero aparte de lo que ocurra con la ley, mi carrera está acabada —afirmó pasándole la mano por la cabeza—. Si nos hubiéramos conocido hace un año, habría podido pedir el traslado a Nueva York y quizá...

—No, Rob. Tienes que olvidarte de todo eso. Ven a Nueva York y consigue trabajo en otra empresa.

Él negó con la cabeza.

—Nadie me contrataría después de saber que delaté a mi empresa.

—Eso es a lo que me refiero. No lo hagas.

—Kay, no te entiendo.

— Claro que no lo entiendes, porque no has pasado por ello. Yo sé cómo es — añadió mirando hacia otro lado—. No lo hagas, Rob. Piensa en tus compañeros de trabajo, en Mitchell —«en mí», pero no podía añadir otra preocupación más — . No le hagas eso al hombre que respetabas y, sobre todo, no te lo hagas a ti mismo.

—¿Y qué hay de la gente que nos ha confiado su dinero? Gente como Miriam Jenkins, que perderá sus ahorros por culpa de unos ejecutivos de altos vuelos sin escrúpulos. Cuanto más dure esto, más gente saldrá perjudicada.

— Pero ya saldrá a la luz, alguien lo descubrirá, no tienes por qué hacerlo tú. No tienes que hacerlo, Rob, tienes elección.

—No, no la tengo. No puedo dejárselo a otro.

— Estás poniendo los principios por encima de la gente a la que qui... por encima de todo —añadió con la voz entrecortada por el llanto.

Intentó agarrarle la mano.

—Kay...

Pero se puso de pie.

—Te he contado lo que ocurrió con Dora... yo... no puedo hablar. Márchate por favor. Tengo que...

Y salió corriendo.

Los Oscar necesitaban una nueva categoría: «Mejor Actuación Tratando de Parecer Normal Cuando Algo Se Te Ha Roto Por Dentro». Kay estaba segura de que Rob y ella tendrían que compartir el premio.

Iban caminando hacia la Casa Bliss para acudir a una reunión urgente que había convocado la señorita Trudi, les había asegurado que no eran malas noticias, pero no sabían nada más. Se habían encontrado en la puerta del jardín, momento en el que Rob se había acercado a ella como si fuera a acariciarle la cara y después había dejado caer la mano.

—¿Estás bien?

— Sí —mintió esperando que no la hubiera oído vomitar antes de marcharse.

— Kay... tenemos que hablar.

—Ahora no.

— En otro momento entonces.

— En otro momento, pero ahora no.

Rob la miró durante unos segundos antes de hacerle un gesto para dejarla pasar. Fue entonces cuando vieron a Max entrar al apartamento de la señorita Trudi y se dirigieron hacia allí; ella estaba en la puerta diciendo a todo el mundo que entrara.

—¿Qué ocurre, señorita Trudi? —preguntó Kay—. Dijo que era una emergencia.

— Pero una emergencia buena, querida —aclaró tomándole las manos—. Tu abuela está aquí.

Se le encogió el estómago para avisarla de que no podría soportar tanto.

— Pero... ¿porqué?

— La llamé ayer para pedirle ayuda y decidió venir inmediatamente. Ha llegado a primera hora, también han venido algunos vecinos para recibirla.

Kay no se sentía preparada para ver a Dora, tenía las emociones a flor de piel después de lo ocurrido en el barco, después de hacer el amor con Rob y de saber lo que iba a hacer.

— Tengo la esperanza de que nos ayude con la casa —afirmó la señorita Trudi con la serenidad de siempre—. Pero también espero que tú la ayudes.

— Ella no necesita la ayuda de nadie —protestó Kay—. Y menos aún la mía.

— Sé que nunca va a aceptar ayuda —admitió Trudi—, pero tampoco se ha enfrentado nunca a esta situación.

— ¿Qué situación? ¿Tener que pintar un mural? Eso es una nimiedad para ella.

— Seguramente sabrás que Dora lleva cinco años sin pintar —susurró Dora en secreto.

Al recibir ese nuevo golpe, Kay contó con el apoyo que Rob le mostró poniéndole la mano en la base de la espalda.

— No puede ser, la pintura es su vida. Siempre lo ha sido.

— Sin embargo ya no pinta —repitió Trudi con tristeza—. La artritis le impide manejar el pincel con la precisión que ella necesita.

— Sabía que tenía artritis, pero no puede ser tan grave —entonces la recordó en la cafetería de Nueva York en la que se la había encontrado, las mangas de la chaqueta le habían tapado las manos. Y no la había tocado en ningún momento de la conversación. No, no podía ser. Para Dora, no poder pintar era como si el mundo se detuviese—. Pero me lo habría dicho...

— No quería que nadie lo supiese.

— Por supuesto. Dora Aaronson jamás habría querido que sintieran lástima por ella —dijo con una dureza que obviamente, la señorita Trudi no comprendió—. Entonces... ¿Cómo va a hacer el mural?

— Eso es lo que tendremos que hablar.

¿Sería otro complot de la señorita Trudi? ¿Un complot doble para conseguir que Dora Aaronson volviera a pintar y al mismo tiempo reconciliarla con su nieta?

Se volvió a mirar a Rob para ver si estaba implicado en aquella trama, pero enseguida vio la preocupación en su rostro. A pesar de lo que había ocurrido entre ellos, la presencia de Rob hacía que la situación fuese menos difícil.

— Sí, tenemos que hablar de ello —le dijo a la señorita Trudi—. Necesitamos ese mural por el bien de la Casa Bliss y del pueblo.

Quiso dejarle claro que había descubierto sus maquinaciones y que, hiciera lo que hiciera, sería por el bien del proyecto, no porque la estuvieran manipulando.

— Claro que sí, querida. ¿Entramos con los demás y con tu abuela?

Al ver la habitación abarrotada de gente, Rob deseó tener el poder de hacerlos desaparecer o al menos de llevarse a Kay lejos de allí. Sin embargo ella atravesó la sala con la espalda erguida y la cabeza bien alta, directa a encontrarse con su abuela.

Después de las últimas veinticuatro horas, no le habría extrañado que se acurrucara en un rincón y se echara a llorar... como suponía había hecho cuando había vomitado hacía unas horas.

Había sido un estúpido. Sabía lo sensible que estaba después de todo lo ocurrido y no se le había ocurrido otra cosa que contarle que se iba a enfrentar a la pesadilla que ella misma había vivido. Y precisamente después de hacer el amor de aquel modo.

Había esperado pasión, pero nada que ver con el placer y la ternura que había experimentado; jamás había sentido algo parecido.

Pero no era momento de pensar en eso, tenía que apoyarla todo lo que pudiera, ahora que estaba a punto de reencontrarse con su abuela delante de tanta gente.

Como no, Dora estaba en el centro de la casa acompañada por Lana Corbett, que se creía tan importante en Tobías, que no podía desaprovechar la oportunidad de estar junto a la protagonista de la reunión.

— Kay —dijo Dora con voz tranquila.

Llevaba el pelo, completamente blanco, recogido en un moño y vestía unos pantalones anchos color azul marino y un suéter azul claro. Tenía el aspecto de cualquier otra señora del pueblo, aparte de su tranquila elegancia, nada habría hecho sospechar que era una artista famosa.

— Hola, Dora. Espero que hayas tenido buen viaje — dijo Kay con una sonrisa.

Aquella mujer era capaz de sonreír aunque estuviera destrozada. La expresión de Dora no cambió ni un ápice, Rob creyó que iban a abrazarse, pero no se rozaron siquiera.

En ese momento apareció Nell.

— Kay, ¿me vas a regalar uno de los cachorros de Chester?

A Kay no pareció sorprenderle que se hubiera extendido la voz sobre el embarazo de Chester. Quizá se estaba acostumbrando a Tobías.

—Nell, te presento a mi abuela, Dora Aaronson. Dora, Nell es la hija de Steve y Annette, además de una estupenda pintora.

— Algún día seré famosa —le dijo la niña. Kay contuvo la risa, lo cual hizo que Rob se relajara un poco.

—Encantada de conocerte, jovencita —la saludó Dora con solemnidad—. Siempre es un placer conocer a alguien tan ambicioso.

— Encantada. No estás mal para ser una abuela — dijo la niña con la sinceridad que la caracterizaba. Dora miró a Kay confundida.

—Nell no está muy contenta con su abuela —susurró justo en el momento en el que Lana Corbett volvió a la conversación.

— Como le iba diciendo cuando nos han interrumpido, Dora —dijo de pronto—. Soy Lana Corbett.

—Ésta es mi abuela —anunció Nell como si acabara de quedar claro a qué se refería.

—Nos alegramos mucho de que haya venido a visitar nuestro pueblo. Pero no comprendo cómo han podido pedirte que hagas un mural en esta casa tan...

—Está preciosa —interrumpió Dora hábilmente—. Y es un honor que me hayan pedido que contribuya aunque...

— Ya hablaremos de los detalle —esa vez era la señorita Trudi la que interrumpía hábilmente.

Además aprovechó el momento para disolver la reunión con la excusa de que el comité tenía que reunirse para hablar con la ilustre invitada, pero antes convocó una fiesta en honor de Dora en casa de los Corbett.

No era de extrañar que le hubiera resultado imposible mantenerse alejado de Kay. Si la señorita Trudi había decidido algo, era imposible ir contra sus planes.

— Ahora que estamos solos —comenzó a decir Trudi una vez se quedaron únicamente los miembros del comité—, se va a reunir un momento el subcomité artístico para enseñarle a Dora el lugar donde irá el mural. Dora, Kay, acompañadme por favor.

Se las llevó de allí dejando a los demás en silencio durante unos segundos.

— ¿Tenemos un subcomité artístico? —preguntó Max anonadado.

—No que yo sepa —dijo Steve.

—¿A qué ha venido eso? —quiso saber Suz. Todos se volvieron a mirar a Rob, pero desde luego él no iba a decirles ni palabra.

— ¿Creéis que tengo algo que ver con los maquiavélicos planes de la señorita Trudi?

— Si alguien sabe qué está pasando, ése eres tú — respondió Steve—. La señorita Trudi está tramando algo relacionado con Kay, y tú estás pegado a ella desde... desde que vuestras bocas se pegaron el día que os conocisteis —añadió con una carcajada que Rob no tenía la menor intención de secundar.

— Me alegro mucho de que estéis juntos —dijo Annette—. Hacéis muy buena pareja.

—No estamos juntos. Y no hacemos buena pareja.

Aunque eso no era lo que habían dicho sus cuerpos al juntarse una y otra vez como si fueran uno solo...

Arrancó sus pensamientos de la delicia de hacer el amor con Kay; lo que no pudo hacer fue escapar de las bromas de sus amigos, que duraron hasta que volvió la señorita Trudi.

— Está decidido —anunció Trudi dando paso a Dora—. Kay va a ayudar a su abuela con el mural. Va a quedar precioso. Fran, a Dora le gustaría saber más cosas del jardín.

Todos se acercaron a Dora excepto Rob, que esperó a Kay y, cuando vio que no aparecía, fue a su encuentro.

No estaba en el jardín ni en el patio, así que entró a la casa. La encontró frente a la pared que había elegido para el mural.

— ¿Estás bien?

— Yo... he accedido a completar todo lo que mi abuela no pueda hacer —dijo sin volverse a mirarlo aunque parecía que había olvidado la tensión que había entre ellos antes de la aparición de Dora.

— Eso he oído.

— Estaba enseñándole la pared y discutiendo el tipo de pintura que necesitaba, cuando de pronto la señorita Trudi le ha enseñado mis bocetos del jardín —explicó con la voz temblorosa.

— Eso es propio de la señorita Trudi.

Kay asintió.

— Y sin darme cuenta, me he comprometido a pintar los detalles después de que Dora haga todo lo que pueda.

— Eso está muy bien.

— Supongo que sí.

— Tendrás oportunidad de estar con tu abuela y solucionar las cosas. Es muy buena noticia.

Entonces se volvió a mirarlo.

— No lo sé.

Parecía tan perdida que Rob no pudo luchar contra el impulso natural de rodearla con los brazos y besarla. Había algo en sus besos que no podía explicar, una sustancia que se le metía en la sangre y le llenaba el cuerpo de energía y bienestar.

Ella se aferró a él cuanto pudo. Más y más cerca.

En menos de un segundo, la había puesto contra la pared y habían comenzado a acariciarse. Ella le había abierto la camisa y le acariciaba el pecho mientras él exploraba la cara interna de sus muslos. Su piel suave y fresca que daba lugar a un calor que se escondía bajo el diminuto trozo de encaje. No podía hacer nada por controlar su mano, que se había colado por debajo de sus braguitas y acariciaba la parte más íntima de su cuerpo.

— Rob —le susurró ella al oído.

El movimiento de su cuerpo entregado le hizo recuperar el sentido. Hacía menos de media hora, había pensado lo vulnerable que estaba después de todo lo que había sufrido en las últimas horas, ¿qué clase de hombre era capaz de añadir algo así a su vulnerabilidad? No habían solucionado nada, todo lo que la había hecho llorar esa misma mañana seguía ahí, separándolos.

— Kay, no podemos... —murmuró apoyando la frente en la de ella.

— Podríamos ir a casa de los Holland...

Rob cerró los ojos. Un poco más y la habría tomado allí mismo, allí, en casa de los Holland o en las mismísimas escaleras del Ayuntamiento.

—No es buena idea. El comité está reunido y...

—Vamos, puedes faltar a una reunión. Ni siquiera notarán que no estamos.

Claro que lo notarían, y sacarían conclusiones. Eso era lo de menos, sus amigos se alegrarían, pero no era eso lo que lo detenía. Dio un paso alejándose de ella.

—Tu abuela sí se dará cuenta. Y... esto no tiene sentido, Kay.

Ella se alejó un poco más, fuera de su alcance.

—Sentido —espetó como si le diera asco.

—Kay, no sabes cuánto... Anoche fue lo más... —no podía encontrar palabras que hicieran justicia a lo que había sentido—. Pero después de lo de esta mañana...

—Sí. Menos mal que has recuperado el sentido.

—Kay...

Se había marchado y Rob sabía que dejarla marchar era lo más sensato, aunque le doliera como una puñalada.

Capítulo 10

LA señorita Trudi encontró a Rob cavando en el jardín. Después de no conseguir escribir nada en su bloc de notas, había decidido que quizá el ejercicio físico lo ayudara a saber qué hacer con su vida.

—Tus padres eran encantadores —comenzó a decir Trudi observando la casa—. Casi puedo verlos a los cuatro en ese porche, disfrutando de estar los unos con los otros.

Rob clavó el azadón en el suelo con fuerza.

— Sí. Debería haber más familias como la vuestra. Aunque haber vivido algo así no es la única manera de aprender a apreciarlo y a desearlo; hay gente que no ha tenido un contexto familiar feliz y aun así aprecian lo que es, lo desean y están capacitados para dar tanto amor.

—¡Ya!

—¿Cómo dices?

—Que ya cómo unió a Steve y Annette y a Max y Suz, pero no lo intente conmigo. Sé lo que está intentando y no quiero que continúe. Es muy mal momento y... no somos buenos el uno para el otro.

— ¿Y podrías decirme en qué sentido puede ser mala para ti una mujer como Kay?

Porque no creía que debía dar el paso más duro que había tenido que dar en la vida. Y no podía culparla después de lo que había sufrido de niña, pero él tenía que hacerlo.

—Porque es muy dispersa. Mire, señorita Trudi — dijo cuando vio que ella lo miraba con ostensible incredulidad—. Ya lo intenté con una persona que creía buena para mí y no funcionó; con Kay no saldría bien. No es... lógico.

La señorita Trudi, alguien que siempre exhibía gran elegancia, quizá idiosincrásica, pero elegancia, gruñó del modo menos elegante posible.

—La lógica ha sido elevada a un estatus que no le corresponde. Está muy bien si se une a otros elementos, pero pierde toda utilidad cuando se la designa como único factor para tomar una decisión.

—Pues es lo único que yo tengo.

Entonces lo miró con increíble ternura.

—Ay, Rob, tú tienes mucho, muchísimo más.

Kay y Dora comenzaron a trabajar juntas en el mural de la Casa Bliss. A Kay le resultaba extraño volver a ver a su abuela pintar porque no se trataba de los movimientos cortos y precisos que ella recordaba, sino de trazos más abiertos y arriesgados.

Pero lo que más la sorprendió, lo que la dejó asombrada fue que Dora quería charlar mientras pintaba, cosa que en el pasado habría resultado impensable, pero no quiso preguntarle el motivo. Más bien agradeció que la conversación apartara su mente de Rob. La primera tarde empezaron a hablar del comité de renovación de la casa y eso las llevó a hablar del pueblo y de los cambios que había experimentado todo desde su

juventud. Y con temas neutrales como Tobías y la Casa Bliss, o como los recuerdos de Dora y el trabajo de Kay, siguieron pintando y hablando... y volvieron a aprender a estar juntas.

Rob esperó a Kay a la puerta de la casa durante más de media hora, hasta que por fin la vio salir junto a Dora. Tenía todos los motivos, llenos de lógica, por los que aquella relación jamás funcionaría, por la que ni siquiera deberían haber llegado tan lejos... Y sin embargo, allí estaba.

Kay estaba pálida. Dora y ella bajaron las escaleras con la indecisión de alguien que no sabía qué pasaría cuando llegaran abajo.

Lo que ocurrió fue que uno de los obreros de Max se acercó a preguntarle a Kay si le regalaría un cachorro cuando Chester pariera. Kay le sometió a un tercer grado para evaluar sus dotes como «padre» y finalmente le dijo que se lo pensaría.

—¿Tienes pensado pedir al FBI que investigue a la gente que quiera uno de los cachorros? —bromeó Rob.

—Pues no es mala idea —contestó ella con calma y cierta frialdad—. ¿Tienes algún contacto?

—A veces es difícil encontrarles casa a los perros, y más si no son de raza. Además, tú no estarás aquí para...

—Lo sé —interrumpió inmediatamente—. Por eso tengo que asegurarme de que están en buen hogar. Yo no podré vigilarlos.

—Yo lo haré —se ofreció Rob casi sin mirarla.

—Gracias —susurró ella antes de mirar para otro lado.

—Quería invitaros a las dos a comer en Toby —dijo él.

—No, gracias, Rob. Yo tengo que ir a recoger a Chester, comer algo, preparar algunas cosas del proyecto y después voy a caer rendida —se excusó Kay sin mirarlo a los ojos.

—Gracias por la invitación —respondió Dora después de observar la reacción de ambos—. Me temo que estoy demasiado cansada. Pero estaré encantada de aceptar tu invitación cualquier otra noche.

A la mañana siguiente, había una cesta con chocolate a la puerta de la Casa Bliss, llevaba una tarjeta del comité, pero Kay sabía que había sido Rob, pues sólo a él y a Nell les había contado que su abuela solía comer chocolate mientras pintaba.

—Los miembros del comité son encantadores —afirmó Dora—. Me ha dicho Trudi que ese joven... Rob ha estado enseñándote el pueblo estas últimas semanas —dijo en tono inocente—. Es un hombre muy atractivo.

—Sí.

—No se parece en nada a Barry.

—¿Conoces a Barry? —preguntó Kay extrañada.

— Un poco. Me informé de quién era cuando se anunció tu compromiso.

— Ah. Sabiendo lo que piensas sobre las obligaciones, supongo que te parecería muy mal que rompiera el compromiso. Igual que se lo pareció a mis padres.

—Al contrario —respondió Dora sin dejar de pintar—. En realidad me alegré de que lo hicieras. Casarte con un hombre que aprobaran tus padres no iba a hacer que ellos te quisieran, y tú habrías sido muy infeliz.

Kay la miró boquiabierta, maravillada de que hubiera podido resumir la situación en tan pocas palabras y después de tanto tiempo. Era evidente que a pesar de los años, Dora la conocía bien. Se miraron a los ojos unos segundos y, por un momento, Kay sintió la complicidad y la comprensión que había habido entre ellas durante su niñez.

Fue ella la primera en mirar a otro lado y sacar otro tema de conversación. Gracias a eso, Dora le habló por primera vez del que había sido su abuelo y junto al que había vivido, según ella, los años más intensos y felices de su vida.

Rob la esperaba en la puerta de la casa de los Holland cuando Kay salió a pasear a Chester esa noche. La perra corrió a su encuentro moviendo el rabo y Kay pensó que nunca lo había recibido con tanta alegría, qué traidora.

—Gracias por el chocolate —dijo Kay.

—El comité...

—Rob, ¿no eres tú el que nunca miente?

— Yo dije que pensaba antes de hablar —corrigió agachándose a acariciar a Chester—. Si quieres me voy, pero echo de menos nuestros paseos.

Sabía que era peligroso, pero necesitaba hablar con alguien de ciertas cosas, quería contarle lo que había hablado con su abuela; no sabía qué le diría Rob, pero valoraba su opinión.

— Puedes venir con nosotras con algunas condiciones. Primero, no te acerques a mí —porque podría desintegrarse si la rozaba siquiera—. Y segundo, yo hago las preguntas.

—De acuerdo.

Le contó que por primera vez en su vida, había oído a Dora hablar de su abuelo, después caminaron varias calles en silencio. Las hojas de los árboles se movían con un sonido que recordaba al otoño y a las despedidas que se acercaban. Eso la hizo pensar en el principio, cuando la señorita Trudi había aparecido con aquel hombre de espalda ancha y mirada honesta.

—¿Alguna vez te has arrepentido de no aceptar mi oferta de divertirnos aquellas trece horas? —le preguntó Kay de pronto.

— No, porque después tú te habrías arrepentido, como te arrepentiste de besarme en el rodaje.

— ¡Eso no es cierto! —dijo indignada—. Tú perdiste esa oportunidad y luego las cosas se fueron haciendo más y más complicadas. Tú... no eres como los hombres que yo había conocido. Eres considerado, honesto, responsable y... demasiado seguro de ti mismo. Es exasperante.

—¿Qué clase de hombres has conocido?

No respondió directamente.

— Rob, tú me has hablado de tu divorcio, ahora quiero yo hablarte de mi compromiso y de por qué lo rompí.

— Muy bien —debajo de aquel susurro, Kay percibió sorpresa y cierta tensión.

— Lo cierto es que hace poco que me he dado cuenta de por qué rompí con Barry. En aquel momento obedecí a mi instinto, pero ahora sé que al casarme con Barry, no buscaba su amor, sino el de mis padres. Llevo casi toda la vida tratando de hacer que me quieran.

Rob trató de agarrarle la mano, pero ella la retiró.

—Lo siento, sé que he hecho una promesa —se disculpó él—. ¿Qué demonios les pasa a tus padres?

—Recuerda, yo hago las preguntas. Además, trato de solucionar mis problemas, no los suyos. Y mi problema es que siempre he querido más de lo que ellos podían darme; amor, atención, tiempo. Cosas que de pequeña me daba Dora y que después perdí, quedando a la deriva. Entonces mis padres «vinieron a mí» para pedirme que hablara con mi abuela y ayudara a mi padre. Me necesitaban, yo era importante para ellos, podía hacer algo para que me quisieran, si Dora hacía lo que yo le pedía, mis padres se sentirían agradecidos...

—Pero Dora dijo que no.

—Ni siquiera puedo explicar lo destrozada que me quedé. Había fracasado, ahora era aún menos importante para ellos porque les había fallado. ¿De qué había servido todo el tiempo que había pasado con mi abuela si no podía conseguir que hiciera lo que yo le pedía? Al menos eso es lo que pensaban ellos. Y yo... yo odiaba a Dora porque ella me había impedido ganarme el amor de mis padres.

—Pero...

— Sí, lo sé, no el lógico, pero eso es lo que sentía. Yo era una cría y no veía todo lo que se ocultaba tras aquel sentimiento; tampoco lo vieron los terapeutas a los que me llevaron.

Habían vuelto a la calle de la casa de los Holland, Kay hizo una pausa y respiró hondo.

—Eso nos lleva de nuevo a Barry. Él pertenecía al círculo social de mis padres, así que resultó muy fácil porque ellos lo adoraban. Yo tardé mucho tiempo en darme cuenta de que yo no sentía nada por él, sólo pensaba que si me casaba con él, ellos me querrían y seríamos una familia. Intenté que funcionara, pero había algo dentro de mí que me decía que no saldría bien.

El silencio se impuso entre ellos, sólo se oía el viento.

— Fin de la historia —dijo ella intentando sonreír.

—¿Sabes que eres una mujer increíble, Kay Aaronson?

—No, yo...

— Y resulta más sorprendente porque lo has hecho tú sola. Te criaste sola.

Volvió a acercarse y ella no tuvo fuerzas para alejarse. Le pasó la mano por la mejilla, inclinó la cabeza para besarla... Sus labios se posaron sobre la frente de Kay con ternura y después dio un paso atrás.

— Buenas noches, Kay.

Se metió en el coche y se alejó dejándola allí, de pie, inmóvil junto a Chester.

—Dora, quiero contarte algo —sin levantar la mirada de lo que estaba pintando, Kay sintió que su abuela la miraba.

Llevaban toda la mañana trabajando en silencio, unas horas durante las que Kay no había podido dejar de pensar un momento. Estaba cansada, como si hubiera estado llorando intensamente, aunque había pasado casi toda la noche trabajando en la inauguración. Eso le había permitido estar distraída y no llorar.

—Quiero contarte una conversación que tuve anoche.

Antes de que su abuela tuviera oportunidad de responder, Kay se lanzó a relatar toda la conversación con Rob, haciendo incisos para explicar cómo había llegado a tener tanta confianza con él. Lo único que no le contó fue lo que Rob se disponía a hacer en Chicago.

—Te has convertido en una mujer muy inteligente, Kay —dijo Dora al oír lo que había descubierto su nieta sobre su familia y sobre sí misma.

—No estoy muy segura de eso. Una mujer inteligente jamás se habría prometido a Barry... Dora, quiero preguntarte algo y espero que me respondas con sinceridad.

—Lo intentaré.

—¿Tú querías a mi padre?

—Claro, Kay. Lo quería y lo quiero todavía, con todo mi corazón. Igual que tú quieres a tus padres aunque seas consciente de sus defectos. El problema es que tú no tienes por qué sentirte responsable de esos defectos, sin embargo yo sí soy responsable del carácter de Ronald —suspiró hondo y dejó el pincel en el suelo—. Kay, tengo que contarte algunas cosas que deberías haber escuchado hace mucho tiempo. Para que puedas comprender lo que ocurrió.

— Si yo lo comprendo...

—Escucha, Kay.

También ella dejó el pincel.

— Yo estaba muy enamorada de su padre. Él era un hombre muy rico y yo era pobre, vivía en un estudio pequeño y cochambroso. Paul jamás me presionó porque sabía que había recibido una educación muy estricta. Pero yo lo amaba —sonrió y, en su rostro, Kay pudo ver a aquella joven artista enamorada—. Un día nos entregamos al deseo y al amor que ambos sentíamos. Cuando descubrí que me había quedado embarazada, me pidió que me casara con él, pero yo me negué. No quería que se casara conmigo sólo porque era lo correcto, él insistió en que no era eso, que me amaba por

quien era yo. A pesar de haberle rechazado, se vino a vivir conmigo al estudio para cuidarme. Un hombre cuya familia tenía media docena de casas viviendo en un agujero como aquél. Siguió pidiéndome que nos casáramos hasta que un día le dije que sí. Pero era demasiado tarde, murió dos días antes de la fecha de la boda.

Kay sabía que su abuelo había muerto antes de que su padre naciera, pero jamás había oído hablar del tema.

— Había luchado en la Segunda Guerra Mundial y desde entonces, parece ser que tenía el cuerpo lleno de metralla. El médico dijo que debió de llegarle al corazón. Una mañana no se despertó. Yo estaba embarazada de cinco meses.

— Dora...

— No sientas lástima por mí, yo lo conocí y lo amé con todo mi corazón. No recuerdo los últimos meses de embarazo, ni el día en que nació mi único hijo. A tu padre nunca le faltó de nada porque tu abuelo había dejado hecho un testamento en el que nos dejaba una cantidad de dinero mensual... Pero yo estaba metida en un agujero, lo único que podía hacer era pintar para superar el dolor. Nunca le di a Ronald la atención que debe recibir un niño. Después mi carrera empezó a ir bien y no nos faltaba el dinero, pero ya había perdido a mi hijo. Ése fue mi gran error. Nunca llegué a conocer bien a Ronald, y después de que se casara con tu madre y se metió tanto en su círculo social, apenas nos veíamos.... Hasta que naciste tú, Kay. Tú me devolviste al mundo de los vivos y entonces me di cuenta de cómo era mi hijo.

Kay recordó la sensación de familiaridad que había sentido en el rodaje al ver aparecer a Barry exigiendo que todo se hiciese como él ordenaba. En ese momento había pensado que el ego lo cegaba y sólo le dejaba verse a sí mismo. Claro que le había resultado familiar, había crecido con un nombre exactamente igual.

— Kay, cariño — dijo su abuela con voz temblorosa—. Debería haber luchado por ti. Me avergüenzo enormemente de no haberlo hecho.

Capítulo 11

DESDE un punto de vista completamente objetivo, la fiesta en honor de Dora Aaronson que tuvo lugar en casa de los Corbett fue un auténtico éxito. La idea que tenía Lana Corbett de lo que era una fiesta carecía de todo elemento de diversión y entretenimiento; afortunadamente, allí había mucha otra gente dispuesta a llenar la velada de ambiente festivo.

Todo el mundo quedó impresionado con que Kay hubiera conseguido que asistieran varios periódicos de la zona, aunque ella había esperado también algún canal de televisión. Dora Aaronson aprovechó cualquier oportunidad para hablar del proyecto de la Casa Bliss y de los atractivos del pueblo.

Sin embargo para Rob todo aquello era secundario.

Al llegar a la casa, había visto a Kay de lejos y sus miradas se habían encontrado durante unos segundos; después ella había retirado la vista y él había decidido no acercarse. Pero no había podido hacer nada para controlar sus ojos.

Había pensado que si le daba tiempo, podrían hablar de lo que tenía que hacer en Chicago y acabaría haciéndola ver que era lo correcto.

—Aquí tienes una copa de ponche —dijo Fran acercándose a él—. Así al menos descruzarás los brazos mientras sigues mirando fijamente a Kay.

Rob la miró sorprendido.

—Yo no...

—Claro que sí. Estoy preocupada por ti, Rob. He intentado darte tiempo para que pensaras y llegaras a una conclusión sobre lo que había salido mal con Janice. Pero ahora me preocupa que vayas a perder la oportunidad que tienes con Kay. Sólo porque no sea tan metódica y aparentemente sensata como Janice y tú, no quiere decir que no pueda irlos bien juntos. De hecho, creo que ella es perfecta para ti, es justo lo que necesitas.

Sí, necesitaba a Kay, pero no por eso podía tenerla.

—Al principio me daba miedo que te hiciera sufrir cuando regresara a Nueva York —continuó diciendo Fran—. Pero... ¿sabes que no tiene casa en Nueva York?

Rob abrió la boca, pero no le dio tiempo a hablar.

—No me digas que eso es porque es una desorganizada y no piensa en el futuro. También podría significar todo lo contrario, que está pensando en el futuro... y no tiene el menor interés en volver a Nueva York.

Por fin había empezado a llegar el dinero de las subvenciones que Max y Suz habían solicitado en primavera, lo cual hizo que resultase más fácil para Rob dejar el presupuesto ajustado para quien lo sustituyese una vez se marchara a Chicago. Preparó los cheques para pagar a los obreros de Max y los llevó a la Casa Bliss. Se disponía a marcharse cuando a través de la puerta de cristal del salón, vio a Dora pintando, Kay no estaba.

— Hoy no ha venido —anunció la señorita Trudi leyéndole los pensamientos.

Rob se dio media vuelta sobresaltado.

— Ha llamado esta mañana para decir que Chester estaba rara y que se iba a quedar en casa para cuidarla. Le había bajado mucho la temperatura y parece ser que eso significa que...

— Lo sé. Que está a punto de parir. Pero es demasiado pronto. ¿Cómo estaba?

— Supongo que bien, los animales actúan por instinto.

—Me refería a Kay.

—Ah —dijo Trudi con expresión demasiado inocente para ser real—. No tengo ni idea, querido. Bueno, tengo que seguir con mis tareas.

Se alejó de él sin decir nada más.

Rob había prometido ayudarla con Chester e iba a cumplir su promesa quisiera Kay o no.

Kay abrió la puerta.

—Ah, Rob —parecía aliviada al verlo y él, sin pensarlo dos veces, se acercó y la abrazó.

—¿Qué tal está? —lo que quería decir era «¿Qué tal estás?»

—No lo sé. Está tardando mucho. Lleva horas inquieta —explicó mirando a la perra, que no apartaba la mirada de su dueña—. Se levanta, da una vuelta, se vuelve a tumbar y jadea. Y no sé qué hacer. Se suponía que todavía no tenía que parir.

— Estás haciendo todo lo que puedes. Acuérdate que Allison nos dijo que la fecha era aproximada — intentó tranquilizarla al tiempo que ella se agachaba junto a Chester y la acariciaba.

— Pero tiene que haber algo que podamos hacer.

— ¿Qué me dices del té de frambuesa que mencionaban los libros?

—Eso la relajará y la ayudará con las contracciones, ¿verdad?

—¿Quieres que lo prepare?

—Sí, estupendo.

Pero cuando volvió y puso el té junto a Chester, ella se dio media vuelta.

— No quiere —dijo Kay preocupada.

—A lo mejor es que no ha leído el libro.

—Vaya, Rob Dalton, qué gracioso... ¡Mira!

En ese momento la perrita empezó a jadear con más fuerza y un segundo después, comenzó el parto. Kay y Rob observaron cómo expulsaba la placenta y tras ella, un precioso cachorrito. Se miraron el uno al otro satisfechos y emocionados. Kay tenía lágrimas en los ojos y Rob no se habría atrevido a jurar que él no las tuviera también.

Pero la euforia no duró. Después de salir un trozo más de placenta, no apareció ningún otro cachorro, así que llamaron rápidamente a la veterinaria. Allison les dijo que llevaran a la perra y al cachorro recién nacido.

Una vez allí, tuvieron que esperar mientras Allison ayudaba a Chester a seguir con el parto. Se sentaron el uno junto al otro y, al ver que Kay no dejaba de tamborilear con los dedos, le agarró la mano y así permanecieron hasta que tuvieron noticias.

— Kay, Rob, Chester ha tenido seis preciosos cachorros — anunció la veterinaria más de dos horas después.

— ¿Está bien? —preguntó Kay.

—Muy bien. Vamos a dejar que pase aquí la noche y mañana podrás llevártelos a casa. ¿Quieres verla antes de irte?

Había sido un día lleno de emociones; miedo, alegría, belleza...

Rob la había llevado a casa y la había ayudado a limpiar el salón y a preparar una camita para que la flamante mamá estuviera a gusto en casa.... Pero aquélla no era la casa de Chester, ni la suya. Por muy cómoda que se encontrara allí, tendría que marcharse tarde o temprano. Había muchas cosas en las que tendría que pensar tarde o temprano.

—Me muero por darme una ducha —dijo sentándose junto a Rob en el sofá—. Después de esto, va a ser muy fácil ser madre. Al menos, los niños vendrán de uno en uno —vio cómo Rob se volvía a mirarla sorprendido—. ¿Qué?

— Eso es muy optimista para alguien que dice que no quiere tener hijos.

— Yo nunca he dicho eso, yo dije que mi reloj biológico todavía no parecía estar en funcionamiento.

El silencio se impuso entre ellos durante unos segundos.

—Escucha, Kay...

—Rob... —le había interrumpido y ahora no sabía qué quería decir—. No sé cómo decirlo. Sé que te vas a marchar y luego lo haré yo. Pero hasta ese momento... estamos los dos aquí. Ahora.

Los ojos de Rob chispeaban y sin embargo su tono de voz era tranquilo.

—¿Por qué no vas a darte una ducha mientras yo preparo algo para comer?

«Y después hablaremos».

No lo dijo, pero quedó en el aire.

Salió del baño en albornoz y con una toalla en el pelo. Rob la esperaba sentado en la cama con una bandeja con pan, varios tipos de queso, una manzana y una botella de vino blanco. Kay agarró la copa que él tendió mientras intentaba aplacar los fuertes latidos de su corazón. Después de un brindis, se sentaron uno a cada lado de la cama y comieron mientras charlaban de cómo iban a cuidar a los cachorros.

La botella estaba vacía y la bandeja llena de migas cuando Kay cambió de postura y se le cayó la toalla de la cabeza. Se llevó la mano al pelo para peinarse un poco. Rob puso la mano sobre la suya, le acarició el cabello y después se inclinó a

besarla. Su lengua se le coló en la boca sin hacer preguntas. Hizo una pausa para mirarla a los ojos fijamente y después siguió besándola.

Kay no sabía qué veía en sus ojos, no sabía qué sentía, ni sabía lo que sentía ella; sólo sabía que lo deseaba, deseaba lo que estaba ocurriendo, aunque no durara.

Pusieron la bandeja en el suelo y después el beso se hizo más y más profundo, más apasionado. La besó el cuello y luego bajó abriéndole el albornoz. Ella le dejó sin protestar, hasta que su ropa empezó a estorbarle y se la quitó. Después sólo quedaron sus cuerpos desnudos. El y ella. No había futuro, ni pasado.

Esa vez lo recibió sabiendo lo que encontraría, así que buscó el placer, el calor, la explosión de vida, de pasión, de... No, mejor no pensar en eso.... Ahora no.

Al día siguiente llevaron a Chester y a sus cachorros a casa, una vez dejó a Kay con ellos, volvió a casa a recoger algo de ropa, le dejó una nota a Fran y volvió junto a Kay. Durante el día, trabajaban todo lo que podían allí, en la casa de los Holland y cuando era necesario, se acercaban a la Casa Bliss y durante la noche... no dormían demasiado.

Los cachorros estaban creciendo sin problema y Chester parecía encantada con su nuevo papel de madre.

Una tarde, Rob se quedó dormido bocabajo en la cama y cuando despertó, se encontró con las piernas de Kay.

— ¡No te muevas! —le ordenó ella al ver que se disponía a levantarse.

— ¿Por qué? ¿Qué haces?

— No te muevas. Si te das la vuelta, te veré por delante y ahora mismo estoy dibujando tu espalda.

— Vaya. Estás dibujando.

— Sí, listillo, estoy dibujando y es la primera vez que intento algo en serio desde que era una niña y, creo que no me está saliendo nada mal. Además, me estoy divirtiendo, así que no te muevas.

—Eso era todo lo que quería saber, ¿acaso era mucho pedir?

No movió ni un músculo de la espalda, pero sí giró un poco la cabeza para mirar a Kay. Rob Dalton, el hombre que se preciaba de pensar y planear las cosas para evitar todo riesgo, sabía que, a pesar del peligro que pudiera suponer, amaba a aquella mujer.

Capítulo 12

HOLA Kay, soy Serge. Kay había contestado al teléfono en la cocina con la seguridad de que sería otra llamada acerca de la inauguración, no una del productor del vídeo. Miro a Rob, que estaba guardando en la nevera los restos de la comida.

— ¿Dónde estás? He perdido el número de tu teléfono móvil, así que he llamado a tu apartamento y un tipo no demasiado simpático me ha dicho que te llamara aquí. Ha dicho que ya no vivías allí.

— Es cierto —lo que no sabía era dónde viviría a mediados del siguiente mes, pero tampoco le importaba demasiado.

Su dibujo estaba sobre la mesa, recordó haber sonreído al sombrear la curva de aquella preciosa espalda.

—Creo que tengo algo para ti. He enseñado tu trabajo a alguna gente. ¿Qué te parece si comemos juntos la semana que viene?

Allí estaba, la oportunidad que esperaba. El siguiente paso de su plan. ¿Por qué no le importaba?

—La semana que viene no puedo, Serge. Si te parece bien, te llamaré cuando sepa qué día voy a Nueva York.

—No me digas que ese tipo con el que apareces besándote en el vídeo es lo que te retiene allí —ni siquiera recordaba que había grabado el beso con Rob—. Bueno, no esperes mucho. Hay gente que quiere conocerte. Creo que les ha gustado tu trabajo. Incluso a Donna le gustó, y eso no es habitual.

—Gracias, Serge. Me alegro de oír eso —lo único que quería era acabar con aquella conversación.

Cuando lo hizo se dio media vuelta y se encontró con Rob.

—¿Buenas noticias?

—Eh... sí. Al productor le ha gustado el vídeo.

—Estupendo. Vas a hacernos famosos.

Algo se le retorció por dentro al notar que ese «nos» no la incluía a ella.

—¿Quiere que vayas a Nueva York?

—Creo que quiere presentarme a alguna gente.

— ¿Va a ofrecerte trabajo?

—Pues...

— Es una gran oportunidad.

Lo miró desde la otra punta de la cocina.

— Sí, magnífica.

Rob miró el dormitorio que había ocupado durante toda su infancia. Sus días de libertad, alejados de la realidad habían acabado. Le había dicho a Kay que tenía que volver a casa de Fran; ninguno de los dos había dicho nada porque ambos sabían que aquello acabaría. La llamada del productor no había hecho más que acelerar un poco ese final.

Abrió el maletín y extendió los documentos sobre la mesa, estaba todo preparado para hacer la llamada que llevaba todo el verano retrasando.

—Hola, me llamo Rob Dalton, creo que está esperando una llamada mía.

Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo de una vez por todas.

Rob abrió la puerta de la sala en la que Dora y Kay pintaban aisladas del mundo entero. Kay se dio media vuelta y sintió la necesidad de correr hacia él y abrazarlo. Se había marchado esa misma mañana y ya lo echaba de menos.

—¿Qué te parece? —preguntó ella señalando al mural—. Casi hemos acabado.

—Es fantástico. Impresionante —pero estaba mirándola a ella—. Kay, ¿puedes tomarte un descanso?

Kay pidió permiso a su abuela con la mirada y ella se lo dio con una sonrisa en la que se adivinaba cierta preocupación.

Rob se había distanciado de ella desde la llamada de Serge, igual que lo había hecho cuando le había pedido que no informara a las autoridades de lo que estaba ocurriendo en su empresa. Ninguna de las dos veces los había llevado a nada, pero seguramente tampoco les habría servido hablarlo durante horas. Rob iba a denunciar las irregularidades de la empresa. Si no lo hiciera, no sería él. Y ella no podía deshacerse del nudo que tenía en el estómago.

Fueron hasta el banco del jardín y se sentaron.

—He llevado a Chester y a los cachorros a la señorita Trudi para que los cuide mientras terminamos el mural, están preciosos...

—Kay, esta mañana he denunciado a mi empresa. Pero no aparecerá en la prensa hasta dentro de unos días.

El nudo se apretó aún más.

—Ah.

—Normalmente se te ocurren más cosas que decir —dijo él con media sonrisa.

—No sé qué decir, Rob. Sé que crees que estás haciendo lo correcto.

—Es lo único que puedo hacer, Kay.

Contuvo las lágrimas que se le agolpaban en los ojos y respiró por la boca para intentar asentarse el estómago.

—Lo sé. Pero...

—Lo sé —se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Quizá más adelante, cuando todo esto haya acabado...

Kay negó con la cabeza.

—Te mereces una mujer que te apoye en todo esto —dijo poniéndose en pie a pesar de que le temblaban las piernas—. Yo no puedo, Rob.

Kay se acurrucó en el sofá del salón. Le había dicho a Dora que no se encontraba bien y se había ido a casa después de recoger a los perros... Y había vomitado. No había vomitado tanto desde hacía mucho tiempo; ni siquiera durante las semanas antes de cancelar la boda.

Chester la miró como si supiera por lo que estaba pasando, pero ella se tapó la cara con las manos.

—No puedes hacer que me sienta mejor, Chester.

Al oírla, la perra lanzó un aullido lastimero.

—No lo intentes porque te decepcionaré, igual que he decepcionado a Rob. Me voy a ir a Nueva York y te dejaré sola...

Haciendo caso omiso, Chester se subió al sofá y le puso la cara sobre las piernas. Las lágrimas empezaron a recorrer el rostro de Kay.

—Te quiero, Chester.

Ya. Ya lo había dicho en voz alta. A una perra, pero no se sentía ridícula, en realidad la hacía sentir bien.

— Y tú también me quieres.

Chester aulló como dándole la razón. Aquella perra la quería de manera incondicional; algo que no había conseguido de sus padres, ni de su prometido, ni de nadie... Sin embargo desde que estaba en Tobías, sí se había sentido querida... y había empezado a amar ella también.

—Te quiero, Chester, y vamos a estar juntas. No sé cómo, pero vamos a estar juntas. Te lo prometo.

El llanto se hizo más y más fuerte.

¿Por qué no podía decirle a Rob esas mismas palabras?

— ¡Maldita sea! —Dora tiró al suelo el pincel con el que estaba dándole los últimos retoques al mural.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Kay.

— Ya ni siquiera puedo agarrar bien el pincel con estas manos. Mira qué desastre. No sé cómo vas a poder arreglarlo.

— Por ahora no he tenido que arreglar nada que tú hubieras hecho. A mí me gusta tal cual está —aseguró Kay mirando un ligerísimo borrón naranja.

—¿Quién va a creer que esto es obra de Dora Aaronson?

—Quizá ha llegado el momento de que dejes de preocuparte por la obra de Dora Aaronson.

—¿Qué quieres decir?

—Este mural es una maravilla, y lo has hecho tú. Sólo porque no sea igual que lo que solías hacer antes, no deja de ser bello. Olvídate de qué dirán los demás, olvídate de todo excepto de lo que sientes cuando pintas. Quizá no sea tan perfecto, pero sería mucho más grave que no pintaras.

—¿Pero cómo voy a pintar con las manos así? —dijo mirándose las manos deformadas por la artritis.

Entonces se le ocurrió una idea arriesgada y maravillosa.

—Dora, quiero que intentes algo.

En sólo unos segundos, había hecho varias llamadas de teléfono, le había pedido el coche a Suz e iban de camino a casa de Annette y Steve. Nell ya había sacado los lienzos, el papel y la pintura para pintar con las manos como le había pedido por teléfono.

—¿Qué es esto? —dijo Dora.

—Es para pintar con las manos.

— Esto es absurdo, no pienso...

—Sabía que no lo haría —aseguró Nell—. Es una abuela.

Dora la miró indignada y orgullosa. Después ya no tuvo que volver a decirle que metiera los dedos en la pintura y se dejara llevar. Las tres comenzaron a pintar con los dedos mientras Nell les hablaba sobre la cámara de vídeo que estaba segura iba a recibir de regalo de Navidad. Kay sintió rabia de no poder estar para enseñarla a captar imágenes y contar historias con ella.

Al final, compararon los cuadros; Dora quedó satisfecha al ver que le había dado una profundidad y una textura que no tenían los de Kay y Nell. Por su parte, Kay observó lo que había pintado de manera casi inconsciente. Era una imagen naranja, la imagen de un hombre vestido de presidiario.

—¿Qué ocurre. Rob?

Rob arrancó la hoja de su bloc de notas y la metió en la cartera. Por fin había conseguido escribir la primera lista de pros y contras de todo el verano. Y le había sentado muy bien.

— Siéntate, Fran. Tengo que contarte una larga historia.

— Es culpa mía que él sea como es —murmuró Dora cuando se disponían a salir del coche para volver al trabajo; seguramente estaba pensando en lo que había pintado Kay — . Sé que no quieres hablar de ello, Kay —le dijo con ternura y se dio cuenta de

que no quería y no podía — . Vamos, volvamos al mural. Estamos a punto de terminar y Nell y tú me habéis inspirado.

Kay la siguió al interior de la casa mientras pensaba por qué no podía hablar de ello. El nudo del estómago volvía a retorcerle las tripas.... Entonces recordó de pronto un lluvioso día de marzo en el que esperaba sentada en la sala de visitas de la prisión a que apareciese su padre. Una voz había captado su atención.

«Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro» ¿Cuántas veces había oído a su padre decir aquello?

«Si no hubieran querido comprarlos, yo no los habría vendido». No era su padre el que hablaba, era otro recluso. Un delincuente...

Aquel día de marzo, había levantado un muro para no volver a recordar aquellas palabras. Pero ese muro acababa de romperse. Un delincuente... como su padre. Aquello era lo que llevaba tantos años evitando.

Había vivido una fantasía en la que no podía reconocer cómo era realmente su padre, alguien que había cometido un delito y que había merecido el castigo recibido. Por eso no había podido continuar la relación con su abuela, porque eso la habría obligado a darse cuenta de la realidad. Hacer que alguien pagara las consecuencias de sus acciones no era una traición, era justicia... Rob. Tenía que hablar con él. Rob también había puesto en peligro su fantasía. Era un hombre bueno que quería hacer lo correcto. Un hombre que le ofrecía el amor, la protección y la aceptación que no le habían dado sus padres. Ver a Rob tal como era significaba aceptar que su familia nunca sería una verdadera familia.

Tenía que hablar con él.

—Lo siento, Kay, Rob no está en casa. Ha salido a navegar. Dijo que era la última vez antes de irse a Chicago. Me ha contado lo que va a hacer... por fin lo ha hecho. Y me ha hablado de ti...

—Tengo que encontrarlo, Fran.

Hubo un corto silencio al otro lado de la línea, después dijo:

—Dame tu número de móvil, te llamaré cuando sepa en qué parte del lago está.

— Gracias. Fran.

— Oye, Kay. Cuando lo encuentres, dile que te enseñe la lista de pros y contras.

—Lo haré. Gracias, Fran. Muchas gracias.

La brisa no era la más propicia para navegar, pero al menos podía distraerse un poco. Quedaban poco más de tres semanas para que Kay regresara a Nueva York y no sabía cómo iba a vivir en Tobías sin ella ahora que cada rincón del pueblo le recordaba los momentos que habían pasado juntos.

— ¡Rob! ¡Rob!

Se dio media vuelta. Parecía la voz de Kay... ¡Era Kay! Estaba de pie en el embarcadero de Max y Suz.

Fue hacia ella, pero antes de poder llegar, se quitó los zapatos y saltó al agua. Cuando pudo por fin alcanzarla, estaba empapada hasta los muslos.

—¿Qué ocurre?

— Nada. Ayúdame a subir.

— Si hubieras esperado un minuto más, no habría hecho falta que te mojaras.

— No me importa mojarme. Y no podía esperar, tengo que decírtelo.

—¿El qué?

Kay abrió la boca, la volvió a cerrar y después lo dijo todo de golpe.

—Chester me ha enseñado algo sobre el amor. Me ha enseñado a darlo y a recibirlo. Chester y Dora.

—¿Kay...?

—Te amo, Rob.

Rob se sentó en cubierta como si lo hubiera empujado el viento y ella se sentó a su lado.

— Yo también te amo, Kay. Pero...

— No hay peros. Te amo y no sólo creo en lo que vas a hacer, además voy a ir contigo.

—Pero...

— Gracias a ti, he aprendido algo muy importante. Después de tantos años sin cuestionarme lo que ocurrió, he estado pensando y hablando con Dora. Hoy ha ocurrido algo, he tenido una especie de revelación. Lo que quiero decir es que entiendo lo que estás haciendo y te apoyo. Estoy orgullosa de ti. Lo soportaremos juntos. ¿Cuándo nos vamos a Chicago?

— Espera un segundo, Kay. No puedes venir de pronto y decirme que has cambiado de opinión.

—¿Por qué no? Aunque no he cambiado de opinión, simplemente he escuchado lo que me decía el corazón y he dejado de creer en fantasías estúpidas.

— Pero las cosas no han cambiado. El proceso durará bastante y tendré que testificar. Y no tendré trabajo...

Le calló con un beso en la boca y después otro, y otro más... hasta que dejó de protestar.

— Rob, te amaría aunque vendieras lápices en la calle —le susurró con una enorme sonrisa en los labios—. Aunque el hecho de que vayas a vivir en Tobías es un punto importante a tu favor.

—Kay, precisamente porque te quiero, sé que deberías ir a Nueva York. Es lo más sens...

—No es sensato ni lógico que estemos separados. El amor no se puede controlar, ni planear, hay que aceptar y disfrutarlo como es.

—Cuando todo esto acabe...

—Escucha, Rob Dalton. Lo peor que puedo imaginar es no estar contigo —aseguró poniéndose en pie de golpe—. Enséñame la lista de pros y contras.

—¿Qué?

—La lista que has escrito. Fran me dijo que te pidiera que me la enseñaras.

— Pero...

—Rob, si me enseñas esa lista, dejaré de discutir contigo.

Por fin sacó el papelito de la cartera y se lo dio. Las manos de Kay temblaban sujetando la nota.

— Rob... mi amor... mi vida —susurró abrazándolo y sin dejar de besarlo.

No podía hacer otra cosa excepto estrecharla con fuerza y besarla del mismo modo.

Bajo el título Estar con Kay, en un lado había enumerado todos los inconvenientes lógicos, desde que sus padres no lo aceptarían hasta que no tenía trabajo. En el lado de los pros había sólo una palabra: Kay.

Y debajo había escrito. Ganan los pros.

—Estaba pensando —susurró Rob entre besos— Nos conocimos en una boda falsa en la Casa Bliss. ¿Qué te parece si la convertimos en realidad?

—Rob... —dijo ella con voz temblorosa—. No es lógico, ni razonable, ni previsto... es lo más bonito que me has dicho nunca.

— ¿Eso quiere decir que sí?

— Por supuesto.

Sus bocas se volvieron a unir para sellar el trato.

El comité de la Casa Bliss al completo acompañado de una invitada canina de lujo, estaban brindando por el final de las obras y del mural.

— Es una lástima que no vayas a estar aquí para la inauguración, Dora —dijo Fran.

—Ojalá pudiera, pero tengo planeado este viaje a Francia desde hace meses, tengo compromisos allí que no puedo retrasar, pero volveré —explicó antes de volverse con una enorme sonrisa en los labios a mirar a Kay, que estaba abrazada a Rob—. ¡Por la boda!

Sólo se lo habían contado a Dora y a Fran, pero parecía que la noticia no sorprendía a nadie, aunque todos parecían muy contentos.

Después de otro brindis y de innumerables felicitaciones, Annette se acercó a Kay:

—¿Estarás bien viviendo en Tobias?

—¿Bromeas? —intervino Rob — . Lo ha puesto como condición para casarse conmigo. No creo que me aceptase si no.

Kay lo besó sin poder dejar de reír.

—Nunca lo sabremos porque vamos a vivir aquí.

—¿Pero y qué pasa con tu carrera como directora de cine? —preguntó Steve—. He oído que al productor le encantó tu vídeo.

—Me he dado cuenta de que prefiero enseñar todo lo que he aprendido a tener que quedarme con una sola cosa. Así que al final mi variado curriculum me servirá para dar clase de todas las expresiones artísticas que sé. Si es que me dejáis que lo haga aquí, en la Casa Bliss.

— ¡Es fantástico!

— Estupendo. Primero iremos a Chicago y después de la boda aquí...

—¿Vais a casaros aquí? —preguntó Suz entusiasmada—. Pensé que lo haríais en Nueva York.

—No podríamos casarnos en otro lugar que no fuera Tobias. De hecho, vamos a celebrar la boda aquí mismo, en la Casa Bliss. He pensado que podríamos recrear el momento en el que nos conocimos; una boda antigua, los trajes...

— ¡De eso nada! Kay Aaronson, te quiero muchísimo, pero no voy a casarme con ese traje... ni me vas a teñirme el pelo.

Mientras todos reían, la señorita Trudi Bliss respiraba aliviada como alguien que había llevado a cabo una misión difícil pero muy gratificante.

— Una boda es exactamente lo que necesita esta casa.

Escaneado/Corregido
HELENE1014